


# Dulce traición

# Dulce traición

Nada podía borrar los amargos recuerdos que Candy tenía de cameron Strythe. Ese hombre había traicionado a su hermana y la joven había prometido vengarse de él a cualquier precio…

No imaginó que le costaría el corazón…

# Capítulo 1

SI ese animal no está fuera de mi propiedad en treinta segundos, le dispararé!

Candy no pudo impedir que un grito sofocado de asombro escapara de sus labios. Se volvió tan rápidamente para ver al hombre que había gritado, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

-¿Cómo dice? -preguntó intentando que su indignáción ahogara al miedo-. ¡Tengo derecho a estar aquí! ¿Quién se cree usted que...?

-¿Que quién soy?

Chasqueó los dedos para llamar a un par de labradores negros, que inmediatamente se sentaron a su lado como estatuas.

-La cosa es... ¿Quién eres tú? Y mantengo lo que he dicho: tienes exactamente cuatro segundos para sacar a ese animal de aquí.

Candy observó asustada el arma de fuego que aquel hombre llevaba en las manos. Se le contrajo el estómago. ¡Realmente estaba dispuesto a disparar a Jasper!

-¡Jasper! -el perro dejó de dar cabriolas, saltó la tapia tras la que estaba Candy y se quedó a su lado.

Candy se agachó para ajustarle la correa y ponerle la cadena. El perro la miró con expresión de reproche.

-¿No te das cuenta de que hay ovejas a punto de parir en esos pastizales? -preguntó el hombre.

Candy pensó que aquella voz profunda le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarla y aquel no era el mejor momento para ese tipo de reflexiones.

-Supongo que eres una chica de ciudad que ha decidido pasar un día en el campo -continuó el hombre con desdén.

-He vivido en Downdale toda mi vida -replicó ella. La voz le temblaba de rabia e indignación-. Sé exactamente lo que hay en estos campos y en los alrededores. Jasper se ha criado con animales de granja y no cazaría una oveja que... -se interrumpió de pronto-. Tenemos permiso para estar en estas tierras.

Habló con tal convicción, que los glaciales ojos azules con los que la miraba tan fríamente aquel desconocido se convirtieron en dos astillas de reluciente cristal.

-¿De verdad? Creo que no, si hubiera autorizado a alguien tan irresponsable a caminar por mis campos, lo sabría.

-¡Estos no son tus campos! -gritó Candy echándose hacia atrás la capucha que la protegía del viento que abatía la colina-. ¡Pertenecen al coronel Strythe! -exclamó Candy-, y él...

-El coronel Strythe ha muerto -replicó él, insensiblemente.

-Lo sé -replicó la chica furiosa.

Aquel odioso extranjero no tenía derecho a hablar tan fríamente del viejo amigo de su padre que había sido como un miembro de la familia.

-Estuve en el funeral el miércoles pasado -explicó ella-, pero hasta que no aparezca el hijo del coronel, se aplicarán las reglas tradicionales.

Conforme clavaba la mirada en sus ojos, único rasgo reconocible de aquella cara oscura y con barba, su voz se iba apagando al comprender, horrorizada, la verdad. ¡Aquellos ojos...! ¡Debería haberlos reconocido!

Sólo Cameron Strythe podía tener los ojos tan penetrantes como los de una espada afilada y tan fríos como el hielo. Candy recordaba perfectamente aquellos ojos. Y también su voz clara,, que en la angustia de la adolescencia le había parecido tan atractiva.

-Veo que no necesito presentarme, pero no obstante, lo haré. Me llamo Cameron Strythe... ¿señorita?

Candy lo miró con asombro como si fuera el mismo diablo. ¡Había cambiado tanto! Ella recordaba a un joven alto y sonriente de piel blanca y bien afeitada. Aquel hombre moreno se parecía más a un pirata que al universitario sereno y bien educado cuya imagen recordaba.

-¿Cuándo has vuelto? -le preguntó en un susurro que se perdió en el viento. Volvió a repetir la pregunta en voz más alta.

-¿Te conozco? -preguntó él.

¿La conocía? Candy se habría echado a reír si las circunstancias hubieran sido diferentes. Años atrás, Cameron iba con frecuencia a su casa para ver a su hermana Michelle. Estaban comprometidos en matrimonio y sólo faltaban unas semanas para el día de la boda. Candy ya tenía su vestido de dama de honor, un modelo de color rosa en tul y tafetán. Su tierno corazón de doce años se había emocionado con tales galas; pero después había tenido lugar una escena terrible aquella noche y Cameron se había alejado para siempre. Más tarde, unas cuantas semanas después, el cuerpo de Michelle había comenzado a cambiar drásticamente, y seis meses más tarde había nacido Jamie. Lo sucedido había destrozado el corazón de Michelle y había avejentado a sus padres prematuramente... ¡Y pensar que aquel hombre era el responsable de tanto sufrimiento!

-¿Qué sucede? -preguntó el causante de tanto dolor mientras daba un paso al frente, alarmado por la palidez del rostro de la muchacha.

-¡Aléjate de mí! -gritó ella con odio-. ¡No eres digno de ser llamado hijo de tu padre!

Al comprender el sentido de aquellas palabras, cambió

completamente de expresión, pero antes de que pudiera contestar, Candy se alejó corriendo colina abajo. Jasper daba saltos a su lado, cautivado por el nuevo juego.

Candy no paró hasta llegar a casa. Irrumpió como un vendaval en la sala de estar, donde estaban sus padres disfrutando frente al fuego de una tarde de domingo.

-¡Candy! -exclamó su madre-. Por Dios, ¿qué te pasa? ¡Me has asustado!

-Lo siento -se disculpó Candy. Permanecía jadeante en mitad de la habitación, con tal expresión de azoro, que sus padres se levantaron a un tiempo y se reunieron con ella en el acto.

-¿Qué te pasa? -preguntó su padre, preocupado-. ¿Has tenido algún accidente? ¿Estás bien?

-Lo he visto -respondió Candy.

-¿Has visto a quién? -preguntó su padre-. ¿Por qué tienes que gritar de ese modo?

-A Cameron Strythe -respondió Candy sintiendo que la ira se escapaba para ser sustituida por la imperiosa necesidad de echarse a llorar-. ¡Y ha sido tan frío cuando hablaba de la muerte del tío Charles, papá! ¡Ha hablado como si no le importara!

-Quizá no le importe -comentó su madre. Aspiró profundamente y asintió con lentitud. Luego añadió-: Diez años son mucho tiempo, Candy; y la gente cambia. Pero a nosotros no nos importa lo uno ni lo otro, ¿verdad?

-¿Cómo puedes decir eso? -replicó Candy, mirando fijamente a su madre-. Después de lo que le hizo a Michelle.

-Lo que sucedió entre Cameron y tu hermana ocurrió hace mucho tiempo y sólo ellos saben lo que pasó exactamente -dijo secamente su padre. Se levantó y se acercó a la chimenea-. Nos dolió a todos, especialmente a Charles, pero el pasado es pasado y no quiero que las viejas heridas vuelvan a abrirse. Michelle es feliz, tú lo sabes, y si Cameron prefiere volver a vivir aquí tiene derecho a hacerlo. Ahora ha heredado una vasta propiedad, lo sabes. El tío Charles era muy rico.

-Me sorprende que le haya dejado todo a él -comentó Candy con amargura.

Se quitó bruscamente el abrigo, la bufanda y los guantes y los dejó en una silla. Dejó así al descubierto su espléndida figura y la ondulante sedosa melena que le llegaba casi a la cintura.

-No seas ridícula -repuso su padre bruscamente-. Charles amaba a su hijo; era todo lo que tenía. No dejes que los recuerdos te amarguen, muchachita; eres demasiado dulce como para permitirlo.

-¡Bah! -murmuró Candy, viendo cómo su padre se agachaba para quitar las bolitas pegajosas que se habían adherido al pelaje de Jasper en la tupida maleza de la colina-. Lo dices de broma, ¿no?

-Puede ser -dijo su padre, dejando escapar una risita mientras observaba atentamente a su hija menor-. Mira Candy, es posible que Cameron decida quedarse a vivir aquí, y en un pueblo pequeño como este, declararle la guerra a una persona puede convertirse en una pesadilla. Debes olvidar el pasado, Candy. Eso es lo que te quiero decir.

-Papá, soy maestra de escuela. Me encargo diariamente de veintidós niños -contestó Candy secamente-. Creo que puedo decidir por mí misma cómo debo tratar a Cameron Strythe si lo vuelvo a ver.

-¡Oh, por supuesto que lo volverás a ver! -dijo su madre con resignación-. Todos lo veremos. Y vas a tener que ir haciéndote a la idea de que ahora la mayoría del pueblo le pertenece y el empleo de tu padre y esta casa están bajo su control, lo quieras o no.

-¡Oh, papá! -exclamó Candy, clavando la vista en su padre.

Como gerente de la enorme finca de Charles, su padre había disfrutado de una estrecha amistad con su antiguo patrón; de tal modo que a Candy jamás se le había ocurrido pensar que la existencia de los suyos dependieran de sus relaciones con los Strythe. Pero incluso podía decirse que su empleo como profesora dependía de la Casa Grande, nombre con el que la finca era conocida en el pueblo. Charles había garantizado el buen funcionamiento de la escuela durante años desde que el ayuntamiento había decidido que era preferible cerrarla y mandar a sus alumnos a una escuela más amplia, situada a cierta distancia del pueblo.

Candy sintió un vacío en el estómago. Aquello era algo que no había previsto, algo que ni en sueños se había imaginado. ¿Cómo había podido ser tan inocente? Cameron no había sido mencionado en años por un tácito consenso en la familia, y sin embargo ella debería haberse dado cuenta de que al ser hijo único heredaría la propiedad.

-Me voy a cambiar de ropa. No olvidéis que David vendrá a recogernos a las seis -dijo Candy con tristeza mientras salía al pasillo.

Cuando estuvo sola, pensó que no sólo era Cameron el que le había crispado los nervios. Llevaba unos días bastante alterada por culpa de David. Le conocía desde siempre, pero últimamente los sentimientos de él hacia ella parecían haber experimentado un cambio sutil. David le gustaba, desde luego que sí, a todas las chicas del pueblo les gustaba, pero nunca se le habría ocurrido tener una aventura con él.

Cuando llegó a su habitación, desvió inmediatamente la mirada

hacia la campiña. Cuando Michelle se había marchado para casarse, sus padres le habían ofrecido la habitación grande, pero Candy había preferido quedarse en su propia habitación, donde cada mañana la primera imagen que acudía a sus ojos era la de aquellos campos.

Cuando estudiaba en la universidad de Londres, Candy había añorado el sonido de las viejas campanas de la iglesia repiqueteando en una tarde calurosa de verano y la atmósfera de serenidad de su pequeño pueblo.

Cuando iba a ver a Michelle, que vivía en la ciudad con todas las comodidades que el dinero podía comprar, lo único que Candy sentía era que había elegido bien. Había tenido posibilidades de quedarse a trabajar en Londres, pero había preferido volver a casa y hacerse cargo de la escuela rural dejando que la señora Jacobs, la maestra titular, disfrutara de un crucero alrededor del mundo en compañía de su esposo.

Hasta ese momento, lo único que le resultaba incómodo de su vida era el reciente cariño de David. Cuando lo veía...

Todos estaban ya listos esperando a David cuan

do éste llamó puntualmente a las seis. El viaje a casa de sus padres, a bordo de su encantador pedazo de chatarra, no les llevó más de dos minutos. Afortunadamente para Candy, que continuaba perdida en sus propios pensamientos, sus padres llevaron todo el peso de la conversación.

-Al parecer, mi madre ha invitado a un viejo amigo vuestro -informó David, con voz simplona, mientras les ayudaba a quitarse los abrigos en el pasillo que era necesario recorrer para llegar a la sala situada en la parte trasera de la casa.

-¿Ah, sí? -contestó Candy, con recelo.

La señora Clarke era la persona más chismosa del pueblo. Le fascinaba la intriga y añadir mentiras a los acontecimientos más inocentes, de una manera maliciosa.

Los padres de Candy y los de David tenían el mismo nivel de vida e intercambiaban invitaciones a cenar de vez en cuando, como aquella noche, pero Candy nunca los había considerado como amigos de la familia. Conforme avanzaban, llegó a sus oídos una voz inconfundible. Candy sintió por un fugaz y penoso momento el loco impulso de volver sobre sus pasos y salir corriendo, pero levantó la barbilla con determinación y fijó su rostro en lo que su padre llamaba a menudo «la zona de batalla». ¡Esa mujer! Había invitado a Cameron Strythe sólo para ver cómo reaccionaban.

-Vivien, Ernest y mi querida Candice -exclamó la mujer con una pose teatral-. Cuánto me alegro de verlos. Creo que ya conocen a

nuestro querido Cameron -señaló a Cameron, que estaba sentado detrás de ella.

Candy dirigió a Cameron una rápida mirada y, al ver su expresión, dedujo que él tampoco tenía idea de quiénes iban a ser los invitados a cenar. Se había afeitado la barba y se había cambiado de ropa, lo que le asemejaba más al odioso recuerdo que Candy tenía de él.

-Volvió anoche -continuó la señora Clarke en medio de un prolongado silencio-, y no podíamos dejarlo cenar solo el primer día, ¿no es cierto? -sonrió y continuó con su lengua venenosa-: Supongo que no sabían que había vuelto -dirigió estas palabras a la madre de Candy y ésta acudió inmediatamente en su auxilio.

-En realidad me he encontrado con Cameron esta tarde -explicó Candy sonriente.

-¿Sí? -preguntó Cameron con curiosidad.

Al oírle Candy se volvió y percibió un destello de franca admiración en su mirada.

-Obviamente estaba demasiado lejos para reconocerte -continuó.

-No tanto -replicó Candy, con sus grandes ojos castaños clavados en él-. Me has amenazado con disparar a mi perro -le recordó.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el silencio expectante que había descendido sobre la reunión. La señora Clarke hizo gorjear su falsa risita en medio de la tensa atmósfera.

-¡Oh, Candice! -exclamó-, tienes un extraño sentido del humor.

-¿No me cree? -preguntó Candy, girando bruscamente hacia la irritante señora Clarke-. Pregúntele entonces lo que ha hecho esta tarde.

-Pero, ¿eras tú? -preguntó Cameron, mirando con asombro a la alta y atractiva mujer que tenía frente a él-. Estabas tan diferente...

-Llevaba un abrigo de lana, una bufanda y unas botas si mal no recuerdo -dijo Candy con frialdad-. ¡Claro que era yo! El perro que pensabas matar era mío -lo taladró con la mirada y esbozó una sonrisa desdeñosa-. Tú también estás más elegante.

Cameron fijó su mirada en la de ella durante largo rato mientras su rostro adquiría la textura fría del granito.

-Bueno, bueno. De modo que esta es la pequeña «zanahoria». Desde luego que has cambiado, querida.

-Puedes estar seguro -respondió Candy con la celeridad de un disparo.

El padre de Candy cogió a Cameron del brazo con suavidad, intentando aliviar la tensión.

-Ha pasado mucho tiempo, Cam.

El padre de Candy pronunció el diminutivo con cariño y Candy vio que Cameron respiraba profunda y pausadamente y dejaba que se dibujara una sonrisa en su boca.

-Demasiado -contestó Cameron-. Pensaba llamarles mañana. Necesitaré su ayuda para atar algunos cabos sueltos.

-Te ayudaremos encantados -contestó el padre con sencillez.

Candy lo miró con una mezcla de disgusto y desilusión. Estaba muy enfadada. ¿Por qué David no les había advertido que Cameron estaba ahí? Él sabía lo doloroso que sería aquel primer encuentro, sobre todo si tenía lugar delante de un grupo de

espectadores.

Era una pregunta estúpida. De pronto Candy comprendió por qué sus atenciones amorosas la habían irritado tanto. Había algo de adulador en ellas, tenían la misma mansedumbre que David desplegaba hacia su madre.

-¿Y, dónde te has escondido estos últimos años, Cameron? -preguntó la señora Clarke con voz melosa, mientras empezaban a comer el cóctel de langostinos.

-Yo nunca me escondo señora Clarke -respondió Cameron, observando a su anfitriona abiertamente.

La señora Clarke enrojeció de vergüenza; se agachó para recoger la servilleta que se le había caído al suelo y apretó los labios irritada.

-Tu padre me contó que estuviste trabajando en una explotación petrolífera y que después compraste una finca en Australia -comentó el padre de Candy-. ¿Qué tal te fueron las cosas por allí?

-Bastante bien. Tuve a mi cargo un grupo de hombres muy trabajadores -añadió. Obviamente no tenía intención de hablar de sus asuntos privados en la mesa.

Candy estaba intentando asimilar el hecho de que su padre y Charles hubieran hablado de Cameron repetidas veces sin resentimiento. Empezaba a creer que no conocía a su padre del todo.

-¿Qué planes tienes para el futuro? -preguntó la madre de Candy.

Cameron la miró y esbozó su primera sonrisa sincera de la noche. Al ver aquel cambio de expresión a Candy le dio un vuelco el corazón y tuvo la sensación de que los años no habían pasado.

Recordó que, cuando iba a ver a su hermana, a menudo pasaba algún tiempo hablando con ella con el enfado consiguiente de Michelle. Candy tenía entonces el pelo un poco más claro y lo llevaba muy corto. Y Cameron era el único que le decía que le sentaba muy bien.

Candy se regañó por el curso que estaban tomando sus pensamientos. ¡Era un cerdo y un seductor insensible, y el resto había

sido una farsa! El paso del tiempo lo había demostrado.

-No lo sé con certeza, Vivien -contestó Carneron, paseando su mirada sobre los ahí presentes-. Haré algunos cambios -continuó-, fuera de eso no he tenido tiempo para pensar.

-¿Cambios? -preguntó la madre de Candy con preocupación.

-Mi padre era un buen hombre, pero a veces muy fácil de convencer -explicó Cameron-. La escuela, por ejemplo. Por lo que he visto, dedicaba una enorme suma de dinero para mantenerla, y estando la escuela de Chitten tan cerca, me parece ridículo continuar financiando lo que en realidad no es más que un edificio en ruinas. El ayuntamiento no gastaría un centavo en ella; obviamente la quieren cerrar.

¡Lo sabía! Cameron sabía que ella era la directora. Por eso estaba hablando así. Iba a hacerle pagar lo mal que le había tratado quitándole su trabajo.

-¡Oh! -exclamó la madre rápidamente-, pero Candy es la maestra, y los niños la quieren mucho.

-¿Tú eres la maestra? -preguntó Cameron.

Cuando Candy se encontró con la fuerza brutal de su mirada, sus sospechas se confirmaron. «Sí», se dijo, «Cameron lo sabía». El gesto amenazante de su boca la hubiera convencido de ello, al carecer de otras pruebas.

-Vaya, vaya. Bien, tendremos que hablar sobre esto, ¿no es cierto?

Candy lo miró furiosa.

-Estoy segura, señor Strythe, de que harás exactamente lo que quieras a pesar de lo que piensen o sientan los demás -Cameron le dirigió una mirada burlona al oír que le nombraba por su apellido-. ¡Lo hiciste hace diez años! -continuó-, y los hombres como tú no cambian jamás.

Candy palideció al darse cuenta de lo que acababa de decir. Cameron, después de dirigirle una mirada de completo desdén, dijo:

-Esto está excelente, señora Clarke. Mis felicitaciones al chef.

Su voz suave y controlada fue como una bofetada para Candy. Esta se apoyó en el respaldo de la silla, y deseó tener la capacidad de hacerse invisible.

Mantuvo los ojos fijos en el plato sin atreverse a mirar ni a derecha ni a izquierda, mientras su rabia ciega cedía y recuperaba el control. Cuando oyó a Cameron en plena conversación con su anfitrión, un hombrecito sumiso, lo miró.

El paso de los años le había hecho más atractivo, admitió Candy con repugnancia... si a uno le gustaban los robots fríos y carentes de sentimientos. Llevaba el pelo corto, muy corto, lo que acentuaba sus

rudos rasgos cincelados. Tenía los ojos intensamente azules y rodeados de espesas pestañas. Candy se dijo que debía haber muchas mujeres intentando transformar la indiferencia de su penetrante mirada en algo distinto.

Candy se sonrojó al darse cuenta de que Carneron la estaba observando atentamente. La había sorprendido mirándolo y estaba furiosa consigo misma. ¡,En qué estaría pensando?

Me gustaría que habláramos sobre las finanzas de la escuela, Candice.

Candy estaba convencida de que Cameron recordaba lo poco que le gustaba que la llamaran por su nombre completo.

-¿Puedes venir a mi casa mañana, después del trabajo? -le preguntó Cameron.

-Supongo que sí -respondió ella ásperamente-. Estaré allí alrededor de las cinco, ¿te parece bien?

-Sí -respondió él-. Tendré el té preparado.

-No te molestes, por favor -replicó Candy.

-No es ninguna molestia -repuso Cameron, con los ojos entrecerrados-. La señora Baines es una excelente ama de casa, estoy seguro de que lo sabes.

Candy asintió en silencio.

-Estoy seguro de que Candy les contará los pormenores de lo que hayamos decidido -dijo Carneron, dirigiéndose a su padre.

-Candy puede arreglárselas perfectamente sola, Cam -comentó el padre de Candy tranquilamente-. Lleva años haciéndolo.

-No lo dudo -contestó Cameron.

Había un tono cortante en su voz que todos pretendieron ignorar, pensó Candy malévolamente. Se creía tan poderoso, tan omnipotente. Bueno, ¡ya le enseñaría ella! No se rebajaría delante de él por nada del mundo. Si tenía que buscar otro empleo, lo haría.

El resto de la velada fue muy aburrida y la tensión que había entre Candy y Cameron era patente para todos los comensales, de modo que no hubo uno solo que no se alegrara cuando llegó el momento de despedirse.

Cuando los demás se arremolinaron en el pasillo buscando sus abrigos, Cameron cogió a Candy del brazo, obligándola a permanecer inmóvil.

-A las cinco, entonces. Estoy deseando que llegue ese momento.

El tono arrogante y amenazador de su voz consiguió irritarla.

-La vida es para disfrutar de los pequeños placeres -y el desdén de su voz era inequívoco.

-Así es -aceptó Cameron con voz helada-. He estado esperando

durante mucho tiempo que llegara el momento de volver a veros.

-Nosotros no nos hemos movido de aquí -repuso Candy.

-¿De verdad? ¡Caramba! Realmente has cambiado, estás irreconocible.

-Desgraciadamente, tú sigues siendo el mismo -exclamó, molesta por el efecto que tenía en ella el percibir su varonil aroma. Era tan... masculino. Nunca había conocido a nadie tan agresivamente atractivo.

-Empiezo a recordar lo bien que nos llevábamos antes -comentó él.

Yo era muy niña entonces -le contestó Candy con ganas de abofetearle-, y los niños son tan confiados... Pero luego crecen.

-Supongo que eso- va por mí, ¿verdad? -replicó él.

¡Qué hombre tan estúpido! ¿Cómo podía estar tan contento consigo mismo después de todo lo que había pasado?

-¡Candy! ¿Vienes? -preguntó David. Se acercó a ella y le ayudó a ponerse la chaqueta con aire posesivo.

Cuando se despidió de los padres de David, Candy cobró conciencia de la alta y morena figura que los observaba detrás de los anfitriones. Desde que se metió en el coche, permaneció en silencio hasta el momento en que David frenó el coche frente a su casa.

-Vosotros marchaos a casa. Yo tengo que hablar con David.

Al advertir la tensión que había en su voz, su madre comentó:

-Ha sido un día difícil, querida. ¿Por qué no...?

-Mamá, por favor, no tardaré -le pidió Candy.

En cuanto se quedaron solos, se volvió hacia David.

-¿Qué tienes que decir a tu favor? -le preguntó.

-¿Acerca de qué? -preguntó él a su vez, incapaz de sostenerle la mirada.

-Sabías que Cameron iba a estar en tu casa esta noche, ¿verdad? ¿Ya estaba en casa cuando saliste a recogernos?

-No, desde luego que no.

Candy sabía que David estaba mintiendo. Le delataba cada uno de sus rasgos.

-Bueno, pues quiero que sepas que me has desilusionado y que no volveré a confiar en ti.

David enrojeció.

-Mira, Candy... -balbuceó.

-No, tú eres el que va a mirar. Sucede que pienso que la amistad es algo muy importante, y que espero de mis amigos que me apoyen como yo les apoyo a ellos. Tú sabías que ese hombre iba a estar en tu casa esta noche y también conocías toda la historia. No me considero, ni considero a mi familia una diversión para los planes enfermizos de

tu madre. Había rabia y rencor en lo que ha hecho esta noche, y tú la has ayudado a llevar a cabo sus planes.

-Eso es ridículo -respondió David con la voz apagada mientras Candy abría la puerta del coche.

-Adiós, David -cerró la puerta con tanta fuerza que volvió a abrirse; pero ella entró en la casa sin volver la cabeza siquiera.

¡Qué noche!, pensó mientras descansaba en la cama. Había perdido a David y su trabajo en un santiamén; aunque del primero bien valía la pena deshacerse. El verdadero problema eran los niños que iban a verse obligados a ir diariamente a Chitten.

Se los imaginó uno a uno. A la pequeña Ann Cartwright, que iba tan bien a pesar de su impedimento en el habla; se iría a pique en el anonimato de una escuela más grande. Y Kevin... Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarle. Kevin había perdido a su padre en un accidente de la granja y pasaba todo el tiempo pegado a sus faldas. Nunca se adaptaría a un cambio de escuela.

¡Cómo odiaba a Cameron Strythe! Se incorporó repentinamente en la cama. Era un monstruo insensible y desconsiderado. Mordió su labios hasta sentir el sabor de la sangre. Lo detendría, no sabía cómo pero lo haría, aunque fuese lo último que hiciese en su vida. No descansaría hasta verlo aniquilado y despedazado... le dejaría en el mismo estado en que él había dejado a Michelle. Candy nunca podría olvidar la imagen de su hermana gimiendo, arrodillada en la alfombra.

Esperaría hasta que el destino o el azar pusieran un arma en sus manos y la usaría sin compasión.

Capítulo 2

C ANDY se despertó con la convicción de que Cameron Strythe tenía todos los ases en la mano y pensando que odiaba las mañanas de los lunes. La escuela estaba siempre helada por haber estado desocupada todo el fin de semana, y los enormes y horrorosos radiadores tardaban todo un día en calentar el lugar.

Tras prepararse un ligero desayuno a base de tostadas y café, se sentó encorvada en el asiento cercano a la ventana de la Balita, y observó caer la lluvia.

-Pon los pies en la tierra -murmuró para sí misma-. Es casi imposible ganarle.

Cerrar la escuela sería la cosa más fácil del mundo; el consejo de gobierno tenía pensado hacerlo desde hacía muchos años. Era el coronel Strythe el que la había mantenido abierta hasta ese momento; y era obvio que todo había llegado a su fin.

-¡Oh, Jasper! -murmuró Candy al ver a su perro. Luego, se enderezó con determinación. Bueno, tal vez no estuviera en condiciones de luchar contra Cameron en la escuela, pero le impediría disfrutar de su victoria.

-Buenos días, señorita Baker -saludó Cameron.

Candy, sobresaltada, dio media vuelta para encontrarse a Cameron en la puerta de la escuela. Era mediodía.

-Espero no molestar -continuó.

Candy se obligó a contestar con amabilidad. No quería que los niños la vieran enfadada.

-En absoluto, señor Strythe. ¿En qué puedo servirle?

-He venido a verla trabajar -contestó Cameron, con tranquilidad-. Espero que no le importe.

-¡Qué pena! -exclamó Candy-. Es la hora del descanso.

Mientras daba a cada niño un vaso de leche y una manzana, se dio cuenta de que Cameron tomaba nota del mal estado del techo.

-Ya ha dejado de llover, niños, salid al patio -indicó Candy-. La señora Harris acaba de llegar.

Cuando el último niño salió del aula y, después de inspeccionar que todos ellos estuvieran a salvo en compañía de la señora Harris, una de las madres que la ayudaban, Candy se volvió a Cameron con expresión hostil.

-¿Bien? -preguntó.

-¿Siempre eres tan encantadora? -Cameron se dirigió a la cesta vacía del almuerzo y golpeó ligeramente la tapa-. ¿Y, quién

proporciona diariamente este pequeño servicio? -preguntó-. Y no me digas que el ayuntamiento, porque ellos han dejado de hacerlo hace años.

-Nunca ha dejado de hacerse en esta escuela -replicó Candy, con frialdad-. Tu padre se encargaba de entregar las botellas de leche y las manzanas todos los días.

-¿Y quién lo presionó para que tuviera ese pequeño gesto de generosidad? -preguntó con un tono insultante.

-No tengo ni idea -respondió Candy-. Ten en cuenta que yo era sólo una niña en esa época. Pero qué importa eso. Tu padre quería mucho a los niños. No como otros.

-¿Quieres decir que a mí no me gustan?

Candy continuó:

-Jamie tiene casi diez años -comentó-. Jamie es el hijo de Michelle.

-¿Y? -contestó él.

-¿Y? -replicó Candy a su vez-. ¿No tienes ningún interés en ver a Jamie?

-Dame una razón particular por la que debería tenerlo -pidió él con rostro amenazador.

Candy se ahorró la necesidad de responder porque en ese momento llamaron tímidamente a la puerta que conducía al patio de recreo.

-Por favor, señorita... -era la pequeña Julie Roberts que estaba parada en el umbral de la puerta abrazando consoladoramente a Kevin-. La necesita. -¿Qué te pasa, Kevin? -preguntó Candy, agachándose frente al pequeño, que levantaba hacia ella su carita cubierta de lágrimas.

-Quiero a mi mamá.

-Sabes que vendrá a buscarte cuando salga del trabajo -le explicó Candy-, y la abuelita te va a llevar a comer a su casa, ¿verdad?

El niño inclinó la cabeza melancólicamente.

Candy lo cogió en brazos y lo llevó hasta su silla.

-Pronto será tu cumpleaños, ¿no es cierto?

El niño asintió otra vez.

-¿Cuántos años vas a cumplir?

-Ya lo sabe, señorita -le respondió balanceándose encantado ante su pregunta.

-¡Oh, sí! Veintiuno, ¿verdad?

-Seis -replicó el pequeño.

-¿Seis? -exclamó ella-. ¡Pero si estás altísimo!

No me estarás gastando una broma, ¿verdad?

El niño sonrió.

-Estoy segura de que vas a tener muchos regalos -aventuró. Sabía que la mitad del pueblo ya le había comprado un regalo.

-No me van a hacer fiesta de cumpleaños -dijo el niño-. Mi madre no tiene suficiente dinero este año.

-¡Pero si vamos a hacer una fiesta en la escuela! Con una enorme tarta, serpentinas y todo lo demás.

-¿Y globos? -preguntó el pequeño con su carita iluminada al ver cómo la maestra, sonriente, decía que sí con un vigoroso movimiento de cabeza.

-Claro, muchos globos. ¿Quieres ir a decírselo a los otros niños para que se vayan preparando?

-¿Se lo digo yo? -preguntó el chiquillo.

El niño bajó al suelo y se dirigió a la puerta con aires de importancia.

-¿Ha que ha venido todo eso? -preguntó Cameron-. ¿Celebráis en la escuela los cumpleaños de todos los niños? -preguntó de nuevo.

Candy sintió que esta crítica era innecesaria y lo miró furiosa.

-Desde luego que no -contestó ella-, pero Kevin ha perdido a su padre hace poco y sólo quedan su madre y él. Los abuelos les ayudan pero a ella le está resultando difícil salir ~adelante.

-¿Es ese el hijo de Mike Wilson? -preguntó el hombre con voz dura. Candy asintió con la cabeza-. Leí el reportaje sobre lo sucedido. Fue en la propiedad de mi padre. Se le cayó una carga de leña encima. Tengo entendido que estaba borracho.

-En efecto, había bebido la noche anterior -confirmó Candy-, pero creo que el accidente fue una de esas cosas...

-No es así -repuso Cameron con voz fría-. La compañía aseguradora no quiere saber nada del caso. Fue una completa estupidez por parte de Wilson. Por la cantidad del alcohol encontrado en su organismo, me asombra que pudiera levantarse. Mucho me temo que la familia no va a recibir ni un centavo.

-Ya lo saben -contestó Candy, impresionada por la falta de compasión de Cameron-. Y no te preocupes, no tienen intención de conseguir un solo centavo de ti.

-Soy consciente de ello -contestó bruscamente. Ladeó la cabeza y miró a Candy-. Estás decidida a catalogarme como un hombre perverso, ¿no es cierto? No me parece bien que una maestra haga los juicios tan a la ligera.

-Sobre ti no me he formado ningún juicio a la ligera -contestó Candy tajantemente-, he tardado diez años en llegar a él.

-Y me has odiado durante cada uno de ellos.

-Has dado en el blanco. Para mí, tú eres el ser más abyecto que haya puesto pies sobre la tierra, Cameron Strythe; un gusano en descomposición es más atractivo que tú.

-Una comparación muy dudosa; pero creo que he captado el mensaje -dijo él. Se dirigió perezosamente hacia la puerta y, cuando llegó, volvió la cabeza y le dirigió una mirada glacial.

-¿Debo entender que en esa fantasía tuya, yo soy el malvado sin corazón y tu hermana es la blanca y pura inocencia? -preguntó Cameron.

-Mi hermana estaba esperando un hijo tuyo y tú la abandonaste -replicó Candy llanamente-. Esos son los hechos y no puedes cambiarlos.

-¿Y si lo niego?

-No te creería.

-Me lo imaginaba.

Cameron sacudió lentamente la cabeza y, después de unos segundos de silencio, dijo:

-¡Oh!, qué telaraña tan embrolláda estamos tejiendo...

-¿Qué? -preguntó Candy con voz cortante.

-Nos vemos a las cinco, Candy -repuso Cameron sin contestar.

-¿Todavía quieres que vaya? -pensaba que después de aquel encuentro no habría más que decir.

Cameron asintió bruscamente y se marchó, dejándola con la mirada fija en la puerta vacía..Candy se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que cerrara la escuela. Seis meses, nueve meses, no más. El ayuntamiento llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad como aquella.

Estaban apareciendo las primeras sombras del atardecer cuando Candy se dirigió a casa de Cameron.

En condiciones normales hubiera disfrutado. Pero aquel día, la belleza del paisaje parecía haberse esfumado. Todo su ser estaba concentrado en la confrontación que la esperaba, y estaba asustada. Cómo deseaba que Charles Strythe no hubiera muerto, que Cameron no hubiera vuelto... deseaba tantas cosas.

-Hola, señorita Candy -saludó la señora Baines con una sonrisa radiante-. Es maravilloso vérla de nuevo y esto me hace sentirme como en los viejos tiempos.

La señora Baines había estado con el coronel Strythe desde que Candy tenía memoria y debía echarle de menos terriblemente.

-Ya sé que ha venido para ver al señor Cameron. Vaya a la sala de estar y yo le anunciaré su llegada.

Candy se dirigió hacia la habitación indicada observando aquella

casa que tanto le había gustado siempre. Tenía un aspecto mucho más señorial que cualquiera de las casas del lugar.

Los campos que rodeaban la casa estaban muy bien cuidados y los establos, situados a cierta distancia, siempre estaban en condiciones inmejorables y albergaban caballos magníficos.

Mientras esperaba la llegada de Cameron, Candy observó atentamente el retrato del coronel. Observó sus ojos azul claros, su boca firme, y el pequeño hoyuelo en la barbilla, que Cameron había heredado. Candy le echaba de menos. A pesar de sus cortinajes y de sus elegantes muebles, aquella habitación parecía vacía sin su presencia.

-Siento mucho haberte hecho esperar -se disculpó Cameron. Candy estaba tan ensimismada, que no le había oído entrar y se sobresaltó al oírle-. ¿Padeces de los nervios? -continuó él.

La pregunta, hecha en tono cordial y reposado, habría parecido sincera si la hubiera formulado otra persona; pero cuando Candy lo miró a los ojos, vio en ellos un brillo diabólico.

-No -respondió de forma cortante.

-¿Te pongo nerviosa, entonces? -se acercó a Candy y su aroma agitó algo en el interior de la joven que no deseaba ser removido.

-No -dijo ella.

-Bien -replicó él con pereza.

Se había cambiado de ropa, llevaba un pantalón de pana y un jersey de lana... y estaba demoledoramente atractivo. Candy reprimió sus pensamientos con furia.

-¿Querías verme? -preguntó con voz fría y autoritaria. Se acercó a un sillón que estaba cerca de la chimenea, se sentó prácticamente en el borde y se cruzó de brazos.

-Al verte así casi podría jurar que eres una maestra de escuela -comentó Cameron burlonamente-. Aunque con ese pelo y esos ojos es imposible comprenderlo.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Candy furiosa-. Las profesoras somos seres humanos; por tanto, nuestro aspecto físico no responde a un estereotipo.

-No hay muchas como tú -dijo Cameron contradiciéndola-. No puedes decirme que te faltaron admiradores cuando estabas en la universidad. He estado allí y sé lo que una mujer como tú puede hacer con la población estudiantil masculina.

Candy lo miró desconcertada.

-He tenido novios, sí -aceptó lentamente, disgustada por el rumbo que estaba tomando la conversación-. Ni más ni menos que cualquier otra chica, supongo.

-¿Alguien en especial?

-Oye, no creo que eso sea de tu incumbencia -contestó Candy tajantemente-. He venido aquí para hablar del futuro de la escuela, o de su falta de futuro. ¿Podemos continuar?

-Eres una muchachita impaciente, ¿verdad? -preguntó burlón-. Pero supongo que estabas destinada a tener mal carácter con ese pelo color de fuego.

-No tengo mal carácter, y haz el favor de cambiar de tema, no vas a conseguir hechizarme, señor Strythe.

-No se me ocurriría -respondió Cameron con frialdad.

Tiempo más tarde, la señora Baines les llevó el carrito con el servicio del té y para entonces Candy ya había comprendido que invertir dinero en la escuela, desde el punto de vista económico, era como tirarlo por la alcantarilla. El coronel no veía la escuela como una inversión, sino como un acto humanitario. Él sabía lo que significaba para sus vecinos que sus hijos fueran enseñados en el pueblo y había vistoo qué felices eran sus retoños en un entorno que les resultaba familiar. Pero evidentemente, su hijo no era como él.

Mientras Cameron daba las gracias a la señora Baines y le ayudaba a sacar el carrito, dejando la puerta abierta para que saliera, Candy le dirigió una iracunda mirada.

-No voy a decirte que daría cualquier cosa por saber lo que piensas porque, con franqueza, sería mejor no saberlo -comentó Cameron cuando volvió a su lado.

Candy lo miró sin saber qué decir.

-Por favor -pidió él-, sírvete emparedados y pastel y procura comer todo lo que puedas. La señora Baines se enfadará si la mayor parte de esto no desaparece.

Candy siempre había tenido buen apetito. Las delicias que preparaba la señora Baines eran una tentación para cualquiera. Cameron arrastró las sillas y las colocó cerca de la chimenea antes de acercar el carrito con el té y encender la televisión. Candy tenía hambre y no se dio cuenta de la cantidad de comida que comió hasta sentirse satisfecha. Entonces levantó la vista del carrito y vio que Cameron la miraba divertido.

-Dios mío, ¿siempre comes tanto?

-Tú has dicho que comiera todo lo que pudiera -le recordó ella-. Ahora será mejor que me vaya -continuó-, ya me has dado tu opinión sobre la escuela, y no creo que...

-Por lo que yo sé, no he hecho ningún comentario y no hemos terminado todavía esta discusión -dijo él, nuevamente, mientras tocaba una campanilla.

Una vez que la señora Baines retiró los restos del té, complacida por el reconocimiento a sus habilidades como cocinera, Cameron cerró la puerta y apagó la televisión.

-Hay otra cosa de la que me gustaría hablar contigo, Candy -le indicó-, así que olvídate de la escuela un momento.

Candy lo miró con atención.

-Creo que tu padre es de la misma edad que el mío -continuó él.

Candy lo miró con los ojos entrecerrados. ¿Qué importancia tendría la edad de su padre?

-No tengo ni idea -repuso ella.

-Supongo que tu padre merece pasar unos años sin tener la responsabilidad del abrumador trabajo que lleva a cuestas -opinó Cameron-. Si mi padre se hubiera tomado las cosas con calma, todavía estaría aquí.

Candy fue comprendiendo poco a poco el significado de sus palabras.

-No irás a despedirlo. ¡No puedes hacerlo! ---exclamó, incorporándose bruscamente.

-Mujer, no seas ridícula. Hablo de la jubilación.

-Jubilación? -preguntó Candy entre dientes-. Pero mi padre no quiere jubilarse todavía. Además está la finca....¿Dónde vivirían?

Aquella última noticia la había cogido de sorpresa y durante unos instantes no fue capaz de reaccionar; después, dejándose dominar por una rabia ciega, dio un paso hacia él, dejándolo estupefacto.

-¡Cerdo! ¡Eres un cerdo!

Estaba tan alterada, que no se dio cuenta de la palidez que adquiría el rostro de Cameron Strythe. Luego añadió:

-Vuelves después de todo este tiempo, ¿y qué es lo que haces? -la rabia la hacía decir incoherencias-. Primero cierras la escuela y no sé qué va a hacer el pobre Kevin... -sollozó abiertamente-. Y luego mi padre; vas a desplegar también tu rencor contra él. ¿Pues qué te hemos hecho? Fuiste tú el que destrozaste nuestras vidas; has pasado mucho tiempo fuera... ganando dinero en Australia, y ahora, todo es tuyo...

-¡Ya basta! -gritó él. Se acercó a Candy y la sacudió por los hombros-. ¡Contrólate!

-¿Controlarme...? -preguntó ella. Era imposible controlarse. Quería vociferar, gritarle ferozmente, quería destrozarle la cara con sus manos, lo odiaba.

¡Oh, cómo lo odiaba!

Cameron decidió acabar con aquel ataque de histeria mediante una bofetada.

-Lo siento, Candy, pero he tenido que hacerlo, por tu bien -la abrazó para tranquilizarla.

Candy quería resistirse, pelear contra él, pero de pronto toda su adrenalina se agotó.

-No me has dejado explicártelo -susurró Carneron contra su pelo. Después le levantó el rostro con la mano y susurró-: ¿Cómo puede ser tan cabezota una chica tan atractiva como tú?

Había algo en sus palabras que Candy no se atrevía a clasificar, pero que la hacía desear gritar todavía más.

-¿Qué te pasa, pequeña? -preguntó él.

Inclinó la cabeza para alcanzar su boca y Candy supo que debía impedirlo. Aquel era el hombre que había abusado de su hermana de forma despiadada y que estaba haciendo trizas su pequeño mundo. Pero Candy comprendió horrorizada que había estado esperando ese momento desde la primera vez que había vuelto a verlo.

El beso iba haciéndose cada vez más profundo y Candy se encontraba sin fuerzas para detenerlo. Era sólo un beso, y sin embargo, Candy se sentía como si hubieran estado besándose y acariciándose durante horas. Ella siempre se había reído de las novelas en las que la protagonista quedaba indefensa ante la pasión del protagonista, pero en ese momento se sentía como la protagonista de cualquier novela de amor.

Cameron exploraba con la lengua los rincones más secretos de su boca, haciéndola experimentar un placer desconocido para ella. Dejó que Cameron le desabrochara la blusa y se detuviera en la suave ondulación de sus pechos. Sentía las manos de Cameron, tiernas y firmes a la vez, y se dejaba arrastrar por aquella deliciosa embriaguez que se había apoderado de todo su ser.

En alguna parte, difusamente, oyó que sonaba el teléfono, peroo era un teléfono de otro mundo, no de aquel consistente en un torbellino de pasión.

Unos golpecitos en la puerta y la voz de la señora Baines actuaron como una ducha de agua fría. Candy se separó bruscamente de Cameron y permaneció aturdida en medio de la habitación.

-Un momento por favor, señora Baines -pidió Cameron.

Candy se sintió profundamente humillada mientras Cameron esperaba a que terminara de abrocharse la blusa y arreglarse el pelo. Candy había oído la voz de la señora Baines, pero no había podido entender lo que decía. ¿Qué era lo que había hecho? ¡Caer en sus brazos! ¡Después de todo lo que se había dicho, después de todo lo que Cameron le había hecho!

Lanzó una mirada frenética hacia la puerta cerrada y oyó la voz

de Cameron, grave y controlada, mientras hablaba con alguien en el pasillo. Debía de estar hablando por teléfono. Candy se sentía incapaz de volver a enfrentarse a él.

Miró hacia la ventana que estaba oculta por los largos cortinajes de terciopelo. Sabía que los ventanales del comedor conducían a los jardines de la casa. ¡Cuánto había jugado ahí cuando era pequeña mientras el resto de las dos familias permanecían en el interior de la casa!

Tenía que escapar antes de que Cameron volviera. Era muy fácil deslizarse a través de las ventanas y cerrarlas con cuidado detrás de ella. Candy corrió como un cervatillo por los campos hasta llegar a la carretera. En cuanto alcanzó el camino que rodeaba el pueblo, se sintió segura. Estaba a medio camino de casa cuando se dio cuenta de que se había dejado en casa de Cameron el bolso repleto de ejercicios que debía corregir.

-¡Maldita sea! -exclamó rechinando los dientes.

En su casa sólo estaba Jasper. Después de prepararse una taza de té, se la subió a su habitación y se preparó un baño caliente y aromático. Necesitaba ahogar el recuerdo seductor de aquellas manos y aquella boca sobre su piel y la sensación de traición hacia Michelle que estaba sintiendo.

-¿Cómo has podido, Candy? ¿Cómo has podido hacer eso? -le preguntó a su imagen en el espejo.

Estaba en el baño cuando oyó el estridente sonido del teléfono en la planta baja y se relajó cuando dejó de sonar. Pasados unos minutos, oyó a Jasper ladrar encantado y luego la voz de su padre. Segundos después, cuando estaba lavándose el pelo, el teléfono volvió a sonar.

-¿Candy? -preguntó su madre fuera del baño . Te llama Cam.

-No puedo ponerme, acabo de meterme en el baño.

-Oh, está bien -dijo su madre.

Mientras estaba hundida en el agua, el resentimiento fue sustituyendo a la humillación que la había tenido dominada. ¡Cameron la había seducido a propósito! ¿Cómo podía un hombre caer tan bajo? Se enderezó, furiosa. Pensaba cerrar la escuela y después despedir a su padre. Y pensaba que aquella muestra de amor barato iba a facilitar el golpe.

Posiblemente creía que si había arrastrado a sus pies a una de las hermanas hacía tantos años, no tendría problemas para hacerlo con la otra. ¡Cuánto se arrepentía de no haber sido capaz de demostrarle lo equivocado que estaba! Se sumergió completamente en el agua durante algunos segundos. Después salió del baño.

Bueno, se dijo, iba a tener que luchar con todas sus fuerzas.

Aquella noche había aprendido que para ganar a Cameron había que estar dispuesta a jugar sucio.

-Pues lo haré, Cameron --murmuró-. En esta guerra vale todo. Tú lo has decidido.

## Capítulo 3

EN dónde diablos te metiste anoche? -preguntó Cameron.

Candy esperaba una expresión de burla o indiferencia, pero no estaba preparada para aquella voz que como una estocada se lanzaba contra ella, mientras estaba sentada ante su escritorio a la hora del recreo. Llegaban desde el patio las risas de los niños.

-¿Cómo dices? -preguntó ella.

-Te veré suplicarme antes de acabar contigo, te lo juro -dijo él con un gruñido. Con una expresión salvaje, tiró el bolso de Candy al suelo-. ¡Estuve buscándote por el campo y luego en el pueblo; no sabía a dónde te habías ido!

-Me fui a mi casa, por supuesto -contestó mirándolo con rabia-. Llamaste, ¿no? Supongo que te lo dirían.

-Eres muy atrevida. Vosotras, las hermanas Baker, tenéis un atrevimiento a prueba de bomba.

-¿Qué? -preguntó Candy extrañada.

-Nada -respondió él, con un cansado gesto de desdén-. No puedo creer lo que me está pasando. Me estoy tomando la molestia de hablarte en vez de ponerte sobre mis rodillas y darte la paliza de tu vida.

-Que se te ocurra intentarlo -gritó Candy como una tigresa.

-No me tientes, por favor no me tientes -le advirtió él.

Candy había estado toda la mañana preguntándose qué le diría Cameron después de lo de la noche anterior. Por lo menos ya lo sabía, se dijo mientras lo veía pasear inquieto por el aula.

-Si haces otra vez una cosa como ésta, no seré responsable de mis actos -advirtió nuevamente Cameron, y se acercó a su mesa.

-Creo que no volverá a darse una situación parecida. De modo que no tienes que preocuparte por eso -le aclaró Candy-. Si andas por ahí forzando a cualquier mujer que...

-¿Forzándote? ¿Es eso lo que sucedió para ti? Escucha preciosa, yo estaba allí, y sé lo que pasó tan bien como tú. No tengo intención de insistir en el tema, pero tú disfrutaste tanto como yo -añadió, mirándola de arriba abajo con una lentitud insultante.

-Sí, claro que disfruté -replicó ella-. Me diste una bofetada que no voy a olvidar en mi vida.

-Todavía no he solucionado esto, pero lo haré -dijo él con tranquilidad-. Y si las cosas son como yo pienso, entonces cierta personita va a tener que dar muchas explicaciones.

-¿Qué? -preguntó desconcertada-. No sé de qué estás hablando.

Cameron continuó como si Candy no hubiera dicho nada.

-Se un poco más educada, jovencita.

-No me digas lo que tengo que hacer.

-¿Ah, no? -se burló Cameron, mientras se dirigía a la puerta-. Piénsalo dos veces. ¿Quieres que la escuela siga funcionando y que tu padre conserve su trabajo?

-¡Tú...!

-Exacto -aclaró Cameron-. Soy un ser despreciable, de modo que recuérdalo cada vez que pretendas desafiarme.

Candy había pensado alguna vez que no podía odiarle con mayor intensidad y, sin embargo, cada día encontraba nuevas fronteras para sus sentimientos.

-Voy a celebrar una pequeña fiesta este fin de semana para romper el hielo con unas viejas amistades, y tú tendrás que venir -le indicó él, mirándola sin sonreír-. Serás dulce y encantadora y estarás encantada de que haya vuelto. ¿De acuerdo?

-Eso es chantaje -expresó ella suspirando.

-Yo no hubiera escogido esa palabra, pero creo que me entiendes. Desde que volví no has hecho otra cosa que provocarme e insultarme y quiero que aprendas que no estoy dispuesto a soportarlo. No sé cómo lo vas a aprender, si por las buenas o por las malas, pero te aseguro que lo vas a aprender.

-No me puedes hacer....

-Cuidado, Candy, piensa antes de hablar. Tienes la costumbre de precipitarte y, aunque eres una joven independiente y resuelta, he descubierto tu talón de Aquiles. Te interesas demasiado por este pueblo y adoras a tu familia.

-¿Vas a usar eso en mi contra?

-Si lo quieres decir así, sí -contestó sin rastro de piedad-. Ya he tenido que soportar bastante.

Candy se incorporó lentamente, con las mejillas encendidas.

-¿Por qué no nos dejas en paz? Aquí no te necesitamos. Eres un intruso.

-Puedes decir lo que quieras, yo sostendré lo que he dicho -repuso él con frialdad-. Tengo demasiadas cosas que hacer para perder el tiempo en trivialidades.

¡Trivialidades! Candy lo observó con rabia y apretó los dientes para detener un torrente de palabras malsonantes que estaban a punto de salir de su boca.

-Eso es, ya estás aprendiendo -repuso él.

-Eres totalmente despreciable.

-Lo sé -contestó él.

Candy pasó el día trabajando como un autómata, y al anochecer, un fastidioso y persistente dolor de cabeza se fijó en la parte posterior

de sus ojos, de modo que lo único que le apetecía era bañarse y dormir.

Las nubes oscuras se deslizaban con rapidez en el cielo mientras se dirigía a su casa. Tenía frío y estaba irritable y cansada. El paseo de quince minutos le pareció de una hora cuando por fin llegó a casa.

Cuando vio la entrada de la casa se sorprendió al ver un deportivo rojo oscuro. Ni más ni menos que un Lamborghini. Observó admirada el coche mientras pensaba quién podía haberse pagado un capricho tan caro, nadie a menos que...

Entró en la casa con un sentimiento de resignación, esperando oír la voz profunda, grave y clara de Cameron, pero cuando la detectó no estaba todavía preparada para soportar su efecto. También su estómago protestó.

-Hola -saludó con una amable sonrisa e inclinación de cabeza a Cameron y a su padre.

-Te hemos estado esperando -indicó su madre animosamente, con los ojos brillantes y mejillas encendidas-. Le he dicho a Cameron que siempre te apetece tomar una taza de té cuando llegas a casa.

-Sí... -afirmó, incapaz de retener la sonrisa en su lugar durante más tiempo. ¿Cómo se atrevía a entrar en su misma casa, cuando estaba pensando en apuñalar a su padre por la espalda?-. Lo siento, tengo un terrible dolor de cabeza. ¿Puedo subir a buscar un par de analgésicos?

-¡Oh! -exclamó su madre.

Miró a su hija confundida mientras ésta se quitaba el abrigo y la bufanda. Cuando su madre sirvió el té, Candy cogió su taza y se dirigió hacia la puerta.

-¿Has visto el coche de Cameron? -preguntó su padre-. ¿No te parece precioso?

-¿Cómo no voy a haberlo visto? -contestó Candy secamente-. Y va muy a tono con lo que yo esperaba que condujera.

-¿Ah, sí? -contestó él. Estaba peligrosamente atractivo. Iba con un jersey y un pantalón claros que hacían resaltar su tez morena y su pelo negro-. ¿Y qué esperabas exactamente?

Era un reto, que a Candy le hubiera gustado aceptar, pero se reprimió y esbozó una sonrisa de desdén.

-Oh, ya sabes, un coche grande, potente.

«Ostentoso, pretencioso...» Las palabras no dichas quedaron suspendidas en el aire. Candy estaba segura de que Cameron le había leído el pensamiento.

-A tu padre le hubiera gustado tener un coche como ese, pero es un modelo propio de un hombre joven -dijo su madre, parloteando

felizmente, ajena a la tensión del momento.

-0 de una mujer joven -completó Cameron lentamente-. ¿Alguna vez has conducido un deportivo?

Candy negó con la cabeza de mala gana, le habría gustado haberle sorprendido.

-¿Te gustaría hacerlo?

-Supongo que sí -contestó Candy encogiéndose ligeramente de hombros-. Me gusta la velocidad.

-Pasaré a recogerte mañana por la tarde cuando se te haya pasado el dolor de cabeza. Un amigo mío tiene una pista de carreras a pocas millas de aquí; puedes probar allí el coche. Si te gusta la velocidad, no quiero que sientas la tentación de correr por las carreteras del pueblo.

-No soy tan idiota -exclamó secamente.

-Entonces vendré mañana a buscarte -dijo Cameron mirándola con sus penetrantes ojos azules-. No estás asustada, ¿verdad?

-No -respondió inmediatamente.

-Quedamos a las cinco.

Candy asintió con la cabeza en silencio, consciente de que su madre estaba impresionada por el rumbo que había tomado la conversación. Mientras salía de la habitación oyó que Cameron hablaba en tono grave y confiado. ¿Qué estaba haciendo allí? Se sentó al borde de la cama y se tomó el té a pequeños sorbos mientras intentaba averiguar los motivos de la presencia de Cameron. Él no necesitaba su aprobación para los cambios que deseaba hacer y ella estaba segura que Cameron era la última persona sobre la tierra en interesarse por lo que la gente pensaba. Entonces, ¿por qué aparentar que cultivaba la amistad de sus padres? Y lo más importante aún, ¿por qué sus padres lo estaban permitiendo?

Frunció el ceño, el dolor de cabeza empeoraba. Cameron se traía algo entre manos, ella lo sabía. No entendía que sus padres parecieran tan deseosos de dejar los acontecimientos pasados en el pasado. ¿No se daban cuenta de que Cameron era mucho peor que antes?

Seguía pensando en lo mismo cuando Cameron llamó a la puerta de su casa al día siguiente.

-¿Lista? -le preguntó sonriéndole desde la puerta.

Una vez en el coche, se volvió hacia ella antes de arrancar.

-He estado esperando una llamada telefónica diciéndome que habías cambiado de opinión -dijo llanamente-, pero mientras venía hacia acá me he dado cuenta de que preferirías morir antes que hacerme sospechar que estás nerviosa, ¿tengo razón?

-Para nada -mintió ella con firmeza-. La opinión que tengas de mí es la última cosa por la que me preocuparía.

-Puede ser.

Candy se mordió el labio inferior mientras el coche salía del lugar donde estaba aparcado. No le gustaba la facilidad con la que Cameron le leía el pensamiento y menos aún la tensa excitación que estaba sintiendo. No era tanto la perspectiva de conducir en una pista de carreras la que hacía que su corazón latiera desenfrenadamente, como el hombre que estaba tranquilamente sentado a su lado.

La atracción física era algo incontrolable. Podía suceder a cualquier hora y en cualquier lugar y carecía de significado. Era casi inevitable en aquellas circunstancias, se decía. Cameron era un hombre misterioso, frío y emanaba una sorprendente sensualidad. Probablemente sabía dónde residía su atractivo. Bien, pues ella era una mujer que podía y debía resistirlo; no volvería a repetirse lo que había ocurrido aquella noche. Estaría siempre en guardia.

-¿Podrías dejar de fruncir el ceño de esa manera? -le preguntó Cameron divertido-. No voy a obligarte a hacer nada que no te apetezca.

-No sé por qué estoy aquí -dijo Candy, sorprendiéndose a sí misma por la sinceridad de sus palabras.

-Porque no puedes resistir un reto, Zanahoria, nunca has podido.

-No me llames así -le dijo Candy bruscamente.

-¿Por qué no? Antes no te importaba -susurró él tranquilamente.

-Aquella era otra época, vivíamos en un mundo diferente -añadió ella con amargura-, y tú lo sabes.

-Puede ser -admitió él lentamente-. Y ese David, ¿es muy amigo tuyo?

Candy no se esperaba aquel cambio de conversación. Lo miró azorada y chasqueó ligeramente la lengua.

-Mi relación con David es...

-¿No es asunto mío? -terminó la frase por ella en un tono malintencionado-. Tal vez no, pero no me gustaría verte cometer el error más grande de tu vida sin decir nada -dijo, cambiando de postura.

Candy se tensó instintivamente. Si el motivo por el que había comprado ese coche era añadir carisma a su sensualidad, tenía algo que decirle: ¡había funcionado! Aquel coche era como una proyección de su propia personalidad y los dos combinados eran dinamita.

-Ese hombre es una rata -aseguró él-. ¿No te has dado cuenta?

Candy estaba totalmente de acuerdo con su análisis, pero de ninguna manera le daría la satisfacción de decírselo. Se encogió de hombros despreocupadamente y le dijo:

-Creo que soy lo bastante mayorcita como para escoger sola a mis

amigos. ¿No crees?

-Creo que ya eres mayorcita para hacer muchas cosas, querida, y eso es lo que me preocupa.

-Tú no me llevas tantos años, Cameron, así que no hables como si fueras mi abuelo -exclamó ella.

-¿Tu abuelo? -preguntó él.

Candy se quedó desconcertada ante la intensidad de su mirada. De pronto, Cameron sacó el coche de la carretera y apagó el motor.

-Aclaremos una cosa, Candy -le pidió lentamente. Todo rastro de burla se había esfumado de su rostro-. Mis sentimientos hacia ti no son paternales en absoluto y siento decir que la palabra fraternal tampoco es muy adecuada para definirlos. La pequeña gatita que dejé hace diez años es ahora una gata completamente desarrollada y con unas garras muy afiladas. Lo sé, las he sentido -posó la mirada brevemente en su boca y volvió a mirarla a los ojos-. Eres una mujer muy atractiva y te aprecio como tal. ¿Es que esto no te satisface?

-¡Oh, eres...! -exclamó Candy.

Cameron hablaba como si Candy deseara ser halagada, pero ella no necesitaba ese tipo de halagos.

-Además tienes una mente despierta y un cuerpo excepcionalmente bien formado. La única cosa que obstaculiza la perfección es ésta -dijo, dándole unos golpecitos en la cabeza-. No creo que haya conocido nunca a una chica tan cabezota, y créeme, he

conocido muchas.

-No lo dudo.

-Además -continuó como si Candy no hubiera dicho nada-, tienes unas ganas de vengarte de mí que no termino de explicarme.

-¿Qué no te lo explicas?

-En absoluto, algún día lo comprenderás -contestó él.

-Nunca.

Había tal amargura en su voz, que Cameron la miró preocupado.

-Nunca te perdonaré lo que le hiciste a Michelle, Cameron, y desde que llegaste a casa, nos has hecho la vida imposible. Y pensar que tu padre te ha estado echando de menos durante todos estos años.

-Ahora sí que estoy convencido de que tienes una imaginación desbordante.

Cameron arrancó el coche y fijó su dura mirada en la carretera.

-Si estás tratando de hacerme sentirme culpable, no lo vas a conseguir, Candy.

-No te comprendo -repuso Candy molesta-. En primer lugar te fuiste de aquí porque no tuviste valor para quedarte y asumir tus responsabilidades, y después decidiste no volver porque estabas

mucho mejor fuera. Le destrozaste la vida a tu padre.

Cameron soltó una maldición y volvió a sacar el coche de la carretera. Antes de que Candy pudiera darse cuenta de lo que pasaba, la arrastró bruscamente hacia él y la besó. Cuando la soltó, Candy se hundió en su asiento y lo miró, sintiéndose tan humillada como sorprendida.

-¿Te ha gustado esto? -preguntó Cameron amargamente-. ¿Está esto a tono con lo que piensas de mí?

Candy era incapaz de pronunciar palabra.

-No sabes nada de mi vida, ¿verdad? Cuando te escucho, tengo la sensación de estar oyendo un cuento de hadas. De niño, le costé a mi padre la única cosa que amaba: su esposa. Nunca me lo perdonó.

Cameron miró a Candy con expresión de crueldad y continuó:

-Tuve una niñera hasta los siete años, que tenía instrucciones precisas de apartarme de mi padre. Después, me enviaron a un internado del que salla en contadas ocasiones. Pasé muchos años tratando de justificar mi existencia, hasta que me di cuenta de que no tenía por qué hacerlo. No le debía nada a mi padre, nada.

Había una furia ciega en su mirada, también una tristeza y una desolación brutal.

-Por si te sirve de algo, te aseguro que no me fui de aquí huyendo. He hecho unas cuantas cosas en mi vida de las que estoy muy orgulloso, pero abandonar a tu hermana no es una de ellas.

-¿Y Jarcie? -preguntó Candy.

-Olvídalo Candy, el chantaje emocional no me afecta -respondió Cameron lentamente-. Michelle ha muerto para mí desde la noche que la dejé y, si no hubieras sido entonces tan pequeña, entenderías por qué.

-Lo entendí muy bien -repuso ella con aspereza.

-Sólo entiendes lo que quieres, ¿verdad? Las cosas no son sólo negras o blancas. Yo no sé si envidio esa terquedad tuya o te compadezco por ella, pero estoy seguro de que te va a hacer sufrir algún día.

-La gente es la que hace sufrir a los demás -dijo

Candy con amargura.

-Tienes razón.

Continuaron en silencio durante algunos minutos. Candy pensó que había algo en Cameron que no terminaba de comprender.

Mientras salían a la carretera, le dirigió una mirada fugaz. No esperaba que la discusión terminara tan bruscamente.

Al cabo de diez minutos se encontraron dando la vuelta a un estrecho carril que conducía a una enorme pista de aterrizaje que

había sido convertida en una pista de carreras.

-Kirk está metido en esto de las carreras de coches -le comentó Cameron después de saludar con la mano a un hombre que se veía a lo lejos-. ¿Estás lista?

Candy fingió un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir.

-Sí, claro -por nada del mundo le dejaría saber que su discusión la había dejado destrozada. Conduciría aquel coche como si lo hubiese estado haciendo toda su vida.

Cameron salió del coche para que intercambiaran los asientos.

-Te explicaré lo más básico, el resto es cosa tuya -le dijo a Candy cuando se sentó a su lado-. No trates de familiarizarte con él el primer día; tórnatelo con calma, se constante y disfruta.

Candy lo miró y comprendió que Cameron había notado: su nerviosismo y estaba tratando de darle confianza. Aquella actitud la irritó.

Una hora después, Candy estaba tan satisfecha de sí misma que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no reír. Muy a pesar de su sorpresa, se las había arreglado para conducir sin ningún problema y había disfrutado como nunca. Cameron no había estado muy efusivo, pero Candy sabía que estaba contento con sus habilidades como conductora.

-¡Cómo he disfrutado! -exclamó ella cuando ya se iban.

-¿Buscando adulaciones, Zanahoria? -preguntó Cameron burlonamente.

-No -se ruborizó al ver que Cameron sonreía-. Bueno, tal vez sí. No te haría ningún daño decir que lo he hecho bien.

-Lo hiciste más que bien, estoy impresionado; pero en el fondo eso era lo que yo esperaba de ti.

-¿De verdad? -preguntó ella. No había utilizado la técnica de seducción habitual, porque no hubiera podido funcionar. Candy se preguntó a cuántas mujeres había dejado conducir su coche para intentar seducirlas.

-A ninguna -dijo Cameron para su sorpresa.

-¿Qué? -Candy no comprendía nada. ¡Estaba segura de que no había formulado sus pensamientos en voz alta!

-Te estabas preguntando cuántas mujeres habrían conducido este coche -contestó Cameron. Candy se encogió de hombros.

-¿También te dedicas a leer el pensamiento?

-Me dedico a todo tipo de cosas, Candy, creía que lo sabías.

Había cierta amargura en su voz y Candy lo miró extrañada. Nunca había conocido a nadie que cambiara tan repentinamente de humor.

-Deberías haber dado la vuelta aquí -le advirtió Candy cuando pasaron el cruce que conducía al pue blo.

-Supongo que tendrás hambre -como Candy no dijo nada, preguntó nuevamente-. ¿Tienes hambre?

-Un poco -contestó ella con recelo.

-Entonces pararemos al final de esta carretera. Conozco un sitio muy agradable para comer, y así podrás contarme lo que has estado haciendo durante los últimos diez años.

Candy abrió la boca para protestar, pero al advertir la dureza de la expresión de Cameron, cambió de opinión, y se reclinó en su asiento sin decir palabra.

El mesón estaba situado en una solitaria pradera protegida por ondulantes montañas y flanqueada por dos enormes robles. Era una enorme cabaña con tejas cubiertas de líquenes. «El Viejo». Candy miró el letrero que había encima de la puerta y al ver al anciano marchito que aparecía en el dibujo, comentó:

-No parece muy feliz.

-A lo mejor también tuvo problemas con las mujeres -le dijo bruscamente mientras cogía a Candy del brazo y la conducía al interior.

Era un lugar muy acogedor. La chimenea daba al lugar una reconfortante luz.

-Buenas noches, señor... ¡Santo Cielo!, pero si es Cameron Strythe -exclamó el dueño del mesón sorprendido.

-Hola George. Ha pasado tanto tiempo; me preguntaba si todavía estarías aquí.

-Me conoces, Cam; me sacarán de aquí con los pies por delante -repuso George animadamente-. Han pasado más de diez años desde la última vez que te vi.

-Sí, demasiado tiempo -contestó Cameron. Se volvió hacia Candy-. Te presento a Candy, George, y nos gustaría probar tu famosa sidra. La mejor de la región.

Por primera vez desde su reencuentro, el agrio cinismo que estaba grabado en cada línea del firme y atractivo rostro de Cameron se había borrado. Cameron estaba tan contento de que George lo hubiera reconocido que, a pesar de su desconfianza, Candy no pudo evitar que una pequeña muestra de consideración suavizara su mirada.

-¿Has echado de menos Inglaterra, Cam? -preguntó Candy, utilizando por vez primera su diminutivo.

Cameron disparó sobre ella su mirada de acero.

-¿Me compadeces, Zanahoria? -preguntó lacónicamente, arqueando las cejas en gesto burlón, mientras la dureza, a la que

Candy estaba acostumbrada, volvía a su rostro. Luego añadió-: No me hace ninguna falta, ya soy una persona mayor. ¿0 es que todavía no te has dado cuenta?

-No puedo imaginarme a nadie compadeciéndote. Eres la persona más desagradable...

-Eso está mejor -la interrumpió Cameron, sonriendo con mordacidad, mientras George les servía un par de vasos de sidra.

-¿Todavía preparas ese delicioso pastel de carne, George? -preguntó Cameron, mientras pagaba el importe de la bebida-. No sabes cuánto me he acordado de él.

-No ha habido muchos cambios por aquí, Cam -contestó George con sencillez-. ¿Te gustaría ver la carta?

-Me gustaría probar el pastel, gracias -contestó ella sonriendo a George.

Antes de retirarse, George la miró fijamente y contestó:

-Lo siento señorita, pero usted me recuerda a alguien y no consigo acordarme de quién. No puede ser la mujer que solía venir...

Cameron le interrumpió con firmeza:

-La mujer que solía acompañarme era la hermana de Candy, George, su hermana mayor -comentó sonriente-. Al final no nos casamos.

-Oh, ya veo -respondió George evidentemente disgustado.

-No te preocupes -dijo Cameron. Señaló una mesa para dos situada en un rincón al lado del fuego-. Comeremos allí, George, y tráenos dos sidras más con la comida.

Candy le siguió, sintiéndose presa de una inmensa tristeza y, desde luego, también muy disgustada. Cameron había tenido el descaro de llevarla a un lugar al que solía ir acompañado por su hermana. Debía haberse imaginado que George haría algún comentario; probablemente la había llevado allí para avergonzarla.

-Pensé que no se iba a acordar -le comentó Cameron cuando se sentaron-. Ha pasado mucho tiempo.

-A mí me parece que fue ayer -comentó Candy secamente.

-Bueno, ese es tu problema Candy, ¿verdad? -dijo él.

Candy levantó sus enormes ojos hacia él.

-No te importa nada ni nadie, ¿verdad? Estás muerto Cameron, eres un muerto en vida, sin un ápice de compasión o ternura. No sé por qué pensaba que te odiaba, porque no hay nada en ti que odiar.

Candy quería herirle, necesitaba hacerle daño, devolverle su frialdad. Pero cuando el verdadero Cameron la observó con un dolor desnudo en el rostro, Candy se sintió tan mal, que tuvo que levantarse con el pretexto de ir al baño.

Una vez allí, se apoyó en la pared y soltó una pequeña exclamación de dolor. ¿En qué se había convertido por culpa de aquel hombre? Ya no se reconocía a si misma. Conscientemente nunca había deseado hacerle daño a nadie y no podía creer que hubiera sido tan cruel. No comprendía nada. Se sentía vulnerable, confundida...

Cuando volvió al salón principal, observó a Cameron con la mirada clavada en su bebida, y se sintió todavía peor.

-Lo siento, Cam -se disculpó lentamente cuando se sentó a su lado-. No pretendía ser tan cruel.

-No te pongas tan trágica, Candy; he pasado por cosas peores.

Candy reprimió las lágrimas que estaban a punto de brotar de sus ojos, y Cameron se inclinó hacia delante y le acarició la mejilla con su mano antes de volver a reclinarse en su asiento.

-No pasa nada, de verdad, Candy.

Candy no estaba preparada para tanta ternura. Bajó la mirada y se bebió la sidra de golpe. Afortunadamente, en ese momento llegó George con los platos humeantes a la mesa.

«Dame valor para pasar el resto del día y llegar a casa», rezaba Candy en silencio, mientras comía. Cameron había despertado en ella sentimientos que nunca se había sentido capaz de experimentar. Necesitaba alejarse de él. No quería volver a verlo a solas. Si valoraba su tranquilidad de espíritu, tenía que cerrar aquel capítulo de su vida para siempre.

Capítulo 4

CAM te llama por teléfono. Ha dicho algo de una cena -exclamó su madre asomando la cabeza por la puerta de la cocina, donde Candy estaba llenando la lavadora de ropa húmeda y llena de lodo.

Había ido a dar un largo paseo con Jasper.

No tenía noticias de Cameron desde hacia tres días, y aunque lo había intentado, no había conseguido sacarle de sus pensamientos durante más de un minuto hasta que, al final, completamente enfadada consigo misma, había llamado a Jasper y se había decidido a eliminar su irritación mediante un paseo. Había funcionado, por lo menos hasta que había oído sonar el teléfono.

Apretó el botón de la lavadora y siguió a su madre por el pasillo.

-¿Sí? -contestó con voz firme a pesar de que sus piernas habían adquirido la consistencia de la gelatina.

-¿Candy? ¿No habrás olvidado que te necesito mañana por la noche en casa?

Aquel hombre nunca cambiaría, pensó Candy furiosa. Sin formalidades, sin un simple «¿cómo estás?», sin desperdiciar el tiempo en buenos modales. Siempre dando órdenes marciales.

-No, pero pensaba que tú sí te habrías olvidado.

-Tienes que estar preparada a las siete -respondió Cameron con un gruñido.

-Sí, mi comandante -contestó ella.

Se hizo un embarazoso silencio.

-Tranquilízate, Candy, cada vez que hablo contigo tengo la sensación de estar enfrentándome a un fusil cargado.

-A mí me pasa exactamente lo mismo. Es extraño, pero he tenido la impresión de que estabas dando órdenes y de que yo estaba esperando en fila para recibirlas.

-Ya veo. ¿Y sería diferente si te pidiera que vinieras?

-Puedes intentarlo -respondió ella.

-Sí podría, y entonces me dirías que me fuera al infierno, ¿verdad?

-Exactamente.

-Me lo imaginaba. En cualquier caso, iré a recogerte a las siete.

-Preferiría ir por mi cuenta -contestó ella.

-Puedes hacer lo que quieras ¡Pero no faltes!

-Estás preciosa -le dijo su madre al ver a su hija al día siguiente, mientras. Candy recogía las llaves del coche-. ¿Verdad, Ernest?

-Desde luego -observó su padre, mirando su pálido rostro-. ¿Te

sientes como un cordero que va al matadero? -Candy nunca había podido ocultarle nada a su padre-. Los amigos de Cam son gente normal como nosotros, cariño; aunque disfruten de una posición mucho más acomodada.

-Lo sé -contestó Candy desviando la mirada y alegrándose de que hubieran confundido su preocupación con nerviosismo.

La noche era clara y fría, pero el coche arrancó al primer intento. El corto trayecto le permitió levantar sus defensas.

-Oh, señorita Candy, está guapísima -exclamó al verla la señora Baines cuando le abrió la puerta-, no la conocía.

Candy admitió el cumplido con naturalidad, y sonrió, a pesar de lo nerviosa que se había puesto al ver los lujosos coches que estaban aparcados en la calzada. Su pequeño Mini se perdía entre un magnífico Bentley y un flamante Ferrari, y por un momento había sentido el irresistible deseo de escapar. Pero nunca le daría esa satisfacción a Cameron. ¡Nunca!

-Buenas noches -saludó Cameron a sus espaldas-. Llegas tarde.

-Si, lo sé -dijo sin intentar disculparse; había sido un retraso deliberado y él lo sabía.

-Había pensado que como no conoces a nadie, hubiera sido mucho más fácil que estuvieras aquí para ir presentándote a los invitados a medida que fueran llegando, pero no importa.

-Oh, ya veo -contestó Candy con sarcasmo--. Querías que estuviera aquí a las siete de la noche por mi propio bien -avanzó lentamente.

Cameron apretó los labios y la agarró del brazo.

-Es una pena que David no esté aquí esta noche para verte. Estás asombrosa.

Candy lo miró extrañada. Le había parecido advertir un tono de censura en su voz.

-No te pareces en nada a la joven que conocí en el monte.

-Nunca se me hubiera ocurrido pensar que un abrigo de lana y unas botas fueran apropiadas para esta noche, y por favor deja a David fuera de todo esto.

-Con mucho gusto -respondió Cameron.

Candy se detuvo bruscamente.

-¿Y ahora, qué? -preguntó Cameron al ver que Candy miraba fijamente el salón.

-¿No es aquella Katherine Hamilton, la actriz?

-Sí -contestó Cameron mirando a una atractiva rubia-. Es una vieja amiga.

-¿De verdad? -preguntó Candy, incapaz de disimular su

entusiasmo-. No sabes cuánto la admiro. El trabajo que ha hecho para esa asociación ecologista es impresionante.

-Kate es mucho más que una cara bonita --repuso Cameron-, pero si rascas bajo la superficie, mucha gente es diferente de lo que parece -sonrió con cinismo-. Yo, por ejemplo.

Candy intentó pensar en una contestación ingeniosa, pero no se le ocurrió nada. Además, temía estar adentrándose en un terreno peligroso.

-¿Qué? ¿No dices nada? -preguntó él, con suavidad.

-No es hora para juegos infantiles.

-Eres increíble, Candy -contestó Cameron riendo y acariciándola con la mirada. Cambió de expresión cuando una mujer alta y con el cabello plateado apareció a su lado.

-Estoy segura de que ésta es Candy -dijo la mujer. Debía de tener alrededor de cincuenta años, pero tenía una figura envidiable-. ¿Eres tú, no es cierto? -volvió a preguntar, pues Cameron ni Candy contestaban.

-¡Está bien, Mónica, no has cometido ninguna de tus famosas indiscreciones! -exclamó Cameron-. Mónica Hardwick, te presento a Candy Baker.

-Hola -le respondió. Había algo especial en aquella hermosa mujer, y Candy se encontró a sí misma devolviéndole calurosamente la sonrisa-. Me moría de ganas de conocerte.

-¿Conocerme? -preguntó Candy extrañada-. Creo que debe de haber algún error; debe de estar equivocada de...

-Mónica es la abogada de la familia, Candy, le he hablado de la situación de la escuela -le explicó Cameron y cogió a ambas por la cintura y las separó para que no continuaran conversando.

-Ahora, estoy seguro de que os apetece tomar una copa antes de cenar, ¿vamos...?

El resto de la noche, Candy lo pasó conversando con el resto de los invitados y manteniendo siempre la sonrisa. La cena fue para ella un oasis en el desierto. Estaba sentada entre Mónica y su esposo con Cameron en la parte opuesta de la mesa.

Descubrió que Cameron tenía un fino y divertido sentido del humor. Estallaba en carcajadas cada vez que Mónica o Bill contaban alguna anécdota. Acogió mal aquella faceta del hombre al que estaba dispuesta a odiar, pues la confundía.

-Ven a hablar conmigo -la invitó Mónica cuando se levantaron de la mesa. Candy advirtió la desesperada súplica que Bill le dirigió a su esposa.

-Le viene bien -comentó Mónica entre risas mientras llevaba a

Candy hacia un sillón situado enfrente de un amplio ventanal-. Odia este tipo de fiestas y siempre dejada conversación en mis manos. Aquí podremos estar tranquilas.

-No eres para nada lo que pareces, ¿verdad, Mónica? No tienes nada que ver con el resto de la gente que hay aquí.

-Gracias a Dios. Si estuviera cortada a su medida, pensaría que todo estaba perdido. Aunque aquí también hay un par de buenas personas -continuó-. Katherine Hamilton, por ejemplo, y Pete Bales. Él estuvo con Cameron en los pozos petrolíferos. ¿Lo sabías?

-¿Ah, sí? -preguntó Candy-. ¿Quieres mucho a Cameron, verdad?

-Sí -contestó Mónica, mirando a Candy muy seria-. Es el hijo que Bill y yo nunca tuvimos, y además es un buen hombre, Candy.

Candy comprendió que tenía algo que decir, y también que tenía que ser sincera con Mónica.

-Es posible que tú conozcas otro aspecto de su personalidad -Monica advirtió el endurecimiento de la mirada de Candy.

-Puede ser -replicó Mónica encogiéndose de hombros-. Pero conozco al verdadero Cam. Tú apreciabas mucho a Charles. ¿No es cierto?

A Candy la sorprendió aquella pregunta y durante un segundo observó a Mónica sin saber qué decir.

-Fue muy bueno conmigo y con mi familia -respondió Candy al fin.

Mónica la miró un poco confundida.

-Sí -comentó Mónica-, podía ser amable y generoso, pero había un aspecto de él que no creo que vieras nunca. Era muy parecido a Cam; sólo mostraba lo que quería que vieras -comentó agitando su cabeza-. Cuando me hice cargo del puesto de abogada de la familia Strythe, después de mi padre, se aclararon muchas cosas que me habían intrigado durante años. Hasta entonces yo sólo había conocido a Charles como un amigo de mi padre -dijo, dirigiendo una dura mirada a Candy.

Mónica continuó diciendo que Cam era como su padre excepto en algo: Charles mostraba al mundo su lado bueno y podía ser un demonio en privado. Y sin embargo Cam hacía todo lo contrario.

-Mira, yo no creo que... -empezó a decir Candy, pero Mónica la interrumpió.

-No pretendo ser desagradable porque sí, Candy, pero si quieres entender a Cam, hay cosas que deberías saber.

Candy miró a Mónica horrorizada. Lo último que quería era entender a Cameron. Mónica parecía haber interpretado mal la relación que había entre Cameron y ella.

-Desde que era un niño, su padre convirtió su vida en un infierno -comentó Mónica tranquilamente-. Nunca le maltrató físicamente y estoy segura de que no tenía intención de ser cruel, pero Cam fue ignorado casi siempre y ridiculizado con frecuencia. Recuerdo una ocasión. Cam tenía más o menos diez años y mi padre y yo nos encontrábamos aquí.

-Por favor, Mónica... -le pidió Candy e intentó levantarse, pero Mónica le cogió la mano y continuó con determinación.

-Cam había encontrado un conejo en el bosque con una pata rota. Le preguntó a su padre si podía llevarlo al veterinario -Candy era consciente de que no le iba a gustar lo que iba a oír, pero había un hilo invisible que la mantenía en su lugar-. Cam ha estado loco siempre por los animales -comentó Mónica-, creo que depositó en ellos el amor que no pudo dar. Charles se deshizo del conejo, no estoy segura de cómo, ni lo quise saber, francamente... y además regañó a Cam delante de todos nosotros. Le dijo que nunca sería un buen granjero, que no estaba preparado para hacerse cargo del lugar cuando fuera mayor, que era débil, etcétera.

-¿Qué hizo entonces Cam? -preguntó Candy, suspirando débilmente.

-Reaccionó como siempre -respondió Mónica, lentamente-. Permaneció allí hasta que Charles acabó y después se retiró sin decir palabra. A los diez años era mucho más hombre que Charles. Este último confundió la compasión con la debilidad. Confieso que ese hombre nunca me gustó.

-Pero Cam iba a dispararle a mi perro -recordó Candy, confundida-. Tenía una ,pistola y le iba a disparar a Jasper.

-¿Cam disparar? ¡Nunca! -exclamó Mónica, mirando con disgusto a Candy-. ¿No lo conoces bien? Cam puede mantener a raya a la gente despreciable, pero, ¿matar a un animal? Imposible.

-Me pregunto a dónde habrás llegado -dijo entonces Cameron, interrumpiendo con su voz el suspiro de Mónica-. ¿Disfrutando de un téte-á-téte, Mónica? -preguntó. Le dirigió a Mónica una mirada que hizo que ésta se levantara rápidamente.

-Voy a rescatar a Bill de esa pelirroja.

Antes de que Candy pudiera reaccionar, ya se había ido. Cameron se sentó a su lado y tiró de la cortina de terciopelo que cubría la ventana para aislarse de todo lo que le rodeaba.

-¿Y de qué hablabais Mónica y tú? -preguntó con voz fría.

-De cosas sin importancia -respondió.

-¿De cosas sin importancia? -repitió Cam con un gesto sardónico-. Entiendo que no tienes intención de contarme los detalles de esas

«cosas sin importancia».

-No hay nada que decir -respondió Candy mirándolo a los ojos-. Ya te lo he dicho, ha sido...

-Una conversación sin importancia.

Su actitud arrogante encendió la cólera de Candy, que se levantó indignada.

-Ahora escucha tú, no he venido aquí para ser interrogada y si tú piensas...

-Escucha tú -la interrumpió Cameron, tirando con fuerza de ella. La obligó a sentarse y le rodeó el hombro con el brazo mientras le decía-: ¿Son esos los modales que enseñas a tus alumnos? Pobres niños.

Candy estaba tan rabiosa que no conseguía articular palabra.

-Estás muy guapa esta noche -observó él.

Candy estuvo a punto de perder el aliento al sentirse expuesta a la penetrante mirada de Cameron, en la que ya no había ningún rastro de burla.

-Muy guapa...

-¡No! -gritó Candy, pero su voz se perdió contra los labios de Cameron-. ¡No!...

Cameron le dio entonces un beso que para Candy tuvo un efecto más embriagador que el más fuerte licor. La joven se sentía al borde del delirio mientras Cameron acariciaba todo su cuerpo en suave y sensual exploración, antes de enmarcarle el rostro con la manos para profundizar su beso.

Tal como le había ocurrido la vez anterior, el impulso de resistirse desapareció en cuanto Cam la acarició; pero aquella vez, una pequeña parte de su ser permaneció lúcida, consciente de que las sensaciones físicas que estaba experimentando pronto serían reemplazadas por un amargo disgusto.

-Déjame sola -gritó Candy dándole un fuerte empujón.

-Tranquilízate, gatita salvaje -Cam la cogió por

las muñecas y la obligó a permanecer quieta sobre el suave y mullido asiento.

-¡No quiero que me beses; no quiero ni que me toques! Me disgustas Cameron Strythe; te encuentro repugnante...

-¿Te vas a callar, por el amor de Dios? Si sigues así, vas a convertirte en la diversión de la noche -la advirtió.

Una vez consumida su furia, le soltó las muñecas y la cogió suavemente de la mano.

-No puedes engañarme y lo sabes, Candy.

-¿Qué? -contestó ella.

-Respondes como un perro entrenado ante la llamada de su amo. Tal vez no te guste pero no puedes remediarlo.

-Eres arrogante, presumido...

-¿Quieres que te diga por qué lo sé? Aparte de los signos obvios, por supuesto -la recorrió con la mirada y Candy se sonrojó al darse cuenta de que la seda del vestido no había podido ocultar los signos de su súbito apasionamiento-. Porque yo siento lo mismo.

Candy lo miró con los ojos entrecerrados y Cameron añadió:

-Juntos podemos componer una música celestial, Candy.

-¿Y qué pasará cuando los músicos se lleven sus instrumentos? -preguntó Candy, mirándolo furiosa-. He visto cómo tratas a las mujeres que son lo suficientemente estúpidas como para caer en tus brazos, Cameron, y Michelle es una prueba de ello, ¿verdad? Tal vez no te guste, pero Jamie existe. No puedes negar lo que ocurrió.

-¡Oh! Yo sé perfectamente lo que ocurrió -respondió él-. Si alguien sabe lo que pasó, soy yo, créeme Candy -se levantó bruscamente-. Tu hermana me enseñó que, si quieres algo, debes hacer cualquier cosa para conseguirlo. Aprendí bien la lección y he seguido sus consejos durante los últimos diez años. Puede que tenga que agradecerle mucho a Michelle.

Hizo una pausa y observó a Candy, que lo miraba pálida y confundida.

-Me ha convertido en lo que soy, un hombre rico y con éxito. ¿Qué más se le puede pedir a una mujer?

-Hablas como si fueras tú el abandonado -exclamó Candy con desmayo-. ¿Y qué me dices de Michelle? -preguntó.

-¿Michelle? -preguntó Cameron esbozando una dura sonrisa-. Michelle no existe.

Movió la cortina de un tirón y salió sin decir nada, dejando a Candy temblorosa e intentando comprender lo ocurrido. Cuanto más profundizaba en las palabras de Mónica y de Cameron, menos lo comprendía. Cameron era cruel, egoísta e insensible y, dijera Mónica lo que dijera, no volvería a confiar en él ni a permitir que sus insinuaciones le hicieran dudar. Cameron era muy astuto, demasiado astuto.

-¿Todavía estás sentada aquí? -preguntó de pronto Mónica. Candy levantó la cabeza y los vio a ella y a Bill, que estaba firmemente asido a su brazo-. Ven y únete a la fiesta, sufre como nosotros.

Las siguientes horas transcurrieron con rapidez, amenizadas por varios vasos de vino y una prolongada conversación con Katherine Hamilton, que fue lo mejor de aquella velada.

Cuando los invitados empezaron a despedirse, Cameron la llamó a

señas desde el otro extremo de la habitación. Ya la había llamado varias veces de la misma forma a lo largo de la noche. Candy estaba a punto de explotar.

-Tienes que quedarte conmigo hasta que se vayan todos -le dijo Cameron cuando estuvo a su lado-. ¿Entiendes?

-Sí, maestro -contestó ella.

-Por fin parece como si quisieras estar aquí. Agárrame del brazo -ordenó Cameron.

-No estamos engañando a nadie, ¿sabes? -le contestó Candy obedeciéndole-. No somos precisamente la pareja ideal.

-La gente que ha venido aquí esta noche sabe muy poco de sentimientos, Candy, ¿o es que no te has dado cuenta? -le preguntó él con mirada extraña-. Tú estás aquí para ahuyentar a unas cuantas mujeres y hacer al mismo tiempo de anfitriona. Para eso te llamé.

-Yo pensaba que un hombre como tú querría...

-¿Un hombre como yo? -la interrumpió Cameron-. ¿Qué sabes tú de un hombre como yo?

A pesar de su aparente tranquilidad, Candy sabía que se había enfadado.

-¿Crees que tenía un harem en Australia? Pues te equivocas. A pesar de lo que piensas, no soy un donjuán.

-¿Y debo suponer que no has tenido ninguna aventura en los últimos diez años?

-He estado con hombres que trabajaban duramente y yo he hecho lo mismo que ellos -dijo él-. Si quieres saber si he estado con mujeres entonces la respuesta es sí. Soy un hombre, Candy. Supongo que tú tampoco eres una virgen vestal.

Cameron cambió de tono al darse cuenta de que Candy enrojecía súbitamente.

-Vaya -exclamó-, no quería decir eso; tu vida sentimental es asunto tuyo.

-Qué amable por tu parte -respondió Candy con sarcasmo-. Desde luego, que me haya acostado o no con la mitad de los hombres de Devon es asunto mío.

-Con un apellido como Baker no me sorprendería lo más mínimo -respondió él con frialdad. Su expresión de amargura desapareció cuando Katherine Hamilton se acercó para despedirse de ellos.

Candy contestó a la atractiva actriz de forma automática. Seguía pensando en las últimas palabras de Cameron, pero no tuvo oportunidad de aclararlas, pues continuaron despidiéndose de los invitados hasta que ya sólo quedaron Mónica y Bill.

-Ha sido una noche muy divertida, Cam. Y me alegro de haberte

conocido, Candy.

-Gracias -respondió, sonriendo, sorprendida y un poco consternada ante el entusiasmo de la otra mujer.

-A Candy y a mí nos gustaría que comiérais con nosotros el domingo. ¿Os parece bien?

Cameron mantuvo los ojos fijos en los de Mónica, pero le apretó a Candy del brazo con fuerza. La joven comprendió inmediatamente el significado de aquel gesto.

-A la señora Baines le encantaría tener una oportunidad de cocinar para más de una persona y Candy nunca me dejaría comer solo en mi segundo domingo en casa. ¿No es verdad, tesoro?

La tentación de desquitarse de todo lo sucedido era aplastante, pero Candy recordó a tiempo la carita de Kevin y la amenaza de cerrar la escuela.

-Nos encantaría comer con vosotros. Y mucho más que vinierais aquí -respondió Candy.

-¿Ah, sí? -preguntó Mónica.sorprendida por la vehemencia de Candy.

-¿Os parece bien entonces que quedemos alrededor de las doce? -preguntó Cameron.

-Bueno -aceptó Mónica.

A Candy le molestó advertir cierta satisfacción en la voz de Cameron mientras se despedía de sus amigos.

-Pensaba que esta noche no iba a ser tan desastrosa -comentó Candy, volviendo a su posición de ataque cuando se perdió de vista el coche de Mónica y Bill.

-¿Ah, sí?

Se volvió hacia ella en el momento en el que la luna salía de detrás de unas nubes negras, transformando el color de sus ojos en un tono plateado.

-¿Y por qué?

-Probablemente porque no te creía capaz de continuar chantajeándome.

La luz de la luna acariciaba el rojo oscuro de su pelo y suavizaba la negrura aterciopelada de sus ojos.

-Debería habérmelo esperado, ¿verdad?

-Sí, hay muchas cosas que deberías haberte esperado.

Candy se apartó de él, furiosa al ver que iba a acariciarle el pelo. La sonrisa de Cameron desapareció de sus labios.

-No tengo una enfermedad contagiosa, Candy. -Te odio Cameron Strythe, te juro que te odio.

-Me empieza a cansar tu frasecita -la obligó a volver al comedor,

llevándola del brazo-. ¿Podemos dar por sentado que entiendo tu repugnancia hacia mí y quedamos en paz? -le pidió Cameron.

-Con tal de que lo hagas -respondió Candy. -Oh, sí, lo hago. Eres una mujer constante, ¿no?, pero es triste cuando la constancia está fuera de lugar.

-Mira Cameron...

-Estoy mirando -la miraba tan fijamente que Candy se estremeció.

-Me voy -dijo, mirando furiosa a su alrededor en busca de su abrigo. Entró al guardarropa y volvió de inmediato con él.

-¿Quieres que te lleve en coche?

-¡No! -exclamó Candy asustada. Cogió aire y trató de suavizar su voz-. No, gracias. He venido en el mini; está afuera -explicó.

-Ya lo sé, pero te has tomado varios vasos de vino durante la noche -dijo él. Ella no sabía que la había estado observando-. Como maestra responsable que necesita dar ejemplo, creo firmemente que debes dejarme llevarte a casa.

Candy sabía que se estaba burlando de ella, pero a pesar de eso sus palabras la hicieron sentirse culpable.

-Gracias -repuso Candy con firmeza-. Supongo que tú no tienes ningún problema para conducir.

-Dos vasos de vino en toda la noche -contestó él-. El alcohol no ha sido nunca una fuente de estímulo para mí.

Cuando la estaba ayudando a ponerse el abrigo, Candy se dio cuenta de que estaba temblando.

«¡Esto es ridículo!», se dijo apretando los dientes con rabia.

Las mujeres histéricas siempre la habían irritado, y allí estaba ella comportándose como una estúpida. Aquello tenía que terminar. No podía continuar alimentando aquella situación.

La escarcha, clara como el cristal, flotaba en el aire cuando se dirigieron al Lamborghini de Carneron. A cierta distancia, se veía el coche de Candy, que allí parado parecía un cachorrillo abandonado. La joven se metió en el coche y se abrochó el cinturón de seguridad en silencio, pensando que la riqueza y el poder eran dos armas terribles.

-Se te va a estropear muy pronto el cutis -observó él mientras la máquina cobraba vida.

-¿Qué?

-Frunciendo tanto el ceño -contestó él-. Eres la mujer más desagradable que he conocido. Ni siquiera procuras agradar a los hombres que van contigo.

-No trataría de complacerte aunque fueras el último hombre en esta tierra, eres...

-No empieces otra vez -le pidió él, suspirando con serenidad-.

Creía que estábamos de acuerdo en que sé lo que sientes por mí.

-¡Oh, cállate! -exclamó Candy, acomodándose en su asiento con la mirada encendida.

Estuvo en su casa en cuestión de minutos. En cuanto Cameron paró el coche, Candy se inclinó hacia la puerta.

-Espera un momento -le pidió Cameron-, no quiero que me critiques por mi falta de amabilidad -dijo, saliendo del coche antes de que Candy pudiera pronunciar la mordaz respuesta que tenía en los labios. Abrió la puerta e hizo una reverencia que aumentó la irritación de Candy-. El domingo a las doce, entonces.

Candy miró a Cameron con sus rebeldes ojos oscuros.

-No tengo alternativa, ¿verdad? -preguntó con una normalidad que inmediatamente se transformó en furia-: No tienes derecho a ponerme en una posición tan vergonzosa. Sabías que si a Mónica y Bill les pedías que comieran con nosotros, yo no tendría modo de negarme.

-Exacto -contestó él.

-Debe de haber cientos de chicas a las que podrías invitar a comer, ¿por qué me has escogido a mí?

-Bueno -esbozó una fría sonrisa-. Es posible que me haya sentido un poco solo en el pasado, ¿quién sabe?

No era toda la verdad, pero Candy pensó que tampoco estaba mintiendo. ¡Cameron era un solitario! Estaba más solo que cualquiera de las personas que Candy conocía; había una fortaleza oscura a su alrededor, impenetrable y poderosa.

-Sí... bueno... -balbuceó Candy, sin aliento.

-Ambos sabemos cuál debía haber sido la respuesta, ¿cierto? -se metió las manos en los bolsillos y se volvió, dejando a Candy en la puerta de su casa.

-¡Cameron! -gritó la joven. Cameron no giró hasta que no llegó al coche-. ¿Qué querías decir cuando dijiste que no te sorprendería que fuera una Baker?

Cameron permaneció inmóvil. Un perro solitario ladraba dolorosamente en la distancia.

-Ya eres mayor, Candy; encuentra tú misma la explicación.

Le dirigió una mirada tan cortante, que Candy se estremeció.

-Mira en tu interior, Candy, sé valiente -le dijo Cameron. Su voz era firme y apacible, pero había algo inquietante tras aquella aparente tranquilidad-. Para entender en realidad quién eres, debes entender a otros y eso significa tener que quitarte las gafas de color rosa, aunque sea doloroso. Querer a alguien a pesar de quien sea es un sentimiento sublime, y pocos de nosotros lo logramos; es más cómodo no hacerlo.

-No llevo gafas de color rosa -protestó Candy sin convicción.

-Tú sabrás -respondió él.

Las palabras de Cameron la alarmaron; eran más un reto que una acusación declarada. Cameron se metió en el coche y se marchó sin despedirse.

-¿Por qué tuviste que regresar, Cameron Strythe? -le preguntó Candy al vacío, mientras subía agotada los escalones de su casa.

Cameron le hacía sentir cosas que no quería experimentar y empezaba a plantearle dudas enterradas hacía mucho tiempo, que no debían revivir si ella valoraba su bienestar mental. Además, sentía por él un deseo que no podía seguir ocultándose a si misma. Era lo que más le dolía.

-No voy a pensar en todo esto... No puedo.

Sabía que sólo estaba posponiendo lo inevitable, pero no dejaría que aquel intruso acabara con la seguridad de su pequeño mundo.

## Capítulo 5

QUÉ te hizo ser abogada, Mónica?

El almuerzo del domingo había sido muy tranquilo aunque Candy había tenido que esforzarse para fingir que se encontraba ahí por su propia voluntad. Cuando estaban tomando el café, Cameron propuso salir a dar un paseo, y todos aceptaron entusiasmados.

-Creo que nunca tuve oportunidad de escoger -contestó Mónica, frunciendo el ceño-. Cuando yo nací, mi padre tenía la esperanza de que algún hijo suyo se hiciera cargo de los negocios de la familia, y cuando supo que no habría más descendencia, comenzó una labor de adoctrinamiento para conseguir sus fines. No me importó.

Mónica sonrió a Candy y se detuvo para acariciar a uno de los perros labradores de Cameron, que había saltado hacia ellas con los ojos brillantes y su negro pelaje resplandeciente por la tenue luz del sol. Mientras el perro se alejaba para alcanzar a los dos hombres que se encontraban a varios metros de allí, Mónica cogió a Candy del brazo y echaron a andar nuevamente.

-Me gusta mi trabajo, y no me imagino haciendo una cosa distinta. Como no podemos tener hijos, supongo que él es algo así como un segundo hijo para mí.

Candy inclinó la cabeza lentamente, pero no hizo ninguna pregunta sobre la última observación.

-¡Hola, señorita! -oyó de pronto Candy. Había estado a punto de pisar a Kevin, que estaba escondido entre la vegetación que cubría el ondulante valle.

-¡Kevin! -exclamó ella-. No estarás solo, ¿verdad?

-No -inmediatamente se oyó un griterío que salía de abajo de la maleza y salieron tres niños corriendo.

-Ya te hemos visto, Kevin, ya te hemos visto.

-Estamos jugando a los espías -explicó Kevin con resignación-. Me tocaba llegar hasta ellos sin que me vieran, pero...

Su vocecita se apagó.

-¿Pero yo te he descubierto?, lo siento, Kevin, no lo sabía.

-No importa -dijo el pequeño animadamente.

-¡Hola, señorita Baker! -saludó Julie Roberts, que apareció por arte de magia al lado de Candy. Mónica miró a su alrededor con una exclamación de sorpresa.

-¿Cuántos diablillos andan por ahí?

-No tengo ni idea -respondió Candy, riendo.

-No necesita preocuparse por Kevin, yo lo estoy cuidando -comentó Julie con aire de importancia-. Va a cenar en mi casa esta noche, ¿verdad, Kevin?

La niña siempre le hablaba a Kevin como si fuera algunos años más joven que ella, cuando sólo se llevaban unas cuantas semanas, pero a Kevin le gustaba.

-Está bien, Julie -dijo la maestra con afecto, sonriéndole a la pequeña de mejillas encendidas-. Si Kevin está contigo, sé que está bien.

Los dos corrieron para alcanzar a los otros niños que se encontraban a cierta distancia de allí. De pronto, se oyó la voz chillona de Julie.

-La señorita Baker es maravillosa, ¿verdad Kevin? ¿Y a que está muy guapa? -preguntaba la pequeña.

Candy volvió hacia Mónica, y vio que esta última la observaba pensativamente.

-Bueno, Kevin ha estado pasando por una situación difícil, y le he dedicado más tiempo de lo acostumbrado, y como Julie es su mejor amiga, supongo que es inevitablee que estemos tan unidas.

Los hombres se habían detenido frente a ellas. Cameron les gritó de manera autoritaria.

-Venid vosotras dos.

Mónica les hizo señas mientras Candy y ella continuaban caminando.

-¿Kevin? ¿Es ése el pequeño que perdió a su padre recientemente?

-Sí -contestó Candy con voz firme.

-Estoy segura de que su madre está muy agradecida por tener a Cameron como jefe en lugar de a un hombre sin escrúpulos.

-¿Qué? -preguntó Candy, volviéndose hacia Mónica indignada-. ¿Qué quieres decir?

-Bueno, no todos hubieran sido tan generosos.

La expresión tranquila de Mónica desapareció al ver el azoro de Candy.

-Diablos, no lo sabes -exclamó Mónica-. Esta es la segunda vez que me equivoco; Cameron va a buscarse otra abogada si no tengo más cuidado. Pensaba que lo sabías porque estás involucrada en esta situación...

-Mónica, si no me dices de qué estás hablando voy a empezar a gritar -amenazó Candy con presteza.

Los dos hombres se dirigían a la pequeña taberna del pueblo.

-No debería haberlo dicho -empezó a decir Mónica con lentitud. Pero Candy no la iba a dejar salirse por la tangente.

-Bueno, ya lo has hecho, ¿no? -dijo Candy poniendo una mano reconfortante en el brazo de Mónica-. Prometo no decir nada a Cam; pero quiero saberlo.

Era extraño pero en compañía de esta mujer, el diminutivo le salía con facilidad.

Mónica inclinó la cabeza, molesta.

-Bien -contestó Mónica, observando a los hombres convertidos en dos figuras diminutas en la distancia-. Cam vino a buscarme el día que volvió, incluso antes de llegar a su casa. Quería saber cómo estaban las cosas y todo eso. Creo que no esperaba que Charles le dejara todo a él, ¿sabes?

Candy inclinó la cabeza. Estaba empezando a entenderlo.

-Se sentó a mirar sus papeles y se enteró del asunto del padre de Kevin. Charles me había dado instrucciones para que le diera a la familia una pequeña suma de dinero, pero a Cam no le pareció bien. Había conocido a Mike, el padre, y me dijo que estaba sorprendido de que hubiera llegado a la edad que tenía considerando su problema de alcoholismo.

Mónica miró a Candy, que la escuchaba con atención y continuó:

-Me comentó que Meg, la madre, había echado a perder su vida y que no entendía por qué debía el hijo heredar los problemas del padre. Me dio órdenes para que hiciera los trámites para indemnizarlos de inmediato, cubriéndoles todas sus deudas y proporcionándole una cuenta bancaria. Además, le pasa a Meg una asignación mensual. Eso es todo -terminó mirando pensativamente el rostro afligido de Candy-. ¿Ya estás satisfecha?

-Sí -aceptó Candy sin energía.

-No lo parece -dijo Mónica.

-Acusé a Cam de abandonar a Kevin y a su madre -admitió Candy con lentitud-, y además como si no tuviera duda al respecto.

-Oh -exclamó Mónica, exhalando un profundo y pronunciado suspiro-. Puedo imaginarme lo que pasó.

Candy la miró con tristeza. Su pelo parecía una llama de fuego a la luz del crepúsculo.

-Bueno, es culpa de él -continuó la otra mujer con determinación-. No te preocupes. Debería habértelo dicho, sobre todo cuando piensa tanto en... -se interrumpió bruscamente- de todos modos de-' bería habértelo dicho.

-No tenía por qué hacerlo -respondió Candy-. Yo no debería sacar conclusiones tan precipitadamente, pero él parecía tan frío cuando hablaba de ellos.

-A Cam no le gusta andar pregonando que tiene buen corazón; deberías saberlo. Pero tal vez sea ese el problema -continuó Mónica pensativa-. Tú no lo conoces, ¿verdad?

Candy la miró en silencio.

-¿Lo conozco? -se preguntó Candy como si hablara para ella misma, y Mónica fue lo suficientemente prudente como para no presionarla. Siguió andando lentamente, hasta que Candy la alcanzó.

Cuando llegaron a la taberna, con vigas al estilo del siglo XVII, Candy había recobrado el color y su tono normal de voz, y mantuvo una conversación animada con Mónica y Bill, mientras intentaba evitar vigilante mirada de Cameron.

Atardecía cuando salieron de la taberna. Cameron sugirió que volvieran a casa por el pueblo y luego fueran por el camino principal hasta el pueblo siguiente.

Las luces ya estaban encendidas en el interior de la casa y las cortinas cerradas cuando bajaban por la calle principal. Pasaron una hilera de árboles y llegaron a un sendero estrecho que conducía al camino oscuro que conectaba los dos pueblos. Una estrella solitaria brillaba en el cielo despejado y el aire estaba aromatizado por el tenue olor de la resina.

-Debes de estar agotada -dijo Cameron, que había agarrado a Candy del brazo. La otra pareja marchaba un poco más adelante-. Tu maravillosa actuación me ha dejado agotado.

-No entiendo lo que quieres decir -contestó Candy en el tono forzado que había usado toda la noche-. Me lo he pasado muy bien.

-¿Te lo has pasado muy bien? -murmuró Cameron incrédulo, con un indicio de risa en su voz-. Eso lo confirma.

-¿Confirma qué? -preguntó ella y, olvidándose de fingimientos, le dirigió una mirada iracunda.

-Confirma que en alguna parte durante el paseo, Mónica ha dicho algo que ha llegado al fondo de tu tierno corazón. ¿Qué ha sido? ¿Te ha contado historias de cuando yo era un niño perdido y desamparado? Sea lo que sea, te has pasado la noche evitando mi mirada y has sido menos mordaz de lo normal.

-¡Eres un cretino! -exclamó ella tratando de zafarse de su brazo, Cameron soltó una sonora carcajada.

-Está mucho mejor así -dijo, mientras continuaban andando a lo largo del estrecho sendero-. Sé dónde estoy cuando empiezas a insultarme. Esta noche me tenías preocupado.

Había un elemento desconocido en su voz que Candy no pudo descifrar. Como Bill y Mónica les llamaron en ese momento, Candy dejó de pensar en ello. Había algo embriagador en el hecho de pasear así, a su lado, rodeada por la intimidad de la oscuridad y el roce de su cuerpo. Incluso cuando trataba de poner en blanco su mente e ignorar los mensajes que su cuerpo le mandaba, Candy sabía que estaba combatiendo en una batalla que estaba de antemano perdida. Nunca

había conocido a un hombre que la atrajera como Cameron y se odiaba y lo odiaba por poner al descubierto su debilidad.

-¿Candy?

-¿Sí? -respondió ella.

-No tiene que ser así, ¿sabes? Fuimos amigos una vez y podemos volver a serlo.

-Nunca -dijo ella con voz firme-. Aquellos días se han ido para siempre.

-Quizás tengas razón -repuso Cameron. Entrecerró los ojos y su boca adquirió el temblor cínico al que estaba acostumbrada-. Ya no eres la adorable hermanita ni yo el devoto enamorado. Ya somos mayores y más prudentes.

La luna era una luminosa bola blanca en el cielo, su resplandor y su mágico encanto ablandaron el corazón de Candy.

Candy sentía algo indefinido, un dolor que había ido en aumento pero que estaba en su corazón, apagado y silencioso desde hacía mucho tiempo. Diez largos años, en efecto.

¡Lo había echado de menos! Aquella revelación le causó un gran impacto. ¡No! ¡No lo había echado de menos! ¡No dejaría que aquello se convirtiera en una realidad!

-¿Tienes frío?

-Un poco.

-Pronto estaremos en casa y podrás tomar un ponche caliente -le rodeó los hombros con el brazo.

«Control, Candy», pensó con determinación. «Sólo es cuestión de control».

-He pensado que podríaa quedarme ya en casa -comentó ella con tranquilidad-. Vamos pasar muy cerca.

-De ningún modo, corazón. Seguirás con nosotros hasta el final.

-Como quieras -aceptó ella con naturalidad; Cameron nunca sabría el esfuerzo que le costaba hablar así-. Sólo he pensado que...

-Sé exactamente lo que has pensado -habían llegado a los alrededores del pueblo y Mónica y Bill los esperaban a un lado del camino-. Eres transparente.

Candy lo miró con rabia y él sonrió con frialdad.

-¿No te gusta que te lo diga? Lo siento jovencita -dijo esto con tanta crueldad que Candy tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para adoptar una expresión de dulzura cuando se unieron a la otra pareja-. Candy se muere de ganas de un ponche caliente. ¿Qué opináis vosotros?

Candy vio que Mónica la observaba con una mirada astuta, pero Bill sonrió amistosamente.

-Por mí bien, Cam, y por Mónica también. Ha perdido fuerzas y es la que tiene que conducir. Mónica le sacó la lengua con un gesto infantil de irritación.

-Siempre él mismo -dijo con resignación, mien

tras caminaban el último trecho que los separaba de la casa-. Los hombres siempre consiguen salirse con la suya. ¿No es cierto? -preguntó Mónica, observando con cariño el rostro regordete de su marido.

-¡Y de qué forma! -exclamó Candy.

Aunque Cameron salvó el momento con un comentario mordaz, Candy notó que Mónica la observaba fijamente.

Después de una partida de cartas, divertida para todos, menos para Candy, y de dos rondas de ponche humeante, Mónica y Bill se pusieron de pie, dispuestos a irse.

-¿Te podemos llevar a casa, Candy? No has traído tu coche, ¿verdad? -preguntó Mónica mientras los cuatro se dirigían al pasillo, iluminado por una tenue lámpara de petróleo.

Cameron había explicado que una de las concesiones de la vida moderna que más lo irritaba era la brillantez de la luz eléctrica, y aunque Candy estaba de acuerdo con él, hubiera muerto antes de admitirlo.

-En realidad tengo la bicicleta fuera -le contestó Candy a Mónica-. De modo que no, gracias. Un poco de ejercicio me sentará bien.

-¿Viniste en bicicleta? -preguntó Mónica. Cruzó una mirada divertida con Cameron.

-No es culpa mía -repuso Cameron. Arrastraba las palabras con pereza, aunque Candy sabía que estaba incómodo-. Me ofrecí a ir a buscar a Candy, pero ella insistió en llegar aquí por su propio pie. Debo aceptar que el modo de transporte también me ha sorprendido a mí.

Después de algunas carcajadas y comentarios mordaces, que Candy sobrellevó lo mejor que pudo, Mónica y Bill se fueron e, inmediatamente después de que su coche desapareciera, Candy cogió su abrigo, que estaba en una silla de la entrada.

-Ya me voy -se despidió sin atreverse a levantar la mirada, consciente de cada movimiento de Cameron, que permanecía en silencio a su lado.

-Muy astuta, Candy.

-¿Qué?

-La pequeña maniobra de la bici. En vista de todo lo pasado, no te arriesgabas a conducir. ¿Oh sí?

-No sé a qué te refieres -replicó Candy con frialdad-. Me apetecía

venir en bicicleta. ¿Es eso un crimen?

-Tonterías. Es una pena que no supieras que Mónica y Bill te podrían llevar. Pero puedo entender que no confiarías en esa posibilidad. Era un riesgo muy grande. ¿No crees? Hubieras tenido que dejar, horror de horrores, que yo te llevara a casa.

-Ahora eres tú el que está diciendo tonterías -dijo Candy con firmeza-. En realidad no tienes idea...

-Al contrario. Sé perfectamente lo que pasa -la interrumpió-. Sé que no tienes suficiente confianza en mí como para quedarte a solas conmigo.

-Bien, tienes un diez en clase de imaginación, Cameron -comentó serenamente, mientras se volvía hacia él con los ojos encendidos.

-Lo intento -contestó él riendo, pero su sonrisa no llegó a sus glaciales ojos azules-. En fin, el caso es que no quieres quedarte a solas conmigo. ¿No es verdad?

Había cierto desdén amargo en su voz.

-En realidad crees que voy a saltar sobre ti como un demente; ¿es eso lo que crees, Candy?

-No confío nada en ti, Cameron, absolutamente nada.

-Eso es bastante obvio -aceptó él-. No puedes huir siempre de mí, Candy; no hay donde esconderse.

-¿Eso crees? -replicó ella con amargura-. Tú podrás tener cierto atractivo, pero, por lo que yo sé, es muy superficial.

-¿Un atractivo superficial? -repitió-. Bueno, al menos es algo.

-No desde mi punto de vista -aclaró Candy, mirándolo enfadada.

-Tal vez tu punto de vista esté equivocado. Cameron la atrajo hacia él y se apoderó de sus labios. Mientras intentaba no traicionarse a sí mis ma, Candy se sentía incapaz de separar sus labios de los de Cameron, pero dejó caer sus brazos para no caer en la tentación de acariciarle. Prefería morir a dejarle saber lo que su contacto significaba para ella.

La presión del, beso castigador disminuyó gracias a la falta de respuesta de Candy; pero entonces el beso de Cameron se convirtió en una caricia dulce y tentadora, que hizo que las manos de Candy adquirieran casi voluntad propia.

-¡No...! -exclamó.

Pero ambos sabían que Candy no hablaba en serio y mientras él la seguía besando y acariciando, ella supo que estaba perdida.

La apartó bruscamente de su lado. Y permaneció apoyado con desgana en la pared mientras recorría con la mirada el semblante encendido de Candy.

-¿Un cierto atractivo superficial? Creo que no está mal.

Candy no iba a dejar que la destrozara como había destrozado a su hermana.

-¿Ya has terminado? -le preguntó mirándolo fijamente.

-Por ahora, ya -contestó.

-¿Me puedo ir entonces? -preguntó ella con sarcasmo.

-Desde luego -aceptó-. Supongo que no serviría de nada decirte que no me gusta la idea de que vayas a casa sola y a esta hora de la noche, sobre todo por caminos cubiertos de nieve.

Candy se volvió lentamente y dijo:

-Desde luego, para nada.

-Me lo imaginaba. Eres la mujer más asombrosa que he conocido en mi vida.

-Si se supone que eso es un cumplido -contestó furiosa-, puedes ahorrártelo. Yo no quiero...

-Es suficiente. Sólo una cosa, Candy. Esta noche dejaré que te vayas, pero a partir de ahora, te llevaré siempre a casa. ¿Entendido?

-¿A partir de ahora? -preguntó ella totalmente consternada-. No pienses ni por un minuto que voy a volver a venir aquí. Puedes llevarte tus amenazas a...

-Creo que entiendo el mensaje, no hace falta que añadas nada.

-Buenas noches -se despidió Candy bajando precipitadamente por los escalones. Oyó que Cameron soltaba una risita y apretó los dientes. Le gustaría ser hombre aunque sólo fuera durante sesenta segundos para darle un buen puñetazo en la nariz. Aquel hombre era insufrible.

Candy sabía que Cameron estaba observándola mientras se dirigía hacia su destartalada bicicleta.

-Eso parece más una joya de museo que otra cosa -comentó Cameron desde la puerta de entrada, arrastrando las palabras-. ¿Estás segura de que podrás llegar a tu casa?

Candy lo ignoró con olímpico desdén y empezó a pedalear. Pero cuando pasó frente a él, levantó la cabeza con una respuesta burlona en los labios, que dejó morir al ver la expresión indefensa de Cameron.

Se miraron durante un largo rato en la helada belleza de la noche escarchada, y luego ella continuó su camino sin volverse.

Cuando lo perdió de vista, Candy paró y se apoyó contra el sólido y reconfortante tronco de un viejo árbol de roble. El corazón le latía con una fuerza inusitada. ¡Debía de estar equivocada! Por un momento le había parecido ver un deseo intenso, brutal, en esa mirada oscura. ¡Pero tenía que haber sido una ilusión óptica. Y como para confirmar su pensamiento, la luna desapareció de pronto tras una nube solitaria, hundiendo la noche en una sombra de danzas

bailarinas.

«Vamos, Candy, a casa», se dijo. Se concentró en llegar a casa de una pieza y así consiguió tranquilizarse y aquietar el temblor de sus piernas. En cuanto llegó a casa, se metió en la cama y permaneció despierta durante varias horas observando el cielo estrellado a través de su ventana.

«Esto es ridículo», pensó. Eran las tres de la mañana y todavía estaba despierta; corrió las cortinas y bajó por las escaleras.

Entró en la cocina y preparó la cafetera; Jasper la miraba fijamente mientras ella se tomaba el café acurrucada en el sillón de la sala. Candy dio unos palmaditas a su lado en el sofá, territorio normalmente prohibido, y Jasper subió a su lado con presteza antes de que su ama cambiara de opinión.

-Oh, Jasper...

A Candy le entraron entonces unas terribles ganas de llorar. Todo había salido tan mal, pero ese no era el único problema... La imagen de una tez bronceada, de hermosos y brillantes ojos, flotó ante ella, y se mordió el labio con fuerza. No se permitiría jamás pensar... en nada. Agitó la cabeza en la oscuridad. Cameron había desordenado su existencia y eso no podía seguir así.

-¡Así es, Cameron Strithe!

Candy estaba esperando al día siguiente una llamada telefónica o un timbrazo a la puerta. Pero no hubo nada. Mientras los días se sucedían, empezó a relajarse, esperando que el juego hubiera terminado.

-Cam te ha llamado hoy -le dijo su madre, cuando llegó a casa de su trabajo un viernes por la noche, cargada de trabajos por corregir-. Me ha preguntado si te apetecía comer con él en domingo.

-Lo siento pero no puedo, tengo muchísimo trabajo -se disculpó Candy-. Sé buena y llámale para decírselo, ¿de acuerdo? Gracias...

La invitación se repitió ocho días después tras otra semana de silencio. Aquella vez, Candy en persona llamó para rechazarla. Candy pensaba que ya se había librado para siempre de él, pero una tarde, su madre le comentó que Cameron tenía la costumbre de presentarse en su casa a tomar el té; por supuesto, siempre a las horas en las que Candy estaba trabajando.

-Sólo ha comentado si te gustaría comer con él -dijo Vivien, molesta al ver la cara encendida de su hija.

-¿Es que soy la única persona normal en esta familia? -preguntó Candy.

Sus padres estaban sentados en la sala de estar viendo una vieja película en la televisión.

-¿Qué significa eso? -preguntó su padre, frunciendo el ceño al oír el tono de voz de su hija.

-¡Estábamos hablando de Cameron Srythe, por Dios santo! -exclamó Candy clavando su mirada en ellos-. Cameron Srythe, cualquiera pensaría que es el hijo pródigo en vez de la rata más grande que jamás haya existido. Le habéis dado la bienvenida, después de todo lo que ha hecho...

-No hables de lo que no sabes.

Durante un segundo, Candy pensó que no había entendido las palabras de su padre. -¡Ernest!

-¿Qué no sé? -preguntó ella-. Sé suficiente. Ese hombre no tiene una pizca de decencia y nada ha funcionado con normalidad desde que volvió. No quiero discutir con vosotros, dejémoslo así. Jasper necesita caminar. No tardaré.

Cuando volvió una hora después, las cosas habían recobrado su normalidad, pero la conversación la había dejado inquieta. Había muchas cosas que no encajaban.

Candy llenó el fin de semana con un sinfín de actividades; pasó el sábado con una vieja amiga suya y fue al cine por la noche en medio de una multitud sonriente y ruidosa. La mañana del domingo amaneció soleada y calurosa y, sin pensarlo dos veces, Candy metió en el coche una cesta de comida y se fue con Jasper a un lago perdido en la campiña donde pasó un día maravilloso sin encontrar un alma.

Pero cuando volvía hacia su casa, sintió un sobrecogimiento extraño, que la obligó a admitir que durante todo el fin de semana había estado huyendo.

Capítulo 6

BUENAS tardes, Candy.

Candy cerró la vieja puerta de roble de la escuela pensando que aquello no era ninguna sorpresa. Había sido demasiado esperar que Cameron la dejara en paz.

Candy se volvió lentamente hacia él.

-Hola Cameron. ¿Qué te trae por aquí?

-Sólo he venido a dar un paseo por el pueblo, hace una tarde maravillosa -explicó él burlonamente, la lenta llovizna que había reemplazado el calor del día anterior era ahora un aguacero-. ¿Qué voy a hacer si no?

-Si vas a seguir diciendo tonterías, tengo mejores cosas que hacer que oír...

Cuando pasó por delante de Cameron, éste la agarró del brazo con tanta fuerza que la joven no pudo terminar la frase.

-Oye, mira... -dijo asombrada.

-No tengo intención de mirar a ninguna parte. Sólo quiero ver tu preciosa cara, señorita Baker.

Su voz era firme y serena, pero detectó que había una hoguera encendida en alguna parte del interior de Cameron.

-Vas a hablar conmigo, lo quieras o no, y ahora mismo.

-¿Y supongo que vas a obligarme a hacerlo? -contestó Candy sarcásticamente.

-Sí, tengo que hacerlo. Ya estoy cansado de que me trates como a un apestado. Estás haciendo las cosas difíciles para todos los directamente afectados. ¿No te das cuenta?

-Mira... Cameron.

-No, ¡mira tú, Candy! Ya he tenido que oír más de lo que puedo soportar, así que por una vez en tu vida, cállate y métete en el coche.

-De ninguna manera -se negó ella agitando la cabeza-. No pienso ir a ninguna parte contigo.

-Sólo quiero hablar contigo, demonios -dijo frunciendo el ceño con rabia-. Lo podemos hacer aquí, parados en la lluvia hasta que estemos empapados, o podemos comportarnos como adultos y sentarnos en un lugar seco.

Candy vaciló, pero pronto comenzó a sentir que el agua fría caía a gotas por debajo de su cuello y que el frío de la tarde traspasaba su abrigo.

-Ven -dijo Cameron, tomando su silencio como una aceptación. La agarró suavemente del brazo y la ayudó a bajar los viejos peldaños de piedra para llevarla hasta el coche.

-Entra -dijo con un tono de voz dictatorial.

Candy se hundió en el interior del lujoso coche con un sentimiento de culpa y placer.

-¿De qué quieres hablar?

Cameron llevaba unos minutos conduciendo en un tenso silencio y Candy tenía los nervios a punto de estallar.

-Espera -contestó él, sin mirarla, con la atención concentrada en la carretera mojada y en las curvas.

Cuando Candy estaba empezando a pensar que ya no podía aguantar, Cameron salió de la carretera y frenó en frente de un porche casi en ruinas.

-Allí abajo hay un bonito paseo -comentó Cameron mientras apagaba el motor y se acomodaba.

Candy permaneció en silencio. Llovía con fuerza, el sonido de la lluvia vibraba en el techo y un torrente de agua los aislaba del mundo exterior.

-¿Y, bien? -preguntó mirándolo fríamente-. Empieza a hablar ya, tengo muchas cosas que hacer esta noche.

-He ahí una invitación que un hombre no puede rechazar.

Antes de que Candy pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, Cameron se había reclinado con un movimiento veloz hacia el otro lado de su asiento y la había abrazado.

-Déjame marcharme -gritó Candy, tratando de librarse de sus brazos-. ¡Déjame ir ahora!.

-Todavía no...

La voz de Cameron era un murmullo ronco. Sin hacer caso de las protestas de Candy, le alcanzó la base del cuello y empezó a besarla. A su pesar, Candy gimió de placer y pronto se sintió presa de una incontenible excitación.

Cameron buscó su boca con ardor y le dio un penetrante y profundo beso. Candy tenía la sensación de que habla estado muerta hasta ese momento y que desde ese mismo segundo en adelante nada volvería a ser igual. Cameron recorría su cuerpo con apasionadas caricias y Candy sentía cada una de sus terminaciones nerviosas gloriosamente vivas.

-Ya ves, no puedes ocultarlo -dijo Cameron con una nota palpitante de triunfo en su voz-. No puedes negar lo que hay entre nosotros...

Candy se incorporó tan violentamente, que le cogió por sorpresa.

-No hay nada entre nosotros, Cameron. Sólo años de traición, odio y rencor. ¿Crees que soy tan estúpida como Michelle?

Cameron le dirigió una mirada dura y amenazadora.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Embarazada y abandonada -respondió ella.

-Embarazada y abandonada -repitió él fríamente sin despegar los ojos de ella-. Conmovedor, muy conmovedor. ¿Es esa la versión de la historia que dio Michelle?

-Nunca le he preguntado a Michelle nada de aquella terrible época. Estaba pasando por una situación tremendamente difícil y no necesitaba que su hermana pequeña le preguntara cosas estúpidas, pero todos parecían olvidar que yo era lo bastante mayor como para darme cuenta de lo que estaba pasando. Tú la utilizaste Cameron, y luego te alejaste cuando las cosas se pusieron difíciles. Nunca te lo perdonaré. Nunca.

Cameron la miró de pies a cabeza con expresión burlona.

-¡Lo que hiciste fue imperdonable! -concluyó Candy.

-Tú no tienes idea de lo que hice, y tampoco la tienes de cómo era Michelle -se defendió-. Tú no la conoces.

-¡Es mi hermana!

-El único inocente era yo. Tu idolatrada hermana se acostó con la mitad de los...

Candy le interrumpió con una sonora bofetada. Después, volvió a hundirse en su asiento.

-Eres tonta, Candy -dijo Cameron con voz fría como el hielo-. Has estado ciega durante años. Ve a ver a Michelle si no me crees. Habla con ella y pregúntale qué pasó, y entonces enfréntate a la verdad con las mismas agallas que has usado para enfrentarte a mí.

-¡Nunca! -replicó ella con los ojos abiertos de par en par-. No puedo remover todo el dolor de Michelle en estos momentos; ella es feliz al fin, tiene un esposo que la adora y un hogar feliz. Además no tendría sentido; sé lo que sé y nada me convencerá de lo contrario.

El rostro de Cameron se transformó en una dura y cínica máscara.

No había calor ni ternura en sus ojos, sólo una amargura resignada que de pronto pareció avejentarlo diez años.

-Ya has tomado una decisión; piensa lo que quieras -dijo tajante, y volvió a arrancar el coche-. Vive en el pasado, si el pasado es tan precioso para ti, pero yo ya me he dado cuenta de que debo olvidarlo. Estamos en diferentes mundos, Candy.

Candy deseaba borrar la apagada mirada de sus ojos, pero no encontraba palabras adecuadas para poder llegar hasta él. Se sentía perdida, perdida en una confusión de recuerdos.

-Adiós, Candy.

Habían llegado a su casa. Candy inclinó la cabeza y salió del coche. Cameron se alejó rápidamente, antes de que Candy metiera la llave en la cerradura.

-Llegas tarde -le hizo notar su madre desde la cocina.

Candy se quitó el abrigo y los zapatos y avanzó hasta la chimenea para acariciar a Jasper, luego oyó que su madre entraba en la habitación.

-Lo siento -explicó Candy-. Me ha traído Cameron, teníamos que hablar de algunos asuntos de la escuela... -explicó mientras se levantaba lentamente-. Tengo un dolor de cabeza espantoso y creo que me voy a acostar. No me hagas cena.

-Candy. ¿Todo va bien?

-Sí -respondió Candy sin volverse. Las madres eran madres en todo el mundo y ella nunca había sido capaz de engañar a la suya. Bastarla mirarla una sola vez para que la bombardeara con una multitud de preguntas que ella sería incapaz de responder, especialmente en ese momento-. Probablemente bajaré más tarde.

Después de una ducha caliente, se sentó a secarse el pelo frente a la ventana. Observó la vista maravillosa que tenía frente a sí con la mirada perdida.

Al cabo de un rato encendió la televisión portátil, pero no pudo concentrarse en ningún programa. El supuesto dolor de cabeza se había convertido rápidamente en una realidad.

-¿Candy? Te he traído una bebida caliente. ¿Cómo va el dolor de cabeza?

-Creo que mejor -respondió intentando sentarse mientras su madre encendía la lamparilla de noche, que bañó la habitación con un tibio resplandor rosado-. Gracias, no deberías haberte molestado en subir.

-No es ninguna molestia -aclaró la madre, sentándose al lado de la cama-. Cam, ¿verdad? ¿Te has enamorado?

El giro inesperado de la conversación cogió a Candy tan de sorpresa que no tuvo tiempo para ordenar sus defensas, y, mientras permanecía estupefacta ante su madre, sintió que todo su mundo se desmoronaba. ¿Enamorarse de él? ¡No era cierto!... Lo amaba con una pasión que la consumía y que había crecido desde la infancia... un tierno amor de adolescencia, madurado en la plena floración de su etapa adulta. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Cómo había podido ignorar lo que su corazón le había estado diciendo?

-No, desde luego que no -aseguró con una sonrisa llena de melancolía-. ¿Cómo hubiera podido? Después de lo que le hizo a Michelle...

-Olvida a Michelle -le pidió su madre con impaciencia, mientras Candy la miraba azorada-. El pasado es el pasado y tú estás en el futuro, ¿qué te pasa?

Era otra versión de su conversación con Cameron, y por un segundo Candy pensó que iba a volverse loca.

-Eras una niña -continuó la madre en tono más amable-. Hubo cosas que no pudieron explicarse al principio y después fue demasiado tarde. La vista no es ni blanca ni negra, sino una amplia gama de sombras grisáceas; las cosas no siempre son lo que parecen.

-¿Qué quieres decir?

-No me gusta violar los secretos y tú lo sabes. Ve a ver a Michelle, Candy. Si Cameron significa algo para ti habla con ella, explícale lo que te pasa, ella no es tu enemiga.

-Nunca se me ha ocurrido pensar que lo fuera -aseguró Candy, sorprendida-. Simplemente no me gustaría molestarla después del tiempo que ha pasado.

-Candy, piensa en ti -añadió su madre irritada-. Tengo una hija que sólo piensa en ella y otra que es incapaz de hacerlo.

La conversación estaba convirtiéndose en una escena de Alicia en el país de las maravillas. Candy sacudió la cabeza cuando su madre salió de la habitación después de darle una palmadita en el hombro.

El dolor de cabeza la invadía con renovado vigor.

No se había sentido tan perdida en su vida. ¿Qué les pasaba a todos? Y Cameron. ¿Cómo podía amarlo? Sí, lo amaba total e irrevocablementee y para siempre. Él era el eje sobre el cual giraba el mundo, centro de su vida y su corazón.

-¿Qué voy a hacer?

Candy sintió una sensación de pánico tan intenso, que la hizo sentirse enferma. Se había enamorado de un hombre que había abandonado a su hermana embarazada, había permanecido lejos de su padre y de su hogar durante diez años sin una pizca de remordimiento, y parecía disfrutar chantajeándola y haciéndola parecer inferior cada vez que se veían, ¡y a pesar de todo lo amaba!

Pasó la noche dando vueltas en la cama y al día siguiente se despertó agotada. Era un martes húmedo y frío y, para colmo, la calefacción de la escuela se había estropeado. Sobrellevó la situación hasta el mediodía, pero cuando notó que algunos niños ya no podían aguantar más, llamó varias veces por teléfono para que fueran a recoger a todos los pequeños, y encontró niñeras voluntarias para las criaturas cuyos padres estaban trabajando.

-Tal vez Cameron tenga razón -balbuceó-. Es posible que haya que cerrar esta escuela.

Cuando se dirigía a su casa, se cruzó con el coche de Cameron.

El coche estaba aparcado fuera de la tienda del pueblo y Cameron estaba dentro. Candy entró en la tienda sin pensárselo dos veces.

-Hola Candy, ¿no estás en la escuela? -la saludó el anciano tendero, pero Cameron permanecía de espaldas a ella, aparentemente ocupado en la selección de una caja de bombones.

-No -respondió Candy.

-Vaya -exclamó el tendero, sonriendo jovial mente-. ¿En qué te puedo servir?

-Oh... -exclamó Candy mirando a su alrededor rápidamente-. Un cuarto de jamón, por favor.

-Muy bien -contestó el tendero.

Mientras el señor Miller iba a la trastienda, donde guardaba los embutidos y los productos lácteos; ella se aventuró hasta donde estaba Cameron.

-Hola -saludó Candy.

Cameron se volvió al oírla.

-Buenos días, Candy.

-No me imaginaba que te gustaran los bombones -continuó Candy.

-Son para la señora Baines. Esta mañana me he dado cuenta de que era su cumpleaños -explicó-. Mandaré a alguien para que arregle la calefacción esta misma tarde.

-Gracias -dijo Candy, mirándolo fijamente y sintiéndose terriblemente impotente. Aquella conversación era ridícula, pero, ¿qué podía decir? Mientras el señor Miller volvía con el jamón,

Cameron dejó un billete en el mostrador.

-Creo que esto lo cubre todo; lo que sobre es para el fondo de las excursiones de la escuela.

Salió antes de que ninguno de ellos pudiera decir una sola palabra.

-Tenía prisa -hizo notar el tendero satisfecho-; parece un hombre agradable, aunque un poco distante. Siempre fue un chico solitario.

Candy casi no le oyó. Todos sus sentidos estaban puestos en Cameron mientras éste se dirigía hacia su coche. Lo vio detenerse al llegar a él y enderezar los hombros como si hubiera tenido que soportar una pesada carga. Aquel gesto la hirió.

-Aquí tienes, Candy.

Candy volvió lentamente la cabeza y miró al tendero. La expresión de éste cambió al ver el pálido rostro de la chica y le preguntó:

-¿Te encuentras bien? ¿Quieres sentarte un minuto? Es esa escuela. Hace demasiado frío.

-No, estoy bien, de verdad -aseguró mientras pagaba el jamón. Salió sin él. Volvió cuando la llamó el tendero.

-Será mejor que te vayas inmediatamente a casa y tomes algo

caliente -la aconsejó.

Candy sonrió sin contestar y salió rápidamente de la tienda con la seguridad de que nada podía acabar con el frío que sentía en su interior. Algo había cristalizado en ella en los últimos minutos y sabía con absoluta certeza lo que debía hacer, lo que debía haber hecho desde hacía mucho tiempo.

Se relajó al ver que no había nadie en casa; era obvio que su madre había sacado a Jasper para dar un paseo. Sin perder un minuto, se acercó a el teléfono.

-¿Diga?

-¿Michelle? -preguntó Candy. Por un momento perdió el valor que la había impulsado a llamar. Después respiró profundamente y continuó-: Soy Candy, Michelle. ¿Cómo van las cosas?

-Hola Candy -respondió su hermana, al parecer encantada por tener noticias de ella-. ¿Qué haces llamándome a esta hora del día?

-Estoy en casa. Se ha vuelto a estropear la calefacción -explicó Candy, oyendo a su hermana dar un profundo suspiro y sabiendo lo que iba a oír a continuación.

-¿Por qué no dejas ese espantoso agujero y consigues un trabajo decente aquí? Por el amor de Dios. Sabes que puedes vivir con nosotros hasta que encuentres una casa, y Tim dice que podrías conseguir un buen trabajo. Estás loca, Candy, absolutamente loca.

-Sí, bueno, ya me lo has dicho mil veces.

-Pero no vas a oír la voz de la razón, ¿verdad?

-Oye, ¿podría pasar contigo la semana de Pascua? -preguntó Candy rápidamente para no darse tiempo a cambiar de decisión.

-¡Maravilloso!

Se oyó un grito de alegría al otro extremo de la línea y Candy sonrió ante el entusiasmo de su hermana.

Conversaron durante otros cinco minutos. Michelle describió con detalle su último viaje a Francia con Tim, y también su nuevo coche, y después Candy colgó. Tenía la cabeza hecha un torbellino. ¿Habría hecho lo que debía? Suspiró agotada. Tenía que preguntarle a Michelle todo lo que había ocurrido esos años. Tenía que saberlo.

Pero a lo mejor no servía de nada. Se pasó una mano temblorosa por la frente. Con toda seguridad, Cameron estaría harto de ella, así que, ¿para qué seguir con aquella locura? ¿Porqué preguntar cosas que molestarían y harían daño a Michelle, cuando todo era historia? Pero no. Candy recordó los hombros encorvados de Cameron y su cabeza inclinada.

Sus padres sabían la verdad. Ellos sabían algo que les había permitido aceptar de nuevo en sus vidas a Cameron sin

recriminaciones ni amarguras.

Cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio inferior. Para bien o para mal, al cabo de diez días, conocería la verdad.

Capítulo 7

ESTA casa cada vez está mas bonita, Michelle. -Lo sé -aceptó su hermana con inmensa satisfacción mientras Candy miraba la impecable cocina, con una sonrisa.

Estaban sentadas desayunando y contemplando desde allí el hermoso jardín.

-¿Nunca echas de menos los espacios abiertos? -preguntó Candy, con calma, mirando la tapia de ladrillo que rodeaba el pequeño jardín.

-¿Yo? -preguntó Michelle horrorizada-. Debes de estar bromeando. No volveré a ver ni vacas ni caballos en mi vida. Me encanta vivir en la ciudad. A ti también te encantaría si te dieras una oportunidad.

Se echó el pelo hacia atrás y miró fijamente a su hermana:

-¿A qué has venido en realidad?

-¿Qué? -preguntó Candy.

Candy había olvidado esos raros arranques de sinceridad que formaban parte de la compleja personalidad de Michelle. Normalmente su hermana vivía de un modo superficial, procurando no profundizar mucho, pero era al mismo tiempo capaz de una entrega sorprendente como lo demostraba su total dedicación a sus hijos. Los quería a todos por igual,

pero Candy había notado una ternura especial en su trato hacia Jamie.

-No te gusta estar aquí, lo sabes. Me encanta que vengas a Londres, pero normalmente tengo que insistir e insistir para que lo hagas. ¡Y has estado tan distante!

-¿Ah, sí? -preguntó Candy sorprendida-. Lo siento.

-Tengo el horrible presentimiento de que el momento de ajustar cuentas ha llegado. Cameron ha vuelto. ¿No es verdad?

-Sí -admitió Candy sonrojándose-. Ha vuelto.

-Y te gusta -preguntó Michelle tajantemente. -Mira, no tienes que hablarme... -Pero lo estoy haciendo, ¿no? Un extraño brillo endurecía la mirada de Miche

lle.

-¿Qué ha estado diciendo de mí? -preguntó ella. -No mucho -respondió Candy, observando fijamente a su hermana-, pero si vengo a pedirte que me cuentes la verdad, se lo debo a él, y no sólo por Cameron, sino por mí. Quiero saber...

-¿Entonces no te lo ha dicho? -preguntó Michelle. Estaba muy pálida-. ¿De verdad?

-Me dicho alguna que otra cosa -replicó Candy-. Nada definitivo, pero parece guardarte rencor cuando debía ser todo lo contrario. No con sigo entender nada -comentó, mirando a su hermana,

conmovedoramente-. No pregunto por preguntar, créeme.

-¿Lo amas? -preguntó su hermana. Había cierta tristeza en su voz que corroía el corazón de Candy, y por un momento ella se preguntó qué rayos estaba haciendo allí, abriendo viejas heridas. Era imperdonable-. ¿Lo amas, Candy?

Candy inclinó la cabeza lentamente.

-Sí, lo amo -respondió llena de pesar-. Es la última persona a quien debería amar, pero lo amo.

Michelle se hundió en la silla y acarició cariñosamente a Candy.

-Un cosa, Candy... -dijo, haciendo que Candy levantara la mirada-. No me odies. No lo soportaría.

-No seas tonta -exclamó Candy abrazándola-.Nunca podría odiarte, Millie.

-Jamie no es hijo de Cameron.

-¿No es su hijo? -preguntó Candy sintiendo un maravilloso alivio-. Pero yo pensaba...

-Sé lo que pensabas -respondió su hermana con la mirada baja-, pero yo no podía soportar que se supiera la verdad... -levantó la mirada y observó con atención a Candy-. Había varios hombres que podían ser los padres de Jamie -dijo simplemente-. Yo lo quería todo -continuó Michelle-. Amaba a Cameron. A mi manera lo amaba, pero yo quería más. Sólo tenía veintidós años, Candy; sentía que no había vivido.

Se movió incómoda en su asiento y después se levantó.

-Yo necesitaba excitación, quería sentirme deseable.

-¿Y lo conseguiste? -preguntó Candy.

-Desde luego -contestó Michelle con amargura-. Qué tonta fui. Ellos sólo querían una cosa, pero yo misma me tendía trampas para no verlo.

-Pero si no sabes quién fue el padre, ¿cómo sabes que no fue Cameron? -preguntó Candy lentamente.

-Porque Cameron fue el único que no me pidió que me acostara con él -contestó a duras penas-. Estábamos comprometidos y él estaba dispuesto a esperar. Me respetaba. No quería obligarme a hacer algo de lo que me pudiera arrepentir. El...

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

-Ya no sigas. No importa.

-Desde luego que me importa -exclamó Michelle con ferocidad-. En todo este tiempo no he podido dejar de pensar en él. Veo la expresión de su rostro la última noche. Estaba destrozado y, a pesar de eso, yo lo hice sufrir aún más, al hacer pensar a todo el mundo que él era el padre. Me sorprendí a mí misma, Candy -exclamó avergonzada-:

de verdad -miró con tristeza a su hermana-. La noche que se lo dije, yo estaba muy confiada. Le dije que, si de verdad me amaba, debería estar a mi lado y ayudarme a mí y al niño. Le dije que no sabía quién era el padre, que podría ser cualquiera, pero que esos hombres no significaban nada para mí.

-¿Y qué te dijo? -preguntó Candy suspirando.

-Me dijo que me fuera al infierno -respondió Michelle lentamente-, y entonces lo amenacé, le dije que arruinaría su reputación, que todos me creeríar y que su padre le obligaría a casarse conmigo. Y el tío Charles lo intentó -continuó,-. Él no escuché una sola palabra de lo que Cam dijo y tuvieron una terrible pelea. Entonces fue cuando Cam se marchó.

-Oh, Michelle...

Candy miró a su hermana y comprendió que no tenía corazón para condenarla. Michelle había sufrido por su locura, y el peso de la culpa que había cargado en sus hombros a lo largo de los años era insoportable.

-¿Y mamá y papá saben la verdad? -le preguntó con tranquilidad-. ¿Saben que Cameron no es el padre?

-Sí, lo saben -le contestó Michelle-. Cuando Jarcie nació, cuando por primera vez vi su carita y lo cogí en brazos, supe que debía jugar limpio. Había recibido tal obsequio, Candy, una personita tan bien formada con todos los deditos de sus pies y manos, que no podía empezar una nueva vida sin aclarar las cosas con la familia. Supe que sería difícil y lo fue, pero de algún modo tenía la sensación de que, si no trataba de enderezar las cosas, podrían llevarse a Jarcie. Era una tontería, pero lo pensé.

-¿Y?

-Y se lo dije a mamá, a papá y al tío Charles. -¿El tío Charles lo sabía? ¿Qué dijo? -preguntó Candy sorprendida.

-No me creyó al principio -dijo Michelle-; no lo pudo entender, y todavía no lo entiende. Era como si quisiera que Cam fuera el culpable, como si fuera importante para él que Cam tuviera la culpa. Y fue el tío Charles el que insistió en que dijera la verdad al menor número de gente posible. Dijo que de todos modos no lo creerían, y como yo estaba a punto de dejar el pueblo, era mejor dejar que los rumores fueran apagándose poco a poco.

-¿Cameron se enteró de que habías dicho la verdad?

-Sí -respondió Michelle-. Papá se aseguró de eso. Tío Charles y él fueron a ver a Cam, pero papá me contó que había sido un desastre. El tío Charles era tan misterioso, frío e inflexible, y Cam ya estaba harto. Supongo que con razón.

-Pobre Cameron -repuso Candy suspirando con tristeza-. ¿Por qué no me contó nadie nada?

-Sólo tenías trece años cuando Jarcie nació -recordó Michelle a la defensiva-, y no estábamos seguros de cuánto habrías entendido. Tío Charles dijo que no quería que lo supieras, y mamá y papá no estaban seguros, me dejaron tomar a mí la decisión.

-Y tú no quisiste decírmelo -exclamó Candy desolada.

-No lo interpretes mal, Candy -dijo Michelle-. No quería ocultártelo, pero necesitaba que alguien de la familia estuviera de mi lado. Tú fuiste siempre muy importante para mí. Y cuando me quedé embarazada, no me dejabas ni a sol ni a sombra. Papá y mamá trataron de fingir que me habían perdonado, pero sé que no lo hicieron realmente, y no tanto por haberme quedado embarazada, sino por haber comprometido a Cam. Desde entonces, mi relación con ellos nunca volvió a ser la misma.

-Ya veo -dijo Candy. Se levantó y se dirigió hacia la ventana-. ¿Lo sabe Tim?

-Claro -dijo Michelle, acercándose a ella-. Aquí las cosas son muy diferentes, Candy. A Tim no le importó. Y de todos modos él no tenía derecho a decirme nada teniendo en cuenta el número de mujeres que ha tenido, y todavía tiene, si mis sospechas son acertadas.

-Y, ¿no te importa? -preguntó Candy impresionada.

-En realidad, no -respondió su hermana encogiéndose ligeramente de hombros-. Tim tiene sus diversiones y yo las mías.

-¡Michelle!

Candy retrocedió un paso y miró fijamente a su hermana.

-¿Lo dices en serio?

-Las cosas aquí son diferentes -le recordó con irritación Michelle-. ¡No me mires así! Si los dos estamos de acuerdo. ¿Qué tiene de malo?

La vuelta de Tim y los niños interrumpió la conversación, pero aquella noche Candy no conseguía conciliar el sueño. Se repetía una y otra vez las palabras de su hermana. ¡Ella lo sabía todo desde la noche que había cenado en casa de Cameron! Se incorporó bruscamente en la cama. Había comprendido entonces que Cameron no era capaz de las crueldades de las que le había acusado.

Cameron tenía razón cuando le había dicho que quitarse las gafas de color rosa seria doloroso, pero no tan doloroso como la tortura a la que le había sometido su padre desde su niñez hasta la etapa adulta. Y la traición sin piedad de Michelle debió haber supuesto un golpe insoportable. Una niñez solitaria y sin amor y luego tal traición de la única persona en la que había puesto su esperanzas para el futuro. ¿Cómo podía volver a confiar en nadie? ¿Cómo podía creer en nadie

después de lo que le había pasado?

Los suaves dedos rosados del amanecer empezaban a imponerse sobre el cielo nocturno cuando por fin se rindió al sueño después de haber tomado una importante decisión: en cuanto llegara a casa iría a ver a Cameron lo quisiera él o no. Le debía una explicación por lo equivocada que había estado. Se asombraba de que Cameron hubiera podido soportar su relación con cada uno de ellos. Todo el pueblo y sus habitantes eran recuerdos dolorosos de una época que prefería olvidar. Cuando pensaba en cómo lo había tratado y en las cosas que le había dicho, se retorcía en la cama sintiéndose muy mal. Cameron debía odiarla profundamente.

-Candy, ¿qué estás haciendo aquí? -preguntó Cameron, mirándola sorprendido desde el peldaño más alto de la puerta. Candy, que esperaba encontrarse con la señora Baines, se quedó sin habla-. ¿Todo va bien? -preguntó Cameron, al ver que Candy no decía nada-. ¿Le ha pasado algo a tu padre o a Vivien?

-No, no... -respondió Candy-. Lo que quiero decir es...

Se interrumpió bruscamente. Había ensayado ese discurso mil veces, pero se había quedado completamente en blanco.

-Bueno, esto es un buen principio -anunció Cameron. Era sorprendente que sonriera. Candy notó cómo aquella sonrisa suavizaba los ásperos contornos de su rostro y daba una luz a su semblante que hacía nacer la imagen del Cameron de hacía diez años.

-¿Un principio? -preguntó ella, confundida.

-Veo que te faltan las palabras. Normalmente no te puedo parar cuando empiezas a hablar -explicó, cogiéndola del brazo y conduciéndola al interior de la casa-. Y por lo general no es un buen presagio.

-No -prosiguió Candy, cuando llegaron al pasillo-. Bien, de eso es de lo que quiero hablar. Ves... -dijo, pero oyó un murmullo de voces procedentes de la sala-. ¡Oh, lo siento! Tienes visitas.

-Por desgracia, sí -contestó Cameron, observándola con entusiasmo-. Pete Bales ha venido a pasar aquí las fiestas de la Pascua con uno de sus amigos. ¿Te acuerdas de Pete?

-¿Es el que trabajaba contigo en los pozos de petróleo?

-Sí -repuso él, pasándose la mano por el pelo-. Queríamos volver a vernos, y esta ocasión nos pareció un buen momento.

-Entonces me voy, para que puedas seguir atendiéndole.

-Espera un minuto, Candy -añadió Cameron cogiéndola otra vez del brazo-. Se van hoy. ¿Tienes planeado algo para esta noche?

-No -respondió ella.

-¿Te gustaría salir a cenar fuera? -preguntó él, midiendo el terreno con cautela.

-Sí, me gustaría -aceptó ella simplemente. Antes de que Cameron bajara la mirada, tuvo tiempo de ver un brillo de entusiasmo en sus ojos.

-Bien -dijo Cameron sonriendo y Candy contuvo la respiración. ¿Cómo había podido estar tan equivocada con Cameron? Había sido una estúpida-. Pasaré a recogerte a las ocho en punto, ¿está bien?

-Sí -respondió ella, dirigiéndose hacia la puerta principal. Se oyeron unas carcajadas desde la sala y la voz de alguien nombraba a Cameron.

-Oye, Candy -dijo él, deteniéndola por segunda vez-. He dicho que voy a ir a recogerte a las ocho.

-Te he oído -contestó ella, sabiendo a lo que se refería, pero estaba determinada a no tragar el anzuelo.

-¡Vaya, vaya! -dijo él. Se apoyó en la pared, se cruzó de brazos, y la miró con gesto burlón-. Voy a empezar a creer en las hadas, o tal vez la magia de la Pascua haya sido capaz de sosegarte.

-Cállate, Cam -exclamó Candy tajantemente.

-Detecto una leve ternura en ti. ¿Es así? -preguntó muy serio.

En ese momento, se abrió la puerta del salón de par en par y Pete Bales asomó la cabeza.

-Lo siento -aseguró-. Creía que estabas hablando con la señora Baines.

-Ha salido de compras -aclaró Cámeron sin apartar sus ojos de Candy-; ahora mismo vuelvo con vosotros.

-Está bien, no te preocupes...

-En realidad me debo ir -aclaró Candy, abriendo la puerta sin más dilación y saliendo con rapidez.

Bajó los peldaños de la entrada diciéndose a cada paso que la invitación no significaba nada, que Cameron se sentía sólo y había intentado ser amable. A pesar de que le parecía ridículo, tenía la sensación de que el césped era más verde, el cielo despejado era más azul, y el mundo en su totalidad era más hermoso. ¡La iba a invitar a cenar! Dio un saltito y miró rápidamente a su alrededor.

-Cálmate, Candy, cálmate -se decía...

¡Nunca se había hablado a sí misma tanto como en las últimas semanas! Y allí estaba, una profesora madura, actuando como una alumna que se hubiera enamorado de su profesor.

Pero su amor no tenía nada de infantil.

Sus padres no habían comentado nada cuando les había hablado de la invitación a cenar, pero cuando desapareció escaleras arriba a las cinco en punto explicando entre dientes que estaba hecha un desastre y necesitaba un baño, su madre la miró pensativa.

-Normalmente tardas menos de media hora en arreglarte.

Candy le contestó con una débil sonrisa y se retiró rápidamente al baño.

Optó por una apariencia de elegante informalidad, de modo que se puso un vestido de color crema con unos zapatos de tacón del mismo tono, y se dejó el pelo suelto para suavizar la sencillez del vestido.

Estuvo lista mucho antes de las ocho, así que se sentó ante la ventana de su habitación para observar cómo las sombras del crepúsculo convertían el cielo en un terciopelo oscuro y procurando alejar de su mente cualquier pensamientoo que no fuera el de apreciar el paisaje que se extendía ante ella. Aquella noche tenía que evitar perder los nervios a cualquier precio.

-Candy, Cam está aquí.

Cuando oyó la voz de su madre, Candy respiró profundamente y se levantó.

-Estás preciosa -dijo Cam en cuanto la vio. Estaba en el pasillo al pie de las escaleras. Candy había salido de su habitación y estaba bajando lentamente la escalera.

-Gracias. Tú también estás muy elegante -convino ella suavemente, deseando que su voz no la delatara. Era la segunda vez que lo veía con traje. La primera había sido en la desastrosa cena de hacía varias semanas.

-Toma -señaló Cameron.

Candy bajó la mirada sorprendida y él le entregó una caja transparente con una orquídea en su interior.

-El rojo es como el de tu pelo -comentó Cameron, suavemente, mientras cogía la flor de sus manos y se la ponía en el vestido.

-Es precioso, Cam, gracias.

La madre de Candy había observado el pequeño intercambio con expresión turbada.

-Tu padre me trajo un ramo de altramuces que cortó a escondidas del jardín de su madre, en nuestra primera cita -recordó jubilosa-. Era precioso... -dijo sonriendo.

-¡Nunca me habías dicho que lo sabías! -se oyó gritar a su padre desde la otra habitación.

-Será mejor que os vayáis antes de que siga diciendo tonterías -les sonrió.

-Tus padres son encantadores -comentó Cameron cuando se metieron en el coche.

-Lo sé.

-Eres muy afortunada -indicó. No había amargura ni rencor en su voz-. Estás rodeada de personas excelentes.

-Desde luego -repuso Candy.

-Tienes un cuerpo precioso -dijo Cameron mirándola con admiración-. Aunque supongo que te lo habrán dicho cientos de veces.

-Cientos de veces.

-¿Cuántos cientos? -preguntó Cameron. No estaba bromeando y Candy comprendió al instante la pregunta que le estaba haciendo.

-Nunca me he acostado con un hombre, Cam -dijo-. Eso era lo que me estabas preguntando, ¿verdad?

Fue una declaración tranquila y serena. Candy había decidido que la sinceridad era de vital importancia.

-Desgraciadamente, yo sí me he acostado con algunas mujeres, Candy -comentó con una voz carente de emoción-. En mi defensa sólo puedo decir que me pareció correcto hacerlo.

-¿Entonces por qué desgraciadamente? -preguntó ella con suavidad.

-Porque ahora sé que me acosté con ellas sin estar preparado par adquirir ningún tipo de compromiso. No había pensado en ello nunca. No hasta... -dijo, interrumpiéndose de repente.

-¿Hasta? -preguntó ella.

-Más tarde -respondió él y de pronto Candy le sintió muy lejos de ella-: Ya hemos llegado.

Llegaron a un restaurante maravilloso que estaba al lado de un suntuoso hotel. El Lamborghini de Cameron encajaba a la perfección en aquel lujoso ambiente. El aparcacoches no pudo disimular su alegría cuando Cameron le entregó las llaves.

-Le has hecho feliz -señaló Candy con una sonrisa, cuando entraron al enorme vestíbulo.

-Mi segundo nombre es Magnanimidad -dijo Cameron secamente. La cogió del brazo y la condujo al comedor, donde una camarera les quitó los abrigos gos y otra los condujo a su mesa, situada en una pequeña y discreta habitación para dos, que daba a los hermosos jardines.

-Abren las puertas en verano, cuando el tiempo lo permite -comentó Cameron mientras levantaba la vista de la lista de vinos que había estado leyendo. Candy miraba ensimismada el jardín-. ¿No

habías estado nunca aquí?

-No es un lugar apropiado para una maestra común y corriente.

-Supongo que no. Pero una maestra común y corriente no tiene el pelo como fuego líquido ni piel como la seda.

-¿No?...

Candy estaba hipnotizada por la mirada de sus ojos.

-¡No! -respondió Cameron inclinándose sobre la mesa y acariciándole suavemente la mejilla.

-Ni el valor ni la tenacidad de una moderna Boadicea. Cuando era pequeño, me admiraba esa reina de los Icemos, atacando los poblados romanos y reduciendo Londres a cenizas y después poniendo fin a su propia vida mediante un veneno, antes que caer en manos de sus odiados enemigos. Cuando te conocí, supe que esa mujer era real.

-No me conviertas en algo que no soy, Cam -le pidió Candy tranquilamente.

-No tengo necesidad de hacerlo -le aseguro riendo con sarcasmo-, créeme Candy, ya tengo bastante con enfrentarme a lo que eres.

-Cam...

La camarera la interrumpió y Candy comprendió asustada que había estado a punto de decirle lo que sentía.

Aquello era absurdo.

Cameron era sumamente poderoso, atractivo y tenía un carisma que aseguraba que nunca estaría necesitado de compañía femenina si él así lo deseaba. Candy era una maestra de escuela y su hermana había sido el medio para alejarlo de su hogar y de su país y también la causa de la separación final de su padre. Candy no lo conocía, simplemente estaba empezando a entenderlo un poco, pero lo amaba con todo su corazón. No tenía remedio.

-¿Por que te has puesto triste? -preguntó Cameron, haciéndole una señal a la camarera para que se alejara. Él mismo sirvió el vino que les habían llevado. Observó con evidente satisfacción cómo se deleitaba Candy con el sabor-. Un par de vasos cómo éstos y pasarás la noche en medio de un feliz aturdimiento -dijo él, intentando enfadarla-. No se puede beber este vino con esa expresión de tristeza.

-No quiero emborracharme, esté contenta o no -contestó Candy-. Quiero recordar cada minuto de esta noche.

Las palabras de Candy hicieron que Cameron la mirara con los ojos entrecerrados.

La comida estaba deliciosa, e interrumpió su con versación. Candy tenía que decirle para qué lo había ido a buscar, pero eso podía esperar. Por el momento, estar juntos, riendo y conversando, era tan maravilloso, que no se atrevía a estropear la noche.

Pero cuando les llevaron el café, Candy decidió sacar el tema.

-Supongo que te habrás preguntado, por qué he ido a buscarte hoy -comentó Candy lentamente, mientras observaba a un hombre regordete bailar con una joven y atractiva rubia.

-¿Será su hija? -preguntó Cam, levantándose y riendo. Se volvió hacia Candy y cambió de expresión-. No la he dado muchas vueltas -dijo mirándola cuidadosamente-. ¿Debo preguntármelo?

-¿Sabes que estuve fuera en Pascua?

-No -la expresión de Cameron cambió bruscamente. Sus facciones se oscurecieron hasta convertirse en piedra.

-Fui a ver a Michelle.

-¿Y?

Había sido una sola palabra, pero había conseguido que Candy se estremeciera.

-Y ella me contó la verdad.

-¿Qué versión? -preguntó con un enfado que Candy no comprendía.

-La versión real -respondió-. Las mismas cosas que les contó a nuestros padres cuando nació el niño.

-Entiendo -dijo Cameron y volvió a sentarse-. Y yo creía que esta noche habías salido a cenar conmigo porque habías estado pensando por ti misma en lo ocurrido, y habías empezado a creer y confiar en mí un poco. Pero fuiste a ver a tu hermana mayor, que hizo que empezaras a sentirte culpable, si no me equivoco.

-No es verdad -protestó ella desmayadamente, horrorizada ante la reacción de Cameron.

-¿No? Deja de engañarte a ti misma, Candy. Cuando Michelle te contó la verdad, te sentiste culpable. Está escrito en cada vulnerable y hermosa línea de tu rostro -dijo mirándola con furia-. No me hace falta tu compasión. ¡Había muchas cosas que hubiera querido de ti, pero te aseguro que la piedad no era una de ellas!

-Cam, escucha, necesito explicarte...

-No quiero seguir hablando de ello esta noche, Candy. Dejémoslo así, ¿de acuerdo?

-¡No, no! -gritó ella-. ¿Por qué no puedes dejar de hablar y escuchar de una vez por todas?

-¿Yo, detenerme y escuchar?

Cameron la miró asombrado y enfadado.

-Bueno, eso es cómico viniendo de ti. Desde la primera vez que nos vimos no has hecho otra cosa que hacerme víctima de tus conclusiones y la mayor parte de ellas totalmente equivocadas.

La camarera que entró a llenar sus tazas de café los miró y

desapareció en dirección opuesta.

-¿De verdad? -preguntó Candy, frunciendo el ceño-. Y supongo que fueron imaginaciones mías las amenazas contra Jasper -respiró profundamente-. Pero cuando un extraño sale saltando con una escopeta cargada, una tiende a obedecer y después pregunta.

-Oh, ¡por el amor de Dios! -exclamó él, pasándose rápidamente la mano por el pelo.

¿Cómo podía llegar a él?, se preguntó Candy desolada. Era como si hubiera una pared de piedra a su alrededor.. Y lo peor era que Candy tenía que admitir que ella había colocado algunos de los ladrillos..

-Mira, Cam -empezó a decir Candy-. No he venido aquí esta noche porque me sintiera culpable.

-¿No? Has ido a mi casa para pedirme perdón por haberme juzgado mal, ¿no es cierto?

-Sí -admitió cuidadosa.

-Es todo lo que necesito saber.

Candy se le quedó mirando con una mezcla de exasperación e impotencia. No lo compadecía y Cam no era capaz de darse cuenta. Sentía amor, deseo, ¿pero compasión por Cameron? Nunca. Cameron estaba confundiendo la ternura con la compasión.

-Déjame aclarar una cosa, Candy -dijo sin ninguna emoción. Mientras observaba con firmeza sus fríos ojos azules, Candy supo que había perdido-. Comparado con otros, el principio de mi vida no estuvo mal. Y cuando crecemos, cada uno es ya responsable de su propio destino. La vida no nos debe nada y llorar por ello sólo sirve para destrozarte la garganta.

-Eso suena... duro -comentó ella.

-La vida es difícil -repuso él.

-¿Y tú nunca lloras? -preguntó Candy.

-No he dicho que sea perfecto -contestó él.

Candy tuvo la sensación de estar participando en un drama macabro durante el resto de la noche.

Bailaron y charlaron, pero Candy sentía la sensación de que Cameron estaba muy lejos de ella.

Salieron del hotel ya tarde. En el coche, cada uno iba perdido en sus propios pensamientos. El cataclismo final de la noche había empezado de forma inocente, pero sus olas impactantes se extenderían durante las semanas venideras, distorsionando todo lo que tocaran.

-¡Oh, mi flor! -exclamó Candy cuando llegaron a su casa-. He perdido mi flor, Cam.

Era lo único que tenía de Cameron, y lo había perdido.

-No te preocupes -repuso Cameron con fría lógica-. Ha servido a su propósito esta noche.

-Pero yo quería guardarla -contestó Candy. Aquella pérdida había adquirido proporciones enormes de repente-. ¿No lo entiendes?

-Bien, siempre estaré en condiciones de conseguirte otra, si tanto significa para ti -repuso él.

-Pero yo quería ésa.

Aquella era la orquídea que él le había regalado al pie de la escalera con una suave luz en la mirada, era su orquídea. ¿Cómo podía no comprenderlo?

Cameron frunció levemente el ceño.

-Te conseguiré una cesta llena.

-Ya te lo he dicho, no quiero otra, esa era la que tenía significado. Olvídalo, no es importante.

-¡Por Dios! ¿Y ahora qué he hecho? -preguntó Cameron con suavidad mientras una dura chispa encendía sus ojos.

-He dicho que lo olvides.

-¿Olvidarlo? -preguntó Cameron con una áspera sonrisa-. Me encantaría olvidarlo, Candy, olvidar este lugar, olvidar los vínculos que me atan aquí, olvidarte.

-Bien, ¿y qué es lo que te detiene? -le preguntó Candy con la voz cargada de emoción.

-Esto -contestó él.

Se inclinó sobre ella y la besó con una pasión salvaje. Candy advirtió con un sentimiento de pánico que el firme control que Cameron había demostrado durante la noche se había roto en cuanto la había besado.

La joven intentó resistirse, aunque sabía que sería inútil. Cuando Cameron levantó la cabeza para clavar en ella sus ojos, la expresión de su rostro la asustó más que la misma violencia que acababa de desplegar.

-¡Mira lo que me estás haciendo! -exclamó Cameron exasperado-. ¿Sabes que quiero hacer el amor ahora, aquí, aun sabiendo que es contra tu voluntad y que tú me odias? Quiero hacer el amor contigo y hacer imposible que me olvides, ser el primero, te deseo, Candy.

Pronunció su nombre con un prolongado quejido y la soltó. Después abrió la puerta del coche, lo rodeó y sacó violentamente a Candy.

Mientras se alejaba con un desagradable chirriar de ruedas. Candy permaneció con la mirada clavada en el suelo, intentando detener el torbellino que se había formado en su mente. Todo había sido tan rápido que Candy habría pensado que había sido un sueño si no

hubiera sido por el dolor de sus labios. Se tocó la boca cuidadosamente con la mano, esperando encontrar sangre. Debería estar furiosa, asustada. Pero había algo en el salvajismo de Cameron que la conmovía. Movió la cabeza disgustada. ¿En qué lo estaba convirtiendo?, ¡ja!, ¿en qué la estaba convirtiendo él a ella?

Pero Candy lo amaba. Ni siquiera sentía el frío de la noche mientras permanecía envuelta en aquella oscuridad.

Y aunque no estaba segura de los sentimientos de Cameron, sí sabía que la deseaba.

-¡Dios mío, ayúdame! -suspiró con fervor-. Por favor, ayúdame. No puedo soportarlo.

Y sin que hiciera nada para evitarlo, empezaron a rodar dos enormes lagrimones por sus mejillas.

Capítulo 8

HOLA, ya he llegado -saludó Candy al entrar en su casa la tarde siguiente, después de su primer día de trabajo tras las vacaciones de Pascua. Había sido un día agotador y había sido un inmenso alivio para Candy oír anunciar al viejo reloj la hora de salida. Hasta Kevin se había puesto difícil. Candy había tenido que regañarle, lo que le había valido una furiosa mirada de desaprobación por parte de Julie. Habían quedado como amigas después de una rápida caricia, pero el pequeño incidente la había molestado.

-¿Mamá? -preguntó preocupada al encontrar a su madre abrazada a su padre con la cara bañada en lágrimas-. ¿Mamá, qué pasa?

La única respuesta de su madre fue un ademán desesperado.

-¿Papá?

-Está bien, está bien -contestó su padre con una sonrisa mientras su hija besaba a su madre-. Lo único que pasa es que me he jubilado antes de tiempo. Ha sido muy repentino y...

-¿Cam te ha despedido? -preguntó con los ojos abiertos de par en par-. ¡Es un cerdo!

Salió de la casa dando un portazo.

Se metió en el coche y en un abrir y cerrar de ojos desapareció envuelta en una nube de polvo.

-Lo has hecho, lo has hecho, Cam -murmuró descorazonada. Ese había sido su castigo por ofenderlo. Estaba desquitándose con dos personas que habían sido especialmente comprensivas y compasivas con él-. ¿Cómo has podido? -se dijo con los dientes apretados, sintiendo que una rabia asesina la dominaba cuando llegó a casa de Cameron.

La señora Baines abrió la puerta casi de inmediato.

-¿En dónde está, señora Baines? -preguntó Candy.

-En el estudio, querida, pero no creo...

Candy no sabría nunca lo que iba a decirle la señora Baines porqué la apartó y cruzó el pasillo antes de que la pobre mujer pudiera pestañear. No llamó a la puerta del estudio, sino que la abrió violentamente.

-¡Qué demonios...! -exclamó Cameron-. ¿Te has vuelto loca?

-¡Sí, me he vuelto loca! -gritó-. ¡Me volví loca cuando viniste y no he conseguido curarme desde entonces!

-Encantador -comentó él furioso-. ¿Se supone que debo saber a qué se debe esta última cacería de brujas?

-¿Que si se supone que debes saberlo? -explotó ella-. Te has deshecho de mi padre, que ha trabajado para tu podrida familia desde que salió de la escuela y sólo por puro rencor, y me preguntas si debes

saberlo -dijo ella. Cameron estaba apoyado en un extremo del escritorio-. Sé que Michelle te hizo una mala jugada y que yo no he sido muy amable contigo, pero despedir a alguien que ha dedicado a tus propiedades los mejores años de su vida para satisfacer tu deseo de venganza... es... es inmoral.

-¿Has terminado?

-¿Terminado? Ni siquiera he comenzado -respondió furiosa-. Eres...

-Es suficiente -ordenó él.

Al ver su expresión de furia, Candy enmudeció.

-En efecto, es más que suficiente -repitió Cameron reclinándose en su asiento-. Me parece que no has hablado todavía con tus padres.

-Cuando he llegado a casa del trabajo, he visto a mi madre llorando y mi padre estaba tratando de consolarla -explicó ella enfadada-. Creo que no hace falta decir más.

-Me parece que esta vez sí -contestó él.

-¿Qué quieres decir?

-Que esta vez estás completamente equivocada.

Candy nunca lo había visto tan enfadado.

-¿Qué crees que es esto? -continuó Cameron levantando del escritorio un documento aparentemente oficial-. ¡Léelo! -Candy miró el papel fijamente, pero estaba tan nerviosa que las letras le bailaban y levantó la vista totalmente desamparada.

-No puedo -dijo.

-¡Eres increíblemente cabezota! Siéntate y léelo -ordenó exaltado.

-¡Les has dado la casa! -exclamó Candy al cabo de unos minutos.

-Y una pensión de por vida equivalente al salario mensual de tu padre, que unida a su propia pensión les permitirá vivir cómodamente y hacer las cosas que siempre han deseado. Me parece que no has esperado a enterarte de todo -inclinó la cabeza-. Bien, ¿y por qué habías de hacerlo? No hay nada, absolutamente nada que no me creas capaz de hacer. Despedir a tu padre podría considerarse como una de mis mejores proezas, ¿verdad?

-Cameron...

-Lo creas o no, me preocupo por tu padre.

Quería que él y Vivien tuvieran tiempo para ellos, mientras tuvieran todavía edad para disfrutar. ¿Crees que no voy a echar demenos a tu padre? Él conoce este lugar como la palma de su mano. Será imposible sustituirlo. Y también voy a echarle de menos por su sincera amistad.

-Cam...

-Vete, Candy.

-Por favor, Cam...

-¿Por favor, Cam? -repitió en tono burlón-. Eso es lo que dijo Michelle aquella noche hace diez años: «Por favor, Cam, por favor», ya lo he oído dos veces... -se detuvo-. Vete, Candy, vete antes de que haga algo de lo que podría arrepentirme durante el resto de mi vida.

Candy se acercó a la puerta con la lentitud de una anciana. Antes de salir, volvió la cabeza hacia Cameron.

En su rostro no se reflejaba ningún sentimiento pero sus ojos estaban llenos de furia y de una especie de amargo desprecio que hacía imposible que Candy intentara acercarse a él. ¡Y todo era culpa suya! Llegó a su coche con los ojos llenos de lágrimas. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¡Destruir lo poco que habían conseguido en un santiamén!

Los siguientes días le parecieron años. La vida se redujo a la rutina de siempre y ella se convirtió en un robot.

Sus padres habían sido la discreción personalizada cuando había vuelto de casa de Cameron, aunque no habían conseguido disimular su preocupación por la tristeza de su hija.

-No os preocupéis, no pasa nada -les había dicho Candy-. Cam me ha explicado lo de la pensión y todo lo demás.

-¿Antes de que hablaras o después?

-Después.

-Oh, Candy. Hemos intentado detenerte, pero ya te habías ido. Entiendo lo que has pensado, pero estaba tan conmovida por su generosidad; es un sueño hecho realidad. Eran lágrimas de alegría, ¿entiendes?

-Sí, entiendo -había contestado Candy, mirando desesperada a su padre-. Bueno, tú me dijiste que Algún día mi carácter me causaría problemas serios. Hoy ha llegado ese día.

-¿Tan terrible ha sido? -le había preguntado su padre con suavidad.

-No podía haber sido peor -había contestado ella, tratando de sonreír-. Creo que me voy a ir a la cama. Mañana será un nuevo día.

Y el día siguiente fue un día triste y vacío como todos los que le siguieron.

-Sue te llama por teléfono, Candy.

Candy dio un suspiro de alivio y se quitó los guantes de jardinería mientras se dirigía al interior de la casa. Los últimos días habían sido pésimos, pero había estado temiendo el fin de semana pues no tendría ni siquiera a los niños para distraerse.

-¡Candy! -exclamó Sue al otro lado de la línea-. ¿Vas a hacer algo esta tarde?

-No que yo sepa -contestó Candy. Sue siempre le había caído bien. Eran amigas desde niñas. Su compañía era justo lo que Candy necesitaba en ese momento.

-Hemos quedado todos en el Cross Keys a las ocho -le dijo Sue, radiante-. ¿Nos vemos ahí?

-Es posible -le contestó.

-No digas «es posible» -le contestó-. Todo el mundo dice que hace un montón de tiempo que no se te ve, Candy. ¿Qué dices a eso?

-He estado muy ocupada -repuso.

-Demasiado ocupada -comentó Sue, con cierta preocupación-. Tenías un aspecto terrible el día que te vi en la oficina de correos. Ven a tomarte una copa, Candy. Di que sí, vamos.

-Está bien -contestó Candy. No tenía ganas de seguir disimulando y, además, no podría soportar pasar la tarde entera pensando en Cameron.

-¡Excelente! Te esperamos a las ocho, pues.

Se puso unos pantalones y un bonito jersey. Se recogió el pelo en una cola de caballo, cogió su bolso y se despidió de sus padres.

-Hasta luego, no tardes -le advirtieron sus padres, inmersos en la contemplación de unos folletos de viaje.

Cross Keys estaba a cinco minutos andando. Cuando Candy entró por la puerta arqueada, con una hora casi de retraso, lo encontró repleto de gente.

-¡Candy! -exclamó Sue, acercándose inmediatamente a ella. La mayoría de los amigos estaban agrupados alrededor de la vieja y enorme chimenea de madera-. Te traeré una copa, ven y siéntate.

Candy titubeó al ver que David estaba en el grupo y después siguió a Sue, disimulando su enfado ante la actitud de éste, pues le había ofrecido con muchos aspavientos un lugar vacío a su lado. Sólo se habían encontrado en una ocasión, por casualidad. Después de aquella noche en su casa, David la había llamado al día siguiente y Candy le había dejado muy claro que la «tierna amistad» que habían compartido hasta entonces, había llegado a su fin. Después de aquella brusca ruptura, no entendía aquellas sonrisas.

-¿Qué has estado haciendo, Candy? -preguntó con cordialidad uno del grupo-. Te hemos echado de menos.

-Un poco de todo -respondió Candy sonriente.

-Tal vez deba preguntar con quién lo has estado haciendo -replicó David.

-¿Qué es esto? ¿Un misterio? -Sue se tomó el comentario de buen humor-. Me fascina el misterio.

-No hay ningún misterio, Sue -aclaró Candy.

-Nuestra pequeña Candy, ya ha conseguido un pretendiente, ¿no es cierto, cariño? -preguntó David, sonriendo a Candy, con amargura.

-No creo que Candy quiera seguir hablando de esto, David -dijo con firmeza Martin, el hijo del médico.

David se sumió en un penoso silencio al sentir la unánime desaprobación de todos sus amigos.

-Sólo estaba bromeando -masculló el interpelado, sin mirar a nadie-. Ahora me toca a mí, ¿eh?

Cuando regresó con la bandeja de las bebidas, el ambiente se había tranquilizado, y tras el cortante desaire de Martin, David se unió a la conversación general. Candy decidió ignorarle por el bien del grupo, pero estar sentada a su lado la hacía sentirse un poco mal.

De pronto, para disgusto de Candy, David apoyó el brazo en el respaldo del asiento precisamente a la altura de sus hombros. ¡Maldita sea! Era lo único que le faltaba.

No pudo evitar mirarlo con cierto desprecio.

-¿Algo anda mal? -murmuró él suavemente, y ella dejó escapar una serena sonrisa mientras negaba lentamente con la cabeza. No iba a montar una escena delante de todos. Si aquella era su jugada, ella podría permitir que la farsa continuara durante una hora o más y, después, emprender una rápida retirada.

-Creo que ahora me toca a mí -dijo Candy, levantándose pocos minutos después. David la siguió.

-Te ayudaré.

Candy aceptó el ofrecimiento asintiendo con la cabeza con desgana y se dirigió a la barra. Cuando estaba hablando con el camarero, David deslizó sus brazos por su cintura, dejándola atrapada entre el mostrador y él.

-David, estoy harta -siseó volviéndose.

-¿De qué? -preguntó David sonriente.

-Me estás acorralando -murmuró Candy, enfadada-. Otro acercamiento más y no respondo de mí. Así que suéltame si no quieres que te dé una bofetada.

-No, no ahora -balbuceó David con voz pastosa-. ¿Por qué te pones así? Creía que éramos amigos. ¿No podemos ser amigos?

-Si quieres que lo seamos, apártate de mí. ¡Ahora!

-Solo... dame un beso.

Candy estaba desesperada, no había forma de moverlo hasta que le diera un beso.

-Só... lo uno... y ya...

Candy, resignada, se acercó a él para darle un beso en la mejilla, pero, con una destreza que la hizo pensar que no estaba tan borracho

como parecía, David levantó los brazos para atraerla hacia él con un enorme abrazo de oso, al mismo tiempo que la besaba en la boca. A Candy la sorprendió tanto el atrevimiento de David que por un momento no pudo reaccionar y después, inundada por una rabia ciega, consiguió zafarse. De pronto, oyó una voz profunda a su lado.

-Buenas noches, Candy, confío en que lo estés pasando bien.

Candy se volvió y encontró a Cameron, acompañado por Bill y por Mónica.

-¡Cam...! -el impacto de verlo tan de repente la dejó sin palabras. Después vio cómo él inclinaba la cabeza hacia David-. Hola, eres David, ¿no es cierto?

-Sí, así es -contestó éste inmensamente complacido consigo mismo y Candy comprendió entonces su comportamiento. Obviamente había visto entrar a Cameron.

Las siguientes palabras de Cameron confirmaron sus sospechas:

-Nos vamos, sólo habíamos venido para tomar la última copa. Hasta la vista, entonces.

-Me gustaría verte pronto -le dijo Mónica, que se había acercado a Candy y la había agarrado del brazo.

-Si, me gustaría -respondió Candy. En ese momento oyó la voz del camarero a su espalda.

-Once libras y veinte peniques, señorita.

-Yo pagaré -dijo David antes de que Candy pudiera abrir la boca-. No puedo dejar que pague mi novia -dijo con voz fuerte y clara.

Mónica le dio unas palmaditas en el hombro a Candy.

-Adiós entonces, Candy, me pondré en contacto contigó.

Los tres se volvieron de espaldas simultáneamente y Candy se quedó allí con David. Cuando vio desaparecer a Cameron, a Mónica y a Bill por la puerta, deseó echarse a llorar, a gritar..., pero en vez de eso se volvió hacia David con una fría y amarga sonrisa.

-Bien hecho, David -le dijo mientras éste la observaba sorprendido-. ¿Qué es lo que he hecho para merecer esto?

-En la guerra y en el amor vale todo -le contestó él vivazmente-. Yo te vi primero, ¿lo recuerdas?

-David, eres el último hombre con el que saldría -le dijo Candy cortante-. David- va a llevar las bebidas, yo me voy -dijo a Sue.

-¿Estás bien? -preguntó Sue siguiéndola hasta la puerta.

-Desde luego que no, ya te llamaré para contarte todo -indicó Candy con firmeza-. Lo único que puedo decirte ahora es que, si me quedo un segundo más en compañía de ese idiota, se va a cometer un asesinato.

-Hasta luego Candy, llámame.

Afuera no encontró ni rastro de Cameron. De hecho, ya se lo imaginaba. Hacía tiempo que se había marchado pensando sin duda que estaba envuelta en los brazos de David, disfrutando de su compañía. Ya no había modo de llegar a él; ya no podía hacer nada.

Se dirigió a su casa lentamente, ajena a la serena belleza de su entorno. Había perdido. El único recurso que le quedaba era dejar el pueblo en cuanto tuviese una oportunidad para hacerlo.

## Capítulo 9

CANDY permaneció en un estado de letargo durante las siguientes dos semanas, pero el primero de mayo, al calor de la primavera, volvió en sí repentinamente. ¿Qué estaba haciendo? Rendirse miserablemente y aceptar la derrota no era propio de ella. Candy siempre había sabido lo que quería y lo había llevado a cabo, pero en aquel momento de su vida, nada salía como esperaba. Todo empezaba y terminaba con aquel hombre alto de ojos azules y de frío corazón. Mónica no se había puesto en contacto con ella, pero eso no la sorprendía. Candy había notado un cambio en la mirada de la abogada cuando David había insistido en que era su novia. Si quería hablar con Mónica debía dar el primer paso y tenía el presentimiento de que necesitaba un aliado en el campo enemigo o terminaría totalmente derrotada.

Llamó a Mónica al día siguiente a la hora del almuerzo.

-Candy, qué agradable sorpresa -su tono de voz desmentía sus palabras.

-La verdad es que no creo que lo sea.

Mónica cambió de tono.

-Bueno, de todos modos estoy sorprendida, debo confesarlo. No esperaba tener noticias tuyas después de lo de la otra noche. Supongo que ese chico era tu novio.

-No es mi novio -dijo Candy con vehemencia-. Es el ser más despreciable de la tierra.

El silencio fue entonces un poco más prolongado.

-¿Debo entender que os habéis enfadado? -preguntó Mónica con frialdad.

-Mónica, nunca hemos sido novios -contestó Candy, tajante-. David actuaba para que lo viera Cameron.

-Pues funcionó.

Candy se mordió el labio nerviosa. Iba a ser más difícil de lo que pensaba.

-Déjame explicarte algo, Mónica. Nunca me he comportado con David de esa forma, aunque sea ésa la impresión.

-No es a mí a quien quieres convencer. ¿No es cierto? -preguntó Mónica. Después de una larga pausa, se disculpó-. Lo siento, Candy, pero no te entiendo -«ya somos dos», pensó Candy-. No estoy segura de lo que quieres, pero me gustaría que entendieras que no se puede jugar con Cameron.

-Lo sé. Por favor Mónica, necesito tu ayuda.

-No puedo ayudarte, Candy. Cameron vuelve a Australia; nada ni nadie puede hacerle cambiar de opinión.

-¿Qué vuelve a dónde? -exclamó Candy, que estuvo a punto de tirar el teléfono de la impresión.

-Se va a Australia -repitió Mónica, sorprendida-. ¿No lo sabías? Creía que me llamabas para eso y que estarías saltando de alegría. Es lo que has estado tramando todo el tiempo. ¿No es verdad?

-Sí, no... bueno, al principio quería que se fuera -tartamudeó Candy-, pero eso era antes... ¿Por qué se va, Mónica? -preguntó con voz débil y apagada.

-Candy, eres lo suficientemente mayor como para conocer la respuesta -contestó la mujer con firmeza-. La propiedad está en venta y la mayoría de sus negocios en la región están siendo revisados para su posterior liquidación.

-Ya veo -dijo Candy, sumiéndose después en un profundo silencio.

-¿Candy?

-¿Sí?

-Oh, nada, ya he hablado suficiente.

Después de colgar el teléfono, Candy se quedó paralizada. ¿Qué habría querido decir Mónica cuando había dicho que ya era suficientemente mayor para saber por qué Cameron se iba? No pudo haber querido decir... El corazón empezó a latirle con fuerza.

Cameron la deseaba. Sólo sabía eso. Estaba segura de que le atraía físicamente. Estaba escrito en sus ojos desde el principio... ¿Pero amor? Los hombres podían aislar en dos compartimentos el amor y el deseo, cosa que no era común en las mujeres. Especialmente un hombre como él, con experiencia y un firme sentido de la independencia cultivado desde su niñez para compensar un periodo de frustración y soledad.

Su último pensamiento la sobresaltó. Cameron no había tenido a nadie. Nunca había tenido nadie. Y ella no había sido capaz de decirle nunca lo que sentía. No, no debía pensar en ello en ese momento. Simplemente tenía que hacer lo que debía. ¿Pero, sentiría él algo por ella?

La tarde se le hizo especialmente larga, pero por fin el reloj indicó la hora de salir y Candy vació la escuela en un abrir y cerrar de ojos. Mientras cerraba la puerta de la escuela, sentía una profunda presión en el pecho. ¡Aquello era una locura total, una apuesta desquiciada que la haría parecer la lunática más loca sobre la faz de la tierra. ¿Y la alternativa?, se preguntó. Una vida llena de amargura por no haber sido capaz de perseguir un sueño.

-¿Señora Baines? -la sonrisa habitual de la señora Baines había desaparecido-. ¿Puedo hablar con Cam, por favor?

-No sé si querrá verte -respondió la señora Baines, mirándola con

tristeza-. No quiere que nadie le moleste. Ha estado trabajando todo el día tratando de dejar todo en orden antes de marcharse.

-¿Falta poco para que se vaya? -preguntó Candy.

-Tres días, no sé qué voy a hacer -dijo la pobre mujer con una inmensa tristeza-. He vivido aquí toda mi vida, y no es que él no haya sido generoso. Oh no, todo lo contrario, lo que pasa es que quiero seguir aquí, supongo que me entiende, ¿verdad querida?

-Sí, perfectamente -le contestó Candy, observando la puerta cerrada del estudio-: podría ir y ver si...

-Siéntate un minuto -la acompañó hasta la sala-. Lo intentaré, pero no te prometo nada. Ha estado de muy mal humor todos estos días -dijo dirigiéndose al estudio. Luego volvió al lado de Candy-: No he tenido suerte, lo siento. Le puedo mandar un recado.

-Señora Baines, tengo que verlo. Déjeme entrar, por favor -le pidió Candy suplicante.

-No puedo.

-Diré que la culpa es mía, lo prometo. Le diré que no ha podido detenerme; pero lo tengo que ver, por favor, señora Baines.

-Oh, no lo sé -dijo la mujer, sacudiendo la cabeza confundida-. Ya soy demasiado vieja para este tipo de cosas. El señor Charles se revolvería en su tumba -dijo, mientras miraba a Candy-. Vaya, pero no esté demasiado tiempo.

Candy llamó a la puerta del estudio y entró sin esperar respuesta.

-¿Se ha ido, señora Baines?

Candy estaba tan emocionada, que fue incapaz de pronunciar palabra.

-He dicho... -al levantar su cabeza y verla ahí, se incorporó tan rápidamente, que la silla salió disparada de sus piernas.

-He tenido que venir, Cam. Por favor, escúchame.

-¿Sucede algo? -preguntó él con dureza, aunque Candy notó que le temblaba ligeramente la mano.

-Yo estuve equivocada, tú estás equivocado ahora -empezó a decir Candy con valor-: Yo no te comprendía cuando volviste, Cam, estaba atrapada en el pasado y no podía comprender la verdad, aunque la tenía delante de mis ojos. Sé que me afectó tu presencia, pero no investigué más a fondo porque... Prefería fingir que era una simple atracción física.

-¿Fingías?

-¡Sí, fingía! -exclamó mientras avanzaba un paso hacia él.

-Mira, sé lo que te pareció lo de David la otra noche, pero él sólo... sólo.

-¿Sólo protegía lo que le pertenecía? -preguntó Cameron en un

tono deliberadamente insultante.

-¡No! -le dijo, mirándolo fijamente-. David quería impresionarte, aunque sabía que no tenía ninguna esperanza conmigo.

-¿Y por qué iba a saber eso? -preguntó mirándola fríamente.

-Porque cree que te gusto y sabe que... -se detuvo durante una fracción de segundo- sabe que te amo.

-¿Y esperas que lo crea? -le preguntó.

-Sí, lo espero -respondió Candy, mirándolo a los ojos-. Supongo que ya me conoces. Estoy hablando sinceramente.

-¿Y por qué te has decidido a hablar sinceramente en este momento? -preguntó Cameron-. ¿Qué pajarillo ha estado susurrando a tu oído?

Candy avanzó un paso hacia él, y después señaló una silla.

-¿Me puedo sentar un minuto?

-No tiene sentido. Te vas a ir ahora mismo. De todas formas, me gustaría saber por qué me has hecho ahora esta declaración tan sorprendente.

-Porque vuelves a Australia dentro de tres días -respondió ella con tranquilidad.

-Ahora estamos llegando a alguna parte -dijo él cruzándose de brazos-, intuyo que es la primera verdad que dices desde que has llegado. A propósito, ¿qué has hecho con la señora Baines? ¿La has atado a una silla?

-No seas ridículo -exclamó la chica, dándose cuenta de que estaba intentando causar su enojo-. Todo lo que he dicho es exactamente lo que pienso.

-¿Ah, sí? Lo siento Candy, pero me resulta imposible creerte. Te has enterado de que me voy y te has convencido de que has tenido algo que ver en mi decisión, de que eres responsable, ¿voy bien?

Candy pestañeó. Era verdad, pero no toda la verdad.

-Me lo imaginaba -dijo él, sonriendo-. ¿No sabes que los sacrificios humanos acabaron hace ya casi dos mil años? ¿Qué te crees que me estás ofreciendo? ¿Una relación amorosa agradable? ¿Congiéndonos las manos a la luz de la luna y dándote un beso casto en la mejilla? Yo quisiera más, todavía más, no tienes ni idea de...

-No soy una niña, Cam. Sé lo que quieres.

-No sabes nada, absolutamente nada. No estás hecha para aventuras intrascendentes, Candy. Algunas mujeres pueden hacerlo, pero no tú. Después de acostarte conmigo, te arrepentirías. Luego empezaría a disgustarte hacer el amor conmigo. Por supuesto, no me refiero a las sensaciones físicas. Puedo asegurarte que ese aspecto sería placentero para ambos. Pero pronto, después de unas cuantas semanas

o meses, me odiarás. El sentimiento de culpa que sientes sería sustituido por el odio. Yo no quiero eso Candy. He hecho muchas cosas en mi vida de las que no me siento orgulloso, pero nunca he destrozado, sabiéndolo de antemano, la vida de nadie.

-Yo nunca te odiaría -le dijo Candy con los ojos llenos de lágrimas-. Te lo he dicho, te amo.

-Lo que sientes es una mezcla de piedad combinada con una fuerte dosis de culpabilidad, totalmente fuera de lugar, además de una fuerte atracción sexual -indicó él con frialdad-, las dos primeras son innecesarias y la última sería una carga que se te haría muy pesada en corto tiempo.

Estaba siendo cruel de propósito, Candy lo sabía, pero ser consciente de ello no le privaba de un ápice de sufrimiento.

-Si necesito satisfacer mis necesidades físicas, prefiero recurrir a lo que me satisfaga en el momento adecuado. ¿He sido claro? Y las mujeres que escogiera serían expertas coquetas que pudieran satisfacerme. No quiero que seas una carga para mí toda la vida, Candy. Este es el final de nuestra conversación.

Cameron se dio la vuelta y le dio la espalda a Candy.

-Adiós, Candy -la despidió él-. He dicho adiós, Candy.

Candy se dirigió hacia la puerta y salió corriendo por el pasillo con el rostro bañado en lágrimas. Oyó cómo la puerta del estudio se cerraba tras ella y se quedó quieta un momento, pero Cameron no salió detrás de ella.

-Señorita Candy. ¿Está usted bien? -la señora Baines apareció en la sala-. ¡Por Dios! ¿Qué ha sucedido?

-Nada, no es nada.

-¿El señor Cameron la ha molestado? -la siguió hasta la escalinata-. Bueno, pues no estoy dispuesta a soportarlo. ¡Sea mi jefe o no, se lo tendré que decir!

-Por favor, señora Baines -le respondió Candy, intentando controlarse-. Cam no ha tenido la culpa, he tenido un ataque de nervios.

-Bien, no lo sé. Si usted lo dice, pero estoy muy preocupada por él, muy preocupada. No quiere comer, se acuesta a las tres o cuatro de la mañana y luego se levanta a las seis. No puede continuar así, está perdiendo peso.

-¿Ah, sí? -Candy se sonó la nariz ruidosamente.

-Hace caminar a los pobres perros hasta reventarlos -continuó la mujer-, y vuelve con una cara furiosa que hace juego con sus modales. Se lo digo en serio, Candy. Nadie sabe lo que ha sufrido estas dos semanas.

-¿Dos semanas? ¿Dice que ha estado así durante dos semanas?

-En efecto -dijo la señora Baines, confidencialmente-; debería ver la comida que le preparo para despertarle el apetito, señorita Candy, son verdaderas obras de arte, pero no come nada, me devuelve todo tal como lo dejé.

-Señora Baines, me tengo que ir -indicó mientras le daba la espalda al ama de llaves-. Acabo de recordar que tengo un compromiso. Lo siento.

-Está bien, querida -aceptó la señora Baines mirándola ligeramente ofendida, mientras salía corriendo.

«¡Dos semanas, dos semanas!». A Candy le entraron ganas de bailar y gritar, pero se obligó a tomarse las cosas con calma. Podría no significar nada. Podría ser algo totalmente diferente al hecho de haberla visto con David lo que causaba ese tormento; quizá algún problema de trabajo. Sacudió la cabeza con los ojos brillantes. ¡No lo creía! ¡Tenía que ser porque la amaba! Pero pensaba que estaba protegiéndola de sí misma, eso era todo.

De camino a casa, la realidad desnuda y fría se impuso. Aunque la amara, nunca lo iba a admitir. Tres días. ¿Cómo podía hacer poco menos que un milagro en tres dias?

Pero a medianoche se le ocurrió una idea. Se sentó sobresaltada en la cama, insegura de si había estado soñando o pensando, pero consciente de que había encontrado un camino para intentar resolver su problema.

El resto de la noche la pasó haciendo listas, escribiendo cartas y eligiendo ropa y, cuando su madre bajó las escaleras a las siete de la mañana del día siguiente, encontró a Candy rodeada de un montón de papeles, sosteniendo su pasaporte en alto.

-¡Lo he encontrado! -exclamó mientras daba a Vivien una calurosa sonrisa-. ¡Me voy a Australia dentro de dos días!

A las nueve, ya les había explicado todo a sus padres y había hecho los arreglos necesarios para conseguir una maestra suplente para la escuela. A las diez, llamó a Mónica.

-Necesito saber exactamente en qué vuelo y cuándo viajará Cam a Australia -dijo Candy sin preámbulos.

-¿Ah, sí?, ¿puedo preguntarte por qué?

-Si prometes no decírselo a nadie.

-Si digo que sí, ¿puede afectarle a Cam?

-Sólo puedo decir que creo que será peor para él que digas que no -contestó Candy tranquilamente con los dedos cruzados.

-Lo prometo -dijo Mónica.

-Voy a irme con él. Es la única forma que tengo de convencerlo de

que lo quiero. Lo digo en serio; pero aun así, podría fallar.

-¡Bravo por ti, muchacha! Coge lápiz y papel, necesitas algunas cosas además del billete; por ejemplo un visado. ¿Lista?

Al final de la conversación, Candy se encontró con una página de su cuaderno llena de garabatos.

-Candy, te deseo suerte.

-Haré todo lo posible porque salga bien, pero ya conoces a Cam -contestó Candy, tranquila.

-Exactamente.

Al día siguiente Candy fue a Londres para obtener el visado. No durmió en toda la noche. No hubiera podido explicar a nadie cómo se sentía. En su vida había estado tan nerviosa. Si aquello fallaba, lo perdería todo, su trabajo, sus ahorros, pero también lo más importante: la oportunidad de tener sus propios hijos y compartir su vida con un hombre. Porque de una cosa estaba segura; si no podía conseguir el amor de Cameron, no quería el de ningún otro hombre.

Su padre quiso llevarla en coche al aeropuerto, pero ella insistió en coger un taxi, pues quería despedirse de sus padres en su propia casa. Ellos estaban todavía perplejos por la rapidez de su decisión, pero no hicieron nada para disuadirla.

Mientras el taxi se alejaba, Candy volvió la cabeza por última vez, y los vio abrazados. Su madre tenía el rostro bañado en lágrimas.

De nada sirvió que ella no pudiera ser más explí

cita en cuanto al tiempo qqe permanecería lejos, ya fueran semanas o meses. Sabía,al igual que ellos, que cualquiera que fuese el desenlace de aquella empresa, Candy nunca volvería a ser la de antes. Tendría que iniciar una nueva vida en cualquier otro lado.

El aeropuerto parecía una colmena en plena actividad. Llegó con tres horas de anticipación, temiendo que algo estuviera mal en el último minuto, pero no importaba. Podía esperar. Después de facturar su equipaje pasó de la aduana a la sala de espera.

Y Cameron todavía no aparecía.

Cogió una revista y se puso a hojearla. ¿Estaría equivocada? Era posible que cualquiera de las chicas que la rodeaba fuera una mujer más adecuada para Cameron.

-No puedo creérmelo.

Candy levantó la mirada y se encontró con unos ojos de acero.

-No me lo puedo creer.

-Hola, Cameron -saludó Candy, mientras él se sentaba a su lado.

Cameron tenía una expresión tormentosa.

-¡Candy! -exclamó. Movió la cabeza y suspiró con paciencia-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Creo que es evidente -dijo mirándolo con recelo.

Cameron se pasó la mano por el pelo.

-¡Dame fuerzas, Dios mío!

-Voy a Australia -le dijo ella radiante.

-¿Que vas a dónde?

Varios pasajeros que estaban cerca los miraron con curiosidad.

-No vas.

-No puedes impedírmelo -repuso ella, mirándolo fijamente a la cara-, tengo veintidós años, Cameron. Puedo ir donde quiera.

-Veintidós... -repitió él meneando la cabeza-. Sé la edad que tienes. Lo sé perfectamente. Son mucho menos que treinta y cuatro.

-Doce años, para ser exacta -comentó ella entusiasmada-. Soy maestra. Sé de estas cosas.

-Así que sabes de esas cosas -repitió él, lentamente-. Zanahoria, tú no sabes nada. Fuera de aquí, el mundo y su realidad te comerán viva.

-No si tú me cuidas -repuso Candy con determinación-. Te quiero, Cam, siempre te he querido pero no lo sabía. No soporté el tiempo que estuviste lejos porque me dejaste. No a Michelle, sino a mí. Posiblemente si te hubieras casado con ella mi amor habría muerto. Pero no lo hiciste, y luego volviste. Tuve que mentirme porque no me atrevía a enfrentarme a ese sentimiento. No fue supuestamente lo que le hiciste a Michelle lo que más me dolió, sino el hecho de que me abandonaras sin decir una sola palabra. Ni siquiera me dijiste adiós.

-¡Candy!

-No, siempre me interrumpes, Cam. Ahora tendré que decirlo todo -continuó-. Al principio sólo hacías cosas que confirmaban mis más grandes temores, pero incluso así, no podía evitar lo que sentía. Aunque hubieras dejado embarazada a Michelle y hubieras huido, aunque hubieras abandonado a Kevin y a su madre y echado a mi padre... aunque todo eso hubiera sido verdad, yo te habría seguido amando. No te respetaría tanto como ahora, pero te amaría.

-No sabes lo que dices -repuso Cameron.

-Sé perfectamente lo que digo. Te seguiré a donde vayas, Cam, si eso te convence de mi amor. Hasta que me mires fijamente a los ojos y me digas que no tenemos ninguna oportunidad o que no me quieres, continuaré siguiéndote. En lo que a ti respecta, Cam, no tengo orgullo, sólo amor..

-Esta es una locura Candy -dijo Cameron con tristeza-. Tú no puedes dejar el pueblo ni los niños, sabes que no puedes. Y eres tan joven... No puedes desperdiciar tu vida por un capricho.

-Ya he presentado la renuncia -le explicó Candy-, y éste no es un capricho. Además, aunque sea más joven que tú, hay apectos en los

que tú todavía tienes un camino que recorrer. Como aprender a tener confianza, a ser parte de una verdadera familia, a entender todas las cosas que te has perdido, y Cam... -Candy se interrumpió al ver que la mirada de Cameron se ensombrecía-. No estoy hablando de piedad. Me interpretaste mal el otro día y lo estás haciendo también ahora. Te amo con todo mi corazón y con parte de ese amor quiero enmendar todo el daño causado. ¿No lo puedes entender?

-No me atrevo.

-Cam, quiero estar donde quiera que te encuentres. Tu país será el mío y tus amigos mis amigos. Quiero tener hijos tuyos.

-No sigas -exclamó Cameron, tirando de ella violentamente-. Tenemos que irnos de aquí. No te puedo decir nada estando en este lugar.

-No podemos -replicó ella, mirándola asombrada-, el avión está a punto de despegar, todo nuestro equipaje...

-Que se vaya al infierno.

Después de algunos trámites engorrosos, ambos salieron a plena luz del día.

-Tengo el coche fuera. Había dejado encargado que vinieran a recogerlo -dijo Cameron aturdido, mirando a Candy con expresión de asombro-. Ven.

A pocos kilómetros del aeropuerto, Cameron sacó el coche fuera de la carretera y cruzó una verja con un letrero en el que decía «Propiedad privada», y aparcó en un campo recién cultivado.

-¿Cam? No debemos estar aquí... el granjero.

-Deja de hablar -le dijo Cameron antes de volverse hacia ella con los ojos entrecerrados y una emoción a duras penas contenida-. ¿Tienes idea de cuánto he deseado esto durante estos meses?

-No. No tienes por qué ser tan amable conmigo.

-¿Amable? -le preguntó Cameron asombrado y congiéndole la mano-. ¿Quién demonios está siendo amable? Has vuelto mi vida de cabeza y me has convertido en una piltrafa. ¿Y tú crees que estoy siendo amable contigo?

-¿No me odias?

-¿Odiarte? -repitió él apartando la mano de Candy con firmeza cuando ésta intentó acariciarle-. Escúchame un minuto y no me toques. Estás jugando con fuego, Candy y no tengo ningún control, ¿entendido? -Candy asintió con cabeza-. Nunca había estado enamorado de nadie y esto me parece espantoso, Candy. Tienes todo el poder del mundo en tus manos y no puedo hacer nada para remediarlo.

Se interrumpió para coger aire y continuó hablando.

-No sabía quién eras pero te desee irresistiblemente. Eras una extraña mujercita, con tu abrigo de lana y las botas... y esos ojos que me hacían olvidarme de todo y sólo me dejaban pensar en cuánto te deseaba.

-Tienes un modo curioso de demostrarlo -comentó ella.

-Soy un hombre curioso, Candy. Quizá más de lo que puedas soportar -Candy negó con la cabeza y él sonrió burlonamente-. Cuando supe quién eras, no lo pude creer al principio. Fue como si el destino estuviera jugando conmigo. Pude darme cuenta de que no sabías la verdad sobre Michelle, pero incluso estando dispuesto a soportar ese malentendido, tú parecías maldecir la tierra que yo pisaba o el aire que respiraba.

-Ya te lo he explicado, estaba luchando contra mis propios sentimientos.

-Ahora me toca a mí. Nunca he tenido la intención de cerrar la escuela, Candy, pero era la única manera que tenía de hacerte venir a menudo. Quizá haya sido cruel pero no me diste alternativa y yo estaba desesperado, desesperadísimo. Eras tan altiva, tan fiera y tan leal a Michelle. Apenas podía creer que fueras su hermana. No os parecéis en nada, ¿sabes? Yo mismo trataba de convencerme de que Michelle era como tú, cerraba los ojos a todo lo que no concordaba con esa idea. Cuando Michelle me dijo aquella noche que yo había estado haciendo el papel del hombre más estúpido de la tierra, yo no me sorprendí del todo. Siempre había habido en ella una dureza que yo no conseguía explicarme. A tu lado, y aunque tú sólo tenías doce años, ella sólo era una llamativa muñeca pintarrajeada.

-Cam.

-Yo no te hubiera gustado en aquella época, Candy. Trataba de convencerme a mí mismo de que no necesitaba amor, de que el amor era sólo una ilusión, un sentimiento para ayudar a sobrevivir a los más débiles. Utilicé a algunas mujeres y después me deshice de ellas. No es muy bonito, pero así era. Lo único que puedo decir en mi defensa es que ellas sabían las reglas del juego -se encogió de hombros-. La vida no será un lecho de rosas, Candy. Sé que soy un hombre difícil, poco sociable, pero si me quieres, te prometo una cosa: no miraré a ninguna otra mujer mientras viva. Ya no puedo decirte nada más. ¿Aún así estás convencida de que me quieres?

-Más que a la vida misma.

-Repítemelo -le pidió Cameron extasiado.

Se fundieron en un apasionado abrazo y cuando Cameron le declaró su amor a Candy, se dejaron arrastrar por un torbellino de besos. De pronto, Cameron se separó y miró fijamente a Candy.

-Te amaré todos los días de mi vida.

Candy estaba tan emocionada, que no podía pronunciar palabra.

-¿Cuándo te casarás conmigo? -le preguntó Cameron con dulzura.

-En cuanto podamos -murmuró ella con voz temblorosa-. Podemos conseguir una de esas licencias especiales, ¿verdad?

-¿No quieres una boda con damas de honor, flores y un maravilloso vestido blanco? Eso es lo que esperará la gente del pueblo.

-¿El pueblo? Pero si creía que querías vivir en Australia. Has puesto la casa en venta...

-Viviremos en Inglaterra -informó él con firmeza-. No te puedo alejar del pueblo.

-Lo que tú digas -aceptó ella-. Pero no quiero una boda muy aparatosa, sólo quiero ser tu esposa. Y digo en serio lo del permiso especial. Te he esperado mucho, Cameron Strythe, y no te voy a dejar cambiar de opinión.

-Lo mismo digo yo, señorita Baker -exclamó él-. ¿Sabes que podría darle un beso a tu hermana ahora? -añadió sonriendo satisfecho.

-¿Así que ahora podrías darle un beso a mi hermana? ¡Pero mira qué gracioso!

-Yo pensaba que querías que la perdonara -repuso Cameron fingiendo sorpresa.

-Perdonarla es una cosa, y besarla, otra. Inténtalo y sabrás lo que duele un sartenazo. Y de todos modos ella te traicionó. Yo misma no estoy segura de poder perdonarle por todo el daño que te ha hecho.

-Querer es poder. Y además, el final de esta historia ha sido maravilloso. Gracias a ella, te tengo a ti.